

#1 NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

SYLVIA DAY

afterburn
Atrévete...

Lectulandia

Darme cuenta de que seguía colada por Jax fue un mal trago. Solo había formado parte de mi vida cinco semanas, hacía dos años. Pero ahora había vuelto. Se había entrometido en un acuerdo de negocios que me había costado mucho conseguir. Y, Dios mío, estaba guapísimo. Sus ojos eran de un marrón tan oscuro que parecían casi negros. Rodeados por densas pestañas, eran de una intensidad implacable. ¿De veras me habían parecido alguna vez dulces y tiernos?

Jackson Rutledge no tenía nada de tierno. Era un hombre experimentado y cruel, hecho de una pasta muy dura. En ese momento comprendí cuánto deseaba desvelar el misterio de Jax. Tanto que no me importaba lo que fuera a costarme.

Lectulandia

Sylvia Day

Afterburn

Afterburn & Aftershock I

ePub r1.0

sleepwithghosts 10.02.14

Título original: *Afterburn*

Sylvia Day, 2013

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo

1

Fue una ventosa mañana de otoño cuando entré en el rascacielos de cristal del centro de Manhattan, dejando tras de mí el estruendo de las bocinas y la algarabía de los peatones para entrar en una fresca quietud. Mis tacones tamborilearon sobre el mármol oscuro del inmenso vestíbulo con un ritmo que reproducía como un eco el de mi corazón acelerado. Con las palmas húmedas, deslicé mi documentación sobre el mostrador de seguridad. Mi nerviosismo aumentó cuando recogí la tarjeta de visitante y me encaminé al ascensor.

¿Alguna vez habéis deseado algo tanto que no os cabía en la cabeza no conseguirlo?

Había dos cosas en mi vida por las que me había sentido así: el hombre del que había cometido la estupidez de enamorarme y el puesto de secretaria para el que estaban a punto de entrevistarme.

Lo del hombre me había salido fatal; en cuanto al trabajo, podía cambiar mi vida de manera asombrosa. Ni siquiera podía imaginarme saliendo de la entrevista sin haberlo conseguido. Tenía en lo más hondo de mi ser la sensación de que trabajar como secretaria de Lei Yeung era justo lo que necesitaba para desplegar mis alas y echar a volar.

Aun así y, a pesar de que por dentro no paraba de darme ánimos, me quedé sin respiración cuando salí al décimo piso del rascacielos y vi la entrada de cristal ahumado de Savor Incorporated. El nombre de la empresa, grabado en una letra metálica y femenina en la puerta de doble hoja, parecía desafiarme a soñar a lo grande y a disfrutar de cada momento.

Mientras esperaba para entrar, observé a las jóvenes bien vestidas sentadas en la sala de espera de recepción. No llevaban, como yo, ropa de segunda mano de la temporada anterior. Dudaba, además, de que alguna de ellas hubiera tenido tres trabajos para pagarse la universidad. Estaba en desventaja en casi todos los sentidos, pero eso lo había sabido desde el principio y no me intimidaba... demasiado.

Me abrieron la puerta de seguridad y al entrar me fijé en las paredes de color café con leche, cubiertas de fotografías de cocineros famosos y restaurantes de moda. Olía ligeramente a galletas, un olor reconfortante que recordaba de mi infancia. Pero ni siquiera eso consiguió que me relajara.

Respiré hondo, hablé con la recepcionista, una chica afroamericana muy guapa y sonriente, y me alejé para buscar un hueco junto a la pared en el que esperar. ¿La hora de mi cita, para la que llegaba casi con media hora de antelación, sería una broma? Pronto me di cuenta de que estábamos todas destinadas a una audiencia de cinco minutos, y de que las chicas entraban y salían con toda puntualidad.

Una ligera capa de sudor nervioso enrojeció mi piel.

Cuando me llamaron, me aparté de la pared tan bruscamente que me tambaleé sobre los tacones. Mi torpeza fue como un reflejo de mi maltrecho y tembloroso aplomo. Seguí al chico joven y atractivo por el pasillo, hasta un despacho que hacía esquina, con una sala de recepción diáfana y desierta y otra puerta doble que conducía al salón del trono de Lei Yeung.

El chico me indicó con una sonrisa que pasara.

—Buena suerte.

—Gracias.

Cuando crucé aquellas puertas, lo primero que me sorprendió fue el estilo moderno y desenfadado de la decoración y después la mujer que estaba sentada detrás de un escritorio de nogal tan grande que la empequeñecía. Habría parecido fuera de lugar en aquella inmensa habitación, con sus deslumbrantes vistas del horizonte de Manhattan, de no ser por el púrpura sorprendente de sus gafas de leer, que combinaba a la perfección con el carmín de sus labios carnosos.

Me detuve un momento a observarla atentamente, admirada por la pericia con que había sido moldeado el mechón de canas de su sien derecha para que armonizara con su complicado recogido. Era delgada, de cuello grácil y brazos largos. Y cuando levantó la vista de mi solicitud para mirarme, me sentí desnuda y vulnerable.

Se quitó las gafas y se recostó en su silla.

—Siéntate, Gianna.

Avancé por la moqueta de color crema y ocupé una de las dos sillas de cuero y acero cromado que había delante de la mesa.

—Buenos días —dije, y oí en el último instante un rastro de mi acento de Brooklyn, del que había intentado librarme a fuerza de ensayar. No pareció notarlo.

—Háblame de ti.

Carraspeé.

—Bueno, esta primavera me gradué con matrícula de honor en la Universidad de Nevada en Las Vegas y...

—Eso acabo de leerlo en tu currículum —suavizó sus palabras con una sonrisa tenue—. Dime algo que no sepa ya sobre ti. ¿Por qué el sector de la restauración? El sesenta por ciento de los establecimientos nuevos fracasa en menos de cinco años. Seguro que ya lo sabes.

—El nuestro no. Mi familia tiene un restaurante en Little Italy desde hace tres generaciones —dije con orgullo.

—Entonces ¿por qué no trabajas allí?

—No la tenemos a usted —tragué saliva. Había sonado demasiado personal.

Lei Yeung no pareció molestarse por mi salida de tono, pero yo sí.

—Quiero decir que no tenemos su magia —añadí precipitadamente.

—¿Tenemos?

—Sí —hice una pausa para rehacerme—. Tengo tres hermanos. Los tres no pueden hacerse cargo del Rossi cuando se jubile mi padre y tampoco quieren. El mayor se quedará con el restaurante y los otros dos... En fin, quieren tener su propio restaurante.

—Y tu contribución es un título en gestión de hostelería y muchas ganas.

—Quiero aprender para ayudarles a hacer realidad sus sueños. Y también quiero ayudar a otras personas a lograr los suyos.

Asintió y tomó de nuevo sus gafas.

—Gracias, Gianna, te agradezco que hayas venido.

Me despachó así, sin más. Comprendí entonces que no iba a darme el trabajo. No había dicho lo que fuera que ella quería oír para declararme la indiscutible ganadora.

Me levanté. Se me agolpaban las ideas en la cabeza, pensando en cómo podía dar la vuelta a la entrevista.

—Quiero de verdad este trabajo, señora Yeung. Trabajo muy duro. Nunca me pongo enferma. Tengo mucha iniciativa y soy muy previsor. No tardaré mucho en darme cuenta de qué necesita antes de que lo necesite. Conseguiré que se alegre de haberme contratado.

Me miró.

—Te creo. Tuviste varios trabajos a la vez y aun así conseguiste mantener tus buenas notas. Eres lista, decidida y no te asusta el trabajo. Estoy segura de que lo harías muy bien. Pero no creo que yo sea la jefa más indicada para ti.

—No entiendo —se me encogió el estómago al ver que el trabajo de mis sueños se me escapaba. Sentí una punzada de decepción.

—No hace falta que lo entiendas —dijo con suavidad—. Confía en mí. Hay cientos de restauradores en Nueva York que pueden darte lo que estás buscando.

Levanté la barbilla. Siempre había estado orgullosa de mi físico, de mi familia, de mis raíces. Ahora odiaba tener que estar cuestionándomelo todo continuamente.

Llevada por un impulso, decidí confesarle por qué tenía tantas ganas de trabajar con ella.

—Señora Yeung, escúcheme, por favor. Usted y yo tenemos mucho en común. Ian Pembry la subestimó, ¿no es cierto?

Sus ojos se iluminaron con un súbito resplandor al oír mencionar por sorpresa a su antiguo socio, que la había traicionado. No respondió.

Yo ya no tenía nada que perder.

—Una vez hubo un hombre en mi vida que me subestimó. Usted demostró a la gente que se equivocaba. Yo quiero hacer lo mismo.

Ladeó la cabeza.

—Espero que lo consigas.

Comprendiendo que había llegado al final del camino, le di las gracias por su tiempo y me marché con toda la dignidad de que fui capaz.

Aquel fue uno de los peores lunes de mi vida.

—Te digo que es una idiota —dijo Angelo por segunda vez—. Tienes suerte de que no te haya dado el trabajo.

Yo era la pequeña de la familia, tenía tres hermanos mayores. Angelo era el menor. Al verlo tan enfadado, tuve que sonreír.

—Tiene razón —dijo Nico. El mayor de los Rossi, y el más bromista, apartó a Angelo de un empujón para ponerme delante la comida con una reverencia.

Había preferido sentarme en la barra porque el restaurante estaba de bote en bote, como de costumbre. Había un montón de gente cenando, gente bulliciosa y conocida. Teníamos un montón de clientes fijos y a menudo venían también uno o dos famosos de incógnito a comer tranquilamente. La agradable mezcla de gente era señal segura de que el Rossi se había ganado a pulso su fama de ofrecer un ambiente acogedor y una comida excelente.

Angelo dio otro empujón a Nico con el ceño fruncido.

—Yo siempre tengo razón.

—¡Ja! —Vincent se asomó a la ventana de la cocina, puso dos platos humeantes en la repisa y arrancó las notas correspondientes de sus chinchetas—. Solo cuando repites lo que yo digo.

Me reí de mala gana al oírle. Sentí una mano en la cintura antes de oler el perfume de Elizabeth Arden que tanto le gustaba a mi madre.

Me dio un beso en la mejilla.

—¡Qué bien verte sonreír! Todo sucede...

—Por un motivo —concluí yo—. Lo sé. Pero aun así es un fastidio.

Yo era la única de la familia que había ido a la universidad. Había sido una labor de equipo: hasta mis hermanos habían arrimado el hombro. Sentía que los había decepcionado, no podía remediarlo. Había cientos de restaurantes en Nueva York, claro que sí, pero Lei Yeung no se limitaba a convertir a cocineros desconocidos en marcas célebres: era una fuerza de la naturaleza.

Hablaba con frecuencia de las mujeres en el mundo empresarial y había salido en unos cuantos programas matutinos de televisión. Sus padres eran inmigrantes, se había pagado los estudios trabajando y había conseguido triunfar por sus propios medios después de que su socio y mentor la traicionara. Para mí, trabajar para ella habría sido todo un acto de afirmación.

Al menos, eso era lo que me había dicho a mí misma.

—Cómete los *fetuccini* antes de que se te enfríen —dijo mi madre mientras se alejaba para recibir a los clientes que acababan de entrar.

Pinché un poco de pasta chorreante de salsa Alfredo mientras la miraba. También la miraban muchos de los clientes. Mona Rossi estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta, pero nadie lo habría adivinado al verla. Era guapísima e increíblemente sexy. Llevaba el pelo de color caoba cardado lo justo para darle volumen y enmarcar una cara de simetría clásica, labios carnosos y ojos oscuros del color de las endrinas. Su figura de curvas generosas era escultural, y tenía debilidad por las joyas de oro.

Los hombres y las mujeres la adoraban por igual. Mi madre se sentía a gusto en su propia piel, segura de sí misma y aparentemente despreocupada. Eran muy pocos los que sabían cuántos quebraderos de cabeza le habían dado mis hermanos de pequeños. Ahora los tenía bien adiestrados.

Respiré hondo y me dejé embeber por la cómoda atmósfera que me rodeaba: el sonido delicioso de las risas de la gente, el olor irresistible de la comida preparada con mimo, el estrépito de los cubiertos al chocar con la porcelana y de las copas entrechocando en alegres brindis. Ansiaba algo más en la vida, y por eso a veces me olvidaba de lo mucho que tenía ya.

Nico volvió y me miró fijamente.

—¿Tinto o blanco? —preguntó al poner su mano sobre la mía y apretármela suavemente.

Era el favorito de los clientes en la barra, sobre todo de las mujeres. Era guapo, moreno, con el pelo crespo y una sonrisa traviesa. Coqueto empedernido, tenía su propio club de fans, señoras que frecuentaban el bar solo por disfrutar de sus deliciosos cócteles y su conversación cargada de insinuaciones.

—¿Qué te parece champán? —Lei Yeung se deslizó en el taburete de al lado, que acababa de dejar libre una pareja joven cuya mesa ya estaba lista.

Parpadeé.

Me sonrió. Parecía mucho más joven que en la entrevista, vestida con pantalones vaqueros y una blusa de seda rosa. Se había soltado el pelo y no llevaba ni pizca de maquillaje.

—Hay un montón de críticas entusiastas sobre este sitio en Internet.

—La mejor comida italiana del mundo —dije yo, y sentí que se me aceleraba el corazón de la emoción.

—Muchas dicen que ya era estupendo, pero que es aún mejor desde hace un par de años. ¿Me equivoco al suponer que se debe a que has puesto en práctica parte de lo que has aprendido?

Nico puso dos copas delante de nosotras y las llenó hasta la mitad con burbujeante champán.

—Es cierto —dijo él.

Lei agarró el pie de una copa y lo acarició con los dedos. Me miró a los ojos.

Nico, que sabía perfectamente cuándo sobraba, se fue al otro extremo de la barra.

—Volviendo a lo que dijiste... —comenzó a decir.

Empecé a encogerme y luego me estiré. Lei Yeung no había ido hasta allá para echarme la bronca.

—Ian me subestimó, pero no se aprovechó de mí. Culparle sería concederle demasiada importancia. Yo dejé la puerta abierta y él se marchó.

Asentí con la cabeza. Las circunstancias concretas de su ruptura pertenecían al ámbito de su vida privada, pero yo había deducido muchas cosas leyendo artículos de revistas de restauración, blogs y columnas de cotilleos. Habían levantado entre los dos un imperio culinario compuesto por un plantel de cocineros famosos, varias cadenas de restaurantes, un sello editorial de libros de cocina y una línea de utensilios de cocina a precio asequible que se vendían por millones. Después, Pembry había anunciado el lanzamiento de una nueva cadena de restaurantes financiada por actores y actrices de primera línea, y Lei se había quedado fuera del proyecto.

—Me enseñó muchas cosas —añadió Lei—. Y me he dado cuenta de que yo también a él —hizo una pausa, pensativa—. Me estoy acostumbrando demasiado a estar sola y a hacer las cosas a mi manera. Necesito a alguien que lo vea todo con nuevos ojos. Quiero saciar las ansias de otra persona.

—Quiere un protegido.

—Exacto —esbozó una sonrisa—. No me había dado cuenta hasta que tú me lo hiciste notar. Sabía que estaba buscando algo, pero no sabía qué.

Yo estaba absolutamente entusiasmada, pero mantuve mi tono profesional. Me giré hacia ella.

—Yo estoy dispuesta, si me acepta.

—Olvídate de los horarios de trabajo normales —me advirtió—. Este no es un trabajo de nueve a cinco. Voy a necesitarte los fines de semana y puede que te llame en plena noche. Trabajo constantemente.

—No pienso quejarme.

—Yo sí —Angelo apareció detrás de nosotras.

Mis tres hermanos habían deducido con quién estaba hablando y, como de costumbre, ninguno de ellos se cortó.

—Yo necesito verla de vez en cuando.

Le di un codazo. Compartíamos un apartamento en Brooklyn, grande y a medio terminar: mis tres hermanos, yo y la mujer de Angelo, Denise. Casi siempre nos quejábamos de que nos veíamos demasiado.

Lei le tendió la mano y se presentó a Nico y a Angelo y luego a mi madre, que había vuelto para ver qué era todo aquel jaleo. Mi padre y Vincent pegaron un grito por la ventana de la cocina. Pusieron delante de Lei una carta y una cesta con pan recién hecho y aceite de oliva importado de una pequeña explotación de Toscana.

—¿Qué tal está la *panna cotta*? —me preguntó Lei.

—No probará una mejor —contesté—. ¿Ha cenado ya?

—Todavía no. Lección número uno: la vida es muy corta. No dejes lo bueno para más tarde.

Me mordí el labio para no sonreír.

—¿Significa eso que el trabajo es mío?

Levantó su copa e inclinó enérgicamente la cabeza.

—Salud.

Capítulo

2

Un año después...

—Dios mío, esta emoción... —dijo Lei mientras daba golpecitos con los pies por debajo de la mesa—. Nunca me canso de ella.

Sonreí. En los meses que llevábamos trabajando juntas, me había picado el mismo gusanillo que a ella. Habíamos vivido muchos momentos de euforia, pero ese día (una tarde despejada de finales de septiembre) era especial. Tras meses de negociaciones y tiras y aflojas, estábamos a punto de cerrar un acuerdo que dejaría a Ian Pembry sin dos de sus grandes estrellas. Una revancha por lo que le había hecho a Lei hacía años y todo un tanto para nosotras.

Lei se había vestido especialmente para la ocasión y yo también. Iba toda de rojo, con un vestido *vintage* de Diane von Fürstenberg que, conjuntado con botas negras, le daba un aspecto sexy y enérgico. Yo estrenaba un blusón de la colección de otoño de Donna Karan y los pantalones de pitillo que iban a juego con él. El conjunto era elegante y sofisticado y reflejaba un nuevo yo, una Gianna que había cambiado una barbaridad durante el año anterior.

Ansiosa por rematar aquel asunto, miré hacia la puerta del bar del hotel y sentí un subidón de adrenalina al ver aparecer a los mellizos Williams. Los hermanos, chico y chica, formaban una pareja espectacular con su pelo castaño rojizo y sus ojos de color verde jade. En la cocina formaban un gran equipo: se habían labrado un nombre con su cocina sureña renovada con ingredientes de gourmet. La imagen que proyectaban les servía para vender libros de lujo y condimentos en latitas monísimas, pero la verdad no era tan bonita. Entre bambalinas, se odiaban.

Y ese había sido el error fatal que había cometido Pembry con su dúo dinámico: les había dicho que se aguantaran y procuraran llevarse bien porque, gracias a la historia de su éxito, estaban ganando millones. Lei les había ofrecido lo que de verdad querían: la oportunidad de separarse y de brillar con luz propia mientras seguían sacando partido a su supuesta rivalidad de mentirijillas. Tenía previsto construir una cadena de restaurantes con cocinas enfrentadas en los casinos y hoteles Mondego, de fama mundial.

—Chad, Stacy —los saludó Lei mientras nos poníamos las dos en pie—. Estáis guapísimos.

Chad se acercó y me dio un beso en la mejilla antes siquiera de saludar a Lei. Llevaba una temporada tonteando conmigo y aquello se había convertido en parte de nuestras negociaciones con él.

Reconozco que de vez en cuando me había tentado ir un paso más allá, pero me

contenía por miedo a que su hermana se lo tomara a mal y quisiera vengarse. Chad no era un santo, ni mucho menos, y tenía además una ambición feroz. Pero Stacy era una verdadera arpía y me odiaba incluso más que a su hermano. A pesar de mis intentos de congraciarme con ella, le había caído mal desde el primer momento y eso había obstaculizado seriamente todo el proceso.

Yo sospechaba que se acostaba con Ian Pembry (o que se había acostado con él en algún momento) y que estaba loca por él. Imaginaba que por eso también le caía mal Lei, pero quizá fuera una de esas mujeres que odiaban a todas sus congéneres.

—Espero que vuestras habitaciones sean cómodas —comenté, sabiendo perfectamente que lo eran. El Four Seasons no tenía cinco estrellas porque sí.

Stacy se encogió de hombros y su lustroso pelo se deslizó sobre su hombro. Tenía cara de ángel, muy blanca y con unas pecas adorables. Resultaba chocante que alguien con un aspecto tan dulce e inocente, con aquel acento sureño tan meloso, pudiera ser una bruja furibunda.

—Están bien.

Chad puso cara de fastidio y me acercó mi silla para que volviera a sentarme.

—Son estupendas. He dormido como un tronco.

—Yo no —replicó su hermana con aspereza al sentarse elegantemente en su silla—. Ian no ha parado de llamar. Se huele que pasa algo.

Miró de reojo a Lei como si calibrara el impacto de sus palabras.

—Claro que se lo huele —convino Lei sin alterarse—. Es un hombre inteligente. Por eso me sorprende que no se haya esforzado más por teneros contentos. Ian suele ser más listo.

Stacy hizo un mohín. Chad me guiñó un ojo. Normalmente no me gustaban los guiños, pero en su caso sí. Era tan sexy que eso bastaba para templar un poco su encanto campechano. Tenía algo que le hacía pensar a una que era capaz de darte una azotaina con una espumadera con la misma habilidad con que cocinaba con ella.

—Ian ha hecho mucho por nosotros —replicó Stacy—. Me siento una traidora.

—Pues no deberías. Todavía no habéis firmado nada —dije, consciente de que la psicología inversa funcionaba mejor con alguien tan hostil como ella—. Si crees que tienes más potencial como parte de los hermanos Williams que como Stacy Williams, deberías hacer caso a tu intuición. A fin de cuentas, gracias a ella estás aquí.

Vi por el rabillo del ojo que Lei disimulaba una sonrisa. Me hizo mucha ilusión que estuviera contenta, porque era ella quien me había enseñado casi todo lo que sabía sobre cómo pastorear egos para llevarlos adonde queríamos.

—No seas cretina, Stacy —masculló Chad—. Tú sabes que este negocio es una oportunidad de primera para nosotros.

—Sí, pero puede que no sea la única —replicó su hermana—. Ian dice que tenemos que darle otra oportunidad.

—¿Se lo has dicho? —saltó su hermano con el ceño fruncido—. ¡Por amor de Dios, no tenías derecho a decidirlo tú sola! ¡También se trata de mi carrera!

Miré preocupada a Lei, pero se limitó a sacudir casi imperceptiblemente la cabeza. Yo no podía creer que estuviera tan tranquila, teniendo en cuenta que aquel trato igualaría por fin el marcador entre ella y su archienemigo y antes mentor.

Los restaurantes hollywoodienses que Ian había montado a sus espaldas se habían hundido en cuanto los famosos que habían invertido en ellos se cansaron de la novedad y se fueron en busca de otras formas de desgravar impuestos a las que no tuvieran que prestar su imagen. Además, dos de sus cocineros estrella habían vuelto a sus países, de modo que la empresa había pasado a depender en gran medida de los hermanos Williams.

—El acuerdo con los casinos Mondego es exclusivo de Savor, desde luego —comentó Lei—. ¿Qué os ofrece Ian?

¿Qué demonios había salido mal? Miré a los dos hermanos y luego a mi jefa. Tenía los contratos en mi maletín, debajo de la mesa. Estábamos en la recta final y de pronto las cosas se torcían.

Más tarde me daría cuenta de a qué se debía exactamente el estremecimiento que recorrió mi piel. En aquel momento, pensé que era un mal presentimiento, que me instinto me avisaba de que el trato se había ido al garete mucho antes de que nos sentáramos a la mesa.

Entonces lo vi.

Me quedé paralizada, como si el depredador no pudiera verme si no me movía. Entró en el bar con un paso tan sexy que cerré los puños por debajo del mantel. Tenía unos andares ágiles, suaves, decididos. Pero también parecían lanzar señales al cerebro femenino, como si le advirtiera de que entre aquellas piernas largas y fuertes había un paquete que era puro fuego, y que sabía cómo usarlo.

Y ya lo creo que sabía, ¡ay, Dios!

Vestido con un jersey gris de cuello de pico y pantalones de vestir de un tono más oscuro, parecía un triunfador en su día libre, pero yo sabía que no era así. Jackson Rutledge nunca se tomaba un día libre. Trabajaba a lo bestia, jugaba a lo bestia, follaba a lo bestia.

Me temblaba la mano cuando agarré mi vaso de agua, rezando por que no se diera cuenta de que era la chica que en otro tiempo se había enamorado perdidamente de él. No parecía la misma. No era la misma.

Jax también estaba cambiado. Más delgado. Más fibroso. Sus pómulos y el ángulo de su mandíbula parecían más afilados que antes, y quizá por ello estaba aún más guapo. Al verlo respiré hondo, temblorosa. Reaccioné a su presencia como si me hubieran golpeado físicamente.

Ni siquiera me di cuenta de que Ian Pembry caminaba a su lado hasta que se

detuvieron ante nuestra mesa.

—¿Qué probabilidades hay de que Jackson Rutledge sea familia del senador Rutledge? —preguntó Lei con sedosa ecuanimidad cuando montamos en el asiento de atrás de su coche—. ¿O con cualquiera de los Rutledge?

Su chófer se alejó de la acera y yo me puse a toquetear la pantalla de mi tableta solo para no tener que mirarla a los ojos. Me daba miedo revelar demasiado, que con su perspicacia habitual se diera cuenta de que estaba como un flan.

—El cien por cien —contesté con los ojos fijos en la pantalla, en la que aparecía la preciosa cara que había esperado no volver a ver nunca más—. Jackson y el senador son hermanos.

—¿Qué demonios hace Ian con un Rutledge?

Yo me había estado preguntando lo mismo mientras el acuerdo que tanto me había esforzado por conseguir se desmoronaba delante de mis narices. Habíamos llegado con los contratos listos y el boli en la mano y nos íbamos con las manos vacías. Por desgracia, había perdido el hilo de la conversación en cuanto Jax había permitido que Stacy le diera un fogoso beso en la mejilla. El rugido de la sangre en mis oídos había ahogado cualquier otro sonido.

Las uñas pintadas de rojo de Lei tamborilearon suavemente sobre el tirador forrado de la puerta. Manhattan se extendía a nuestro alrededor, con sus calles atestadas de coches y sus aceras llenas de gente. El vapor que surgía de las profundidades del metro se elevaba sinuosamente mientras las sombras se precipitaban sobre nosotras desde lo alto y los altísimos rascacielos mantenían el sol a raya, tapando su luz.

—No sé —contesté, un poco intimidada por la energía que irradiaba Lei, la de una tigresa que hubiera salido de caza.

¿Sabía Jackson dónde se había metido al cruzarse en el camino de Lei?

—Jackson es el único de los hermanos Rutledge que no se dedica a la política —añadí—. Es el director de Rutledge Capital, una empresa de capital de riesgo.

—¿Está casado? ¿Tiene hijos?

Odiaba saber la respuesta a esa pregunta sin necesidad de mirarlo.

—No. Pero liga un montón. En público prefiere las rubias muy pijitas, pero no rechaza echar un polvo con alguien más... exuberante.

No pude evitar acordarme de cómo me había descrito una vez Allison Kelsey, la prima política de Jax.

—Tú eres muy exuberante, Gianna —me había dicho—. Y a los tíos les gusta follarse a tías así. Hace que se sientan como si estuvieran tirándose a una actriz porno. Pero eso es también lo que les echa para atrás. Disfrútalo mientras dure.

La voz melodiosa y las palabras crueles de Allison resonaron en mi cabeza,

recordándome por qué me había alisado mi pelo rizado natural y por qué había dejado de llevar uñas postizas con manicura francesa, que habían hecho que me sintiera más sexy. Con mis grandes tetas y mi generoso trasero no podía hacer nada, eso era cuestión de genes, pero en lo demás había procurado ser más discreta: quería dejar de ser «exuberante» y convertirme en una mujer sofisticada y elegante.

Lei me miró fijamente.

—¿Eso lo has averiguado mirando cinco minutos en Internet?

—No —suspiré—. Lo sé porque estuvimos enrollados cinco semanas.

—Ah —sus ojos brillaron con avidez—. Así que es él. Bien, esto se pone interesante.

Durante el resto del trayecto hasta la oficina, me preparé para que me dijera que mi conflicto de intereses suponía un problema. Busqué atropelladamente un modo de quitarle importancia.

—No fue nada serio —le dije mientras subíamos en el ascensor. «Por lo menos, para él»—. Fue más bien un ligue de una noche que duró más de la cuenta. Creo que ni siquiera me ha reconocido.

Y me había dolido un montón. Ni siquiera me había mirado.

—Tú no eres una mujer fácil de olvidar, Gianna —Lei pareció pensativa—. Creo que podemos solucionar esto, pero ¿estás preparada para ello? Si va a afectarte demasiado, tenemos que hablarlo ahora. No quiero que te sientas incómoda. Ni poner en peligro el acuerdo.

Sentí el impulso de mentirle. Deseé que Jax hubiera significado tan poco para mí como yo para él. Pero respetaba demasiado a Lei y mi trabajo para no decirle la verdad.

—No me es indiferente.

Asintió con la cabeza.

—Ya lo veo. Me alegro de que seas sincera. De momento, vas a seguir ocupándote de esto. Así Rutledge estará más inquieto y eso nos conviene. Además, te necesito cerca para tratar con Chad Williams. Le gusta hacer negocios contigo.

Suspiré aliviada. Lei se equivocaba respecto a Jax, pero no iba a lanzar piedras sobre mi propio tejado diciéndoselo.

—Gracias.

Salimos en nuestro piso y cruzamos las puertas de cristal. LaConnie, la recepcionista, me miró levantando las cejas. Estaba claro que había captado nuestras malas vibraciones. Deberíamos haber vuelto eufóricas, no enfurruñadas.

—¿Tienes idea de a qué se debe ese interés tan repentino de Rutledge por el sector de la restauración? —preguntó Lei, volviendo a su pregunta anterior mientras nos dirigíamos a su despacho.

—Si tuviera que aventurar una respuesta, diría que alguno de los Rutledge le debía un favor a Pembry —así era como funcionaba la familia Rutledge. Trabajaban en equipo, unidos como una piña, y aunque Jax no se dedicaba a la política era uno de los suyos.

Lei fue derecha a su mesa y se sentó.

—Tenemos que averiguar qué as guarda en la manga.

Oí una nota de irritación en su voz y comprendí a qué se debía. Ian Pembry llevaba muchos años poniéndole la zancadilla. Ella, por su parte, había esperado su oportunidad. Se había armado de paciencia y, ella misma lo reconocía, eso la había hecho mejorar como empresaria. Estaba decidida a demostrarle que había aprendido de su ejemplo, que ella también sabía jugar una mala pasada, y yo estaba decidida a ayudarla.

—Está bien —yo sabía hasta cierto punto cómo se sentía. Todavía me enfadaba conmigo misma por haberme acostado con Jax. Había sabido desde el principio quién era, conocía su reputación y sin embargo me había creído lo bastante sofisticada para mantener una relación con él.

Y lo que era peor aún: me había engañado a mí misma pensando que le importaba. Él vivía en Washington; yo, en Las Vegas. Durante algo más de un mes, había tomado un avión para ir a verme todos los fines de semana y de vez en cuando también entre semana. Yo me decía a mí misma que un tío tan guapo y tan sexy como Jax no se tomaría tantas molestias ni se gastaría tanto dinero por un simple ligue pasajero.

Pero no había tenido en cuenta lo rico que era. Tan rico que le parecía divertido cruzarse el país en avión para echar un polvo, y tan precavido que consideraba conveniente que su amante, aquella chica tan poco presentable, estuviera bien lejos de los medios de comunicación y de su familia.

El teléfono de mi mesa comenzó a sonar y salí corriendo del despacho de Lei para contestar. Mi puesto estaba justo al otro lado de su puerta, lo que me convertía en la última barrera a la que se enfrentaban las visitas antes de que Lei les concediera una audiencia.

—Gianna —la voz de LaConnie sonó crispada y rápida a través del teléfono—. Jackson Rutledge está en el vestíbulo. Quiere ver a Lei.

Me dio un vuelco el corazón al oír su nombre, y me odié a mí misma por ello.

—¿Está aquí?

—Eso he dicho —bromeó ella.

—Dile que suba. Saldré dentro de un minuto para llevarlo a la sala de reuniones —colgué cuidadosamente el teléfono y volví al despacho de Lei—. Rutledge está a punto de llegar a recepción.

Levantó las cejas.

—¿Ian viene con él?

—La Connie no me ha dicho nada.

—Qué interesante —miró el reloj con incrustaciones de diamante que llevaba en la muñeca—. Son casi las cinco. Puedes quedarte a la reunión o irte, como quieras.

Sabía que seguramente debía quedarme. Ya tenía la impresión de haber empezado a perder terreno por haber perdido los nervios en el Four Seasons. La súbita aparición de Jax me había dejado tan noqueada que no me había dado cuenta de hasta qué punto había cambiado la situación con los hermanos Williams. Por desgracia, ahora no me encontraba mucho mejor.

—En vez de quedarme, quizá debería aprovechar para hablar con Chad —sugerí—. Sondarlo, a ver qué opina de esto. Sé que queríamos tenerlos a los dos, pero, aunque solo consigamos a uno, será un revés muy duro para Pembry.

—Buena idea —Lei sonrió—. Además, conviene que Rutledge y yo nos conozcamos mejor, ¿no crees? Si Ian le ha hecho creer que soy una presa fácil, prefiero sacarle de su error cuanto antes.

Casi sonreí al pensar en que Jax y Lei llegaran a enfrentarse. Jax estaba demasiado acostumbrado a que las mujeres se pirraran por él, tanto por su físico como por el nombre de su familia, que era lo más parecido a la realeza que había en Estados Unidos.

—Haré algunas averiguaciones después de hablar con Chad —salí del despacho caminando hacia atrás—, a ver si consigo descubrir qué tiene que ver Pembry con los Rutledge.

—Bien —juntó los dedos y apoyó la barbilla sobre sus puntas mientras me observaba—. Perdona que te lo pregunte, Gianna, pero... ¿querías a Jackson?

—Creía que nos queríamos mutuamente.

Suspiró.

—Ojalá las mujeres no tuviéramos que aprender esa lección por las malas.

Capítulo

3

Saqué el bolso del cajón de mi mesa antes de ir a recepción y lo agarré como si fuera un talismán que pudiera alejarme de Jax antes de que se diera cuenta de quién era. El trayecto hasta la entrada se me hizo eterno.

Me sabía muy mal darme cuenta de que Jax seguía impresionándome tanto. Había formado parte de mi vida muy poco tiempo. Yo había tenido otros dos amantes después de él, y creía haber pasado página.

Estaba mirando un expositor de nuestros libros de cocina más vendidos cuando doblé la esquina. De pronto me quedé sin respiración. El traje de corte perfecto que se había puesto en señal de respeto a Lei (lo cual no pude dejar de agradecerle) realzaba su cuerpo alto y musculoso. Yo nunca lo había visto en persona vestido así, tan formal. Nos habíamos conocido en un bar, nada menos. Yo había salido a tomar algo con unas compañeras de clase y él estaba asistiendo a una despedida de soltero.

Debí imaginar que no saldría bien.

Pero, Dios mío, era tan guapo... Tenía el pelo oscuro y lo llevaba muy corto por los lados y por detrás y un poco más largo por arriba. Sus ojos eran de un marrón tan oscuro que eran casi negros. Rodeados por densas pestañas, eran de una intensidad implacable. ¿De veras me habían parecido alguna vez dulces y tiernos? Me había dejado cegar por su boca carnosa y sensual y por su travieso hoyuelo. Pero Jackson Rutledge no tenía nada de tierno. Era un hombre vicioso y cruel, hecho de una pasta muy dura.

Me recorrió de pies a cabeza con una mirada lenta e intensa que hizo que se me encogieran los dedos al acercarme a él.

Todo el mundo sabía que era un entendido en mujeres. Me dije a mí misma que yo podía ser cualquiera y que aun así me miraría de ese modo, pero sabía que no era cierto. Mi cuerpo se acordaba de él. Se acordaba de sus caricias, de su olor, del roce de su piel contra la mía... Y por cómo me miraba, esos mismos recuerdos estaban haciendo arder su sangre.

—Hola, señor Rutledge —lo saludé formalmente porque él aún no había dado a entender que me reconocía. Pronuncié cada palabra con cuidado, con una voz comedida que no parecía la mía. Normalmente ya no tenía que preocuparme por mi acento de Brooklyn, pero Jax hacía que me olvidara de mí misma.

Y que me dieran ganas de olvidarme de todo.

—La señora Yeung saldrá enseguida —añadí, y me detuve a propósito a unos pasos de él—. Le acompaño a la sala de reuniones. ¿Quiere que le traiga agua? ¿Café? ¿Té?

Su pecho se hinchó con un profundo suspiro.

—Nada, gracias.

—Por aquí, entonces —pasé a su lado y conseguí sonreír a LaConnie al pasar cerca de ella, aunque la sonrisa me salió forzada.

Notaba el olor de Jax, esa mezcla sutil de bergamota y especias. Sentí su mirada fija en mi espalda, en mi culo, en mis piernas. Empecé a pensar en cómo caminaba y eso me hizo sentirme torpe.

No dijo nada y a mí me dio miedo hablar. Tenía la garganta tan seca que me costaba pronunciar palabra. Sentía un terrible anhelo: una necesidad casi desesperada de tocarlo como en algún momento había tenido derecho a hacerlo. Me costaba creer que hubiera estado en mi cama. Dentro de mí. ¿Cómo había tenido el valor de liarme con un hombre como él?

Fue un alivio llegar a la sala de reuniones. El picaporte me pareció deliciosamente fresco cuando lo toqué.

Su aliento sopló suavemente sobre mi oreja.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir fingiendo que no me conoces, Gia?

Cerré los ojos cuando ronroneó el nombre que solo él había usado.

Empujé la puerta y entré sin soltar el picaporte para que no quedara duda de que iba a marcharme.

Se acercó a mí y me miró a cara a cara. Me sacaba más de una cabeza, a pesar de que yo llevaba tacones. Tenía las manos en los bolsillos e inclinó la cabeza hacia mí. Había invadido mi espacio personal. Todo aquello era demasiado íntimo. Demasiado familiar.

—Apártate, por favor —dije en voz baja.

Se movió, pero no como yo quería. Sacó la mano derecha del bolsillo y la deslizó por mi brazo desde el codo a la muñeca. Sentí su contacto a través de mi blusón de seda azul marino y me alegré de que fuera de manga larga, porque se me puso la carne de gallina.

—Has cambiado mucho —murmuró.

—Claro. Tanto que antes no me has reconocido.

—Dios mío, ¿de verdad crees que no sabía que eras tú? —se volvió, pero eso no mitigó el impacto de su presencia. La parte trasera era igual de espléndida que la delantera—. De mí no podrías ocultarte nunca, Gia. Te reconocería hasta con los ojos vendados.

Estaba tan sorprendida, tan confusa, que me quedé sin habla un momento. Habíamos pasado de un trato distante e impersonal a una intimidad abrasadora en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué haces aquí, Jax?

Se acercó a las ventanas y contempló Nueva York. No muy lejos de allí, Central Park era una mancha de verdor salpicada ya por el rojo y el naranja del otoño, un

vibrante estallido de color en medio de una jungla de cemento.

—Voy a ofrecerle a Lei Yeung lo que haga falta para que se vaya con la música a otra parte.

—No te dará resultado. Es una cuestión personal.

—Los negocios no deberían mezclarse con cuestiones personales.

Retrocedí hacia el umbral, ansiosa por escapar. La sala de reuniones era espaciosa y ventilada, con ventanas que iban del techo al suelo a uno de los lados y cristal transparente al otro. Las paredes de ambos extremos eran de un sedante tono de azul claro; a la derecha había una barra surtida con opulencia y a la izquierda una enorme pantalla. Aun así, la presencia de Jax lo dominaba todo. De pronto me sentí enjaulada.

—Nada es personal, ¿verdad? —dije, acordándome de cómo sencillamente un día no había aparecido. Ni ningún otro día después.

—Lo nuestro lo fue —contestó con voz ronca y aterciopelada—. Una vez.

—No, qué va —«para ti, no».

Se volvió bruscamente y yo di otro paso hacia atrás con cautela, a pesar de que estábamos cada uno en un extremo de la habitación.

—Entonces no me guardas rencor. Estupendo. No hay razón para que no lo retomemos donde lo dejamos. Mi reunión con Yeung no durará mucho. Cuando acabe, podemos ir a mi hotel para ponernos al día.

—Que te jodan —repliqué.

Esbozó una sonrisa y apareció aquel delicioso hoyuelo. ¡Ah, cómo le cambiaba aquel hoyuelo! Ocultaba lo peligroso que era con un toque de encanto infantil. Yo odiaba aquel pequeño huequito tan gracioso tanto como lo adoraba.

—Ahí lo tienes —dijo con una inconfundible nota de triunfo—. Casi me habías engañado, pensaba que la Gia que conocía había desaparecido.

—No juegues conmigo, Jax. No te rebajes hasta ese punto.

—Te quiero debajo de mí.

Yo sabía que acabaría por decir algo así si le daba pie, pero aun así había querido oírlo. Quería oír cómo lo decía. En cuestión de sexo, era directo, sensual y espontáneo como un animal. A mí me encantaba, porque yo también había sido así con él.

Ansiosa. Insaciable. Nunca nada me había hecho sentirme tan bien.

—Estoy saliendo con alguien —mentí.

Aparentemente no movió una pestaña, pero de algún modo tuve la impresión de que le costaba encajarlo.

—¿Con ese tal Williams? —preguntó con excesiva despreocupación.

—Hola, señor Rutledge —dijo Lei al entrar subida sobre sus impresionantes sandalias de Jimmy Choo—. Voy a dar por sentado que se trata de una agradable

sorpresa.

—Puede ser —fijó su atención en ella tan completamente que me sentí desplazada.

—Os dejo —dije al salir.

Lei me miró a los ojos y comprendí el mensaje tácito. Hablaríamos pronto.

No volví a mirar a Jax, pero aun así recibí el mismo mensaje de él.

Llamé a Chad Williams tan pronto pasé por los torniquetes del vestíbulo.

—Hola —dije cuando oí su suave acento sureño—. Soy Gianna.

—Confiaba en que llamas.

—¿Tienes planes para cenar?

—Eh... puedo cambiarlos.

Sonreí y me sentí un poco culpable al pensar en la persona a la que iba a dejar plantada, pero me vino bien que me acariciara un poco el ego. Mi seguridad en mí misma había recibido una buena tunda al volver a ver a Jax.

No podía olvidar cómo había sido conmigo años antes. Alegre, cariñoso, bromista. Si cerraba los ojos, todavía podía sentir cómo se acercaba a mí por detrás, me apartaba el pelo de la nuca y pegaba su preciosa boca a mi cuello. Todavía podía oír cómo gruñía mi nombre cuando estaba dentro de mí, como si el placer fuera tan intenso que no podía soportarlo.

—¿Gianna? ¿Sigues ahí?

—Sí, perdona —empecé a quitarme las horquillas que sujetaban mi pelo alisado en un elegante moño—. Conozco un restaurante italiano encantador. Muy acogedor. Informal. Y con una comida excelente.

—Me has convencido.

—Voy a llamar a un taxi. Puedo recogerte dentro de quince minutos. ¿Te viene bien?

—Estaré esperando.

Fiel a su palabra, estaba esperando en la acera cuando se detuvo el coche. Vestía vaqueros negros holgados, botas y una camiseta de cuello redondo verde oscura que combinaba de maravilla con sus ojos. Era de los hombres más guapos con los que había quedado.

Eché a andar hacia el taxi y luego soltó una maldición y dio un salto atrás cuando un mensajero en bici pasó a toda velocidad por delante de él.

—Madre mía —masculló al acomodarse en el asiento, a mi lado. Me miró mientras nos incorporábamos al tráfico de hora punta—. Me gusta tu pelo suelto. Te favorece.

—Gracias —había tardado algún tiempo en acostumbrarme a llevarlo recogido. Lo tenía tan fuerte y abundante que su peso me daba dolor de cabeza... como el que tenía en ese momento.

—Bueno —comencé a decir—, tengo que confesarte...

—Un pecado, espero.

—Eh, no. Que voy a llevarte a casa de mis padres.

Levantó las cejas.

—¿Vas a llevarme a conocer a tus viejos?

—Sí. Tienen un restaurante. No tendremos problemas para conseguir mesa sin haberla reservado, lo cual suele ser imposible un jueves por la noche. Y además no nos meterán prisa para que acabemos.

—¿Es que piensas estar conmigo mucho tiempo? —bromeó.

—Me gustaría. Creo que trabajaríamos muy bien juntos.

Asintió con la cabeza, poniéndose serio.

—Stacy sabe que lo que nos ofrecéis es justo lo que necesitamos, pero... se acuesta con Ian y eso lo está echando todo a perder.

—Me lo imaginaba.

Ian Pembry era un cincuentón apuesto y distinguido, de cabello gris plata y llamativos ojos azules. No era guapo como solía entenderse por tal, pero tenía carisma y una cuenta bancaria que hacía que muchas mujeres pasaran por alto sus defectos. Stacy lo tenía difícil: desde que había roto con Lei, nunca se quedaba mucho tiempo con una mujer.

—¿Qué os ofrece para que sigáis con él?

«¿Y qué pinta Jax en todo esto?». ¿Le habría impresionado verme?

—Ian dice que puede ofrecernos algo parecido a lo vuestro y mejor aún porque Lei no tiene lo que hay que tener. Que por eso intenta meterse en sus negocios.

—Tú sabes que eso es una idiotez.

—Sí, lo sé —sonrió—. Tú no trabajarías para ella si fuera del montón.

—Y la cadena Mondego tiene cinco estrellas —le recordé—. Ellos tampoco trabajarían con alguien del montón. Es una oportunidad única, Chad. No dejes que Stacy te la robe.

—Maldita sea —recostó la cabeza en el respaldo del asiento—. No creo que podamos triunfar por separado. Por eso la idea del duelo de cocinas iba a funcionar.

—Y funcionará. Pero tú también puedes triunfar solo.

Me miró fijamente.

—Sé sincera, Gianna. Serías capaz de decir cualquier cosa con tal de cerrar el acuerdo, ¿verdad?

Pensé en Jax y en lo que me había dicho acerca de los negocios y las cuestiones personales. Para mí, todo era personal. Me importaba la gente.

—Tengo mis motivos —reconocí. Jax era ahora uno de ellos. Me había esforzado demasiado para que llegara él, se pusiera a repartir dinero y lo echara todo a perder—. Pero yo nunca haría nada que pudiera perjudicarte. Si no tienes éxito, ni Lei ni yo sacaremos nada de esto. Te doy mi palabra de que no desapareceré en cuanto se seque la tinta del contrato.

—Además, voy a conocer a tus padres, ahora sabré cómo encontrarte —dijo más relajado.

—Llevan más de treinta años en el mismo sitio.

—Creo que no puede pedirse mejor garantía que esa.

Mi familia se desvivió cuando llegamos al Rossi. Dedujeron enseguida quién era Chad por la descripción que les había hecho de él. Nos sentaron en una mesa de rincón y fueron todos a presentarse, abrumando a Chad con la típica hospitalidad de los Rossi.

Le dije a Chad que se pusiera en el asiento corrido que miraba al resto del local y me senté en la silla, enfrente de él. Quería que sintiera la energía, que viera las caras de los clientes disfrutando de la comida. Quería que recordara por qué deseaba lo que le ofrecía Savor.

Después de brindar, dijo:

—Tienes razón. Este lugar es fantástico.

—Yo nunca te mentaré.

Se rio y me gustó su risa. Era tremendamente libre y un poco salvaje. Como él. Me sentía atraída hacia él de una manera cómoda. Nada parecido a la explosión física y emocional que había sentido desde el primer instante al ver a Jax, claro que nadie me hacía sentirme así, excepto Jackson Rutledge.

—Has sido muy astuta trayéndome aquí —comentó mientras pasaba la punta de un dedo por el borde de su copa de vino.

Sospeché que prefería la cerveza, pero no la había pedido.

—Hacerme ver que tú también llevas este negocio en la sangre. No es solo un trabajo.

—Mi familia acaba de abrir otro restaurante en Upper Saddle River.

—¿Dónde está eso?

—En Nueva Jersey. Un sitio pijo de narices. Lo lleva mi hermano Nico. Acaba de superar la marca de los tres meses.

—¿Y por qué no se asocia tu familia con Mondego?

—Porque no es lo que quieren. Quieren esto —hice un ademán, abarcando el restaurante—. Un sitio cercano. Nunca ha soñado con montar franquicias.

Me observó atentamente.

—Hablas como si tú tuvieras otros sueños.

Me recosté en la silla.

—Supongo que sí. Quiero ayudarles a conseguir lo que quieren, pero aspiro a algo distinto.

—¿Qué, por ejemplo?

—Todavía no lo he descubierto —«aunque creía que sí. Hace mucho tiempo...»—. Supongo que lo sabré cuando lo vea.

—Quizá yo pueda ayudarte a pasar el rato mientras esperas —sugirió con descaro.

Sonreí.

—Es una idea, ¿no?

Quizá Chad fuera lo que necesitaba. Hacía mucho tiempo que no salía con nadie. Trabajaba mucho y me quedaba poco tiempo para salir por ahí y relacionarme con gente. No me engañaba pensando que acostarme con otro hombre me inmunizaría contra Jax como por arte de magia, pero tampoco me vendría mal. Me endulzaría la vida mientras tanto, y Jax no se quedaría mucho tiempo en Nueva York. Dividía su vida y su trabajo entre Washington y el norte de Virginia, y muy pronto otro Rutledge lo necesitaría para algo. En su familia, era él el que lo arreglaba todo.

Me incliné hacia delante, abierta a cualquier posibilidad.

En la boca de Chad se dibujó una sonrisa muy masculina, la sonrisa ligeramente triunfal de un hombre que sabía que iba a ligar. Agarró mi mano y deslizó la mirada sobre mi hombro lánguidamente. Entonces se quedó quieto y frunció el ceño.

—Joder.

Supe a quién estaba mirando antes de darme la vuelta.

Capítulo

4

Una descarga que conocía muy bien recorrió mi piel. Decidí no girarme para no darle a Jax la satisfacción de ver mi cara, que seguramente reflejaba sorpresa, enfado y frustración.

Había que tener las pelotas de acero para ir al Rossi después de haberme roto el corazón. Mi familia se acordaría de él, se acordaría de la última noche que habíamos pasado todos juntos. Habíamos ido a Nueva York en viaje relámpago de fin de semana para presentarle a la familia de la que tanto hablaba yo. Nos habíamos quedado en el restaurante mucho después de la hora de cierre, comiendo, bebiendo y riendo con mis hermanos y mis padres. Se habían quedado prendados de él lo mismo que yo. Fue esa noche cuando me convencí de que lo nuestro iba para largo.

Y no había vuelto a verlo hasta que entró en el bar del Four Seasons.

Chad me miró.

—¿También has invitado a Stacy?

—No —desconcertada, miré por fin hacia atrás. Rechiné los dientes al ver a Jackson ayudando a Stacy a quitarse la chaqueta vaquera. Chad no había sabido de antemano adónde íbamos, pero Jax lo había adivinado.

Y, cómo no, se fue derecho hacia nosotros con Stacy. Mi madre les cortó el paso con una sonrisa tan amplia como siempre, pero con las plumas erizadas como las de una gallina clueca defendiendo a su polluela.

Miré a Chad.

—Podríamos escabullirnos por la puerta de atrás.

Se rio, pero tenía una mirada dura.

Angelo se acercó.

—¿Has quedado con él? —preguntó señalando a Jax con la cabeza.

—No —miré a Chad—. No tienen que sentarse con nosotros.

—Bien —se echó hacia atrás, enfadado—. Estoy harto de malas compañías. Stacy puede seguir con Ian si quiere. Yo me quedo con vosotras y con el Mondego.

—Muy bien —Angelo me miró—. Me aseguraré de que se sienten en otro sitio.

Bebí un trago de vino mientras se alejaba.

Chad se quedó mirándome un momento.

—Se ve que cuida de ti.

—Es lo normal en nuestra familia.

—Stacy y yo también éramos así. Antes de que apareciera Ian.

—¿En serio? —intenté ignorar la sensación de que Jax me estaba mirando. Notaba su mirada fija en nosotros—. ¿Qué pasó?

Se encogió de hombros.

—Qué sé yo. Se le subió a la cabeza. Ya ni siquiera sé si piensa en la comida. Está demasiado ocupada intentando ser rica y famosa.

Mi madre apareció con más vino y me puso la mano en el hombro mientras llenaba nuestras copas. Sentía la presión suave de sus uñas perfectamente cuidadas y oí la pregunta que no quería hacerme en voz alta: «¿Estás bien?».

Contesté poniendo mi mano sobre la suya y apretándosela. No estaba bien, pero ¿qué podía decirle? Ni yo ni mi familia íbamos a darle a Jax la satisfacción de negarnos a servirle. Cenaría de maravilla, disfrutaría de un servicio impecable y la casa le invitaría a una copa de vino de su elección.

Echarían el resto. Lo matarían a base de amabilidad. Le demostrarían que no éramos ni mezquinos, ni ruines. Pero ¡ay, lo que nos costaría! A todos. Yo sentía que habían invadido mi refugio, que su poderosa energía inundaba el espacio y traspasaba mis sentidos. Todos mis nervios hormigueaban, llenos de expectación.

Se acercó Lori, una de las camareras, para tomarnos nota. Decidimos compartir un plato de pasta. Mientras tomábamos los aperitivos y la ensalada, esperé que Jax se acercara. Estaba absolutamente pendiente de él, era incapaz de prestar atención a Chad. Él también estaba muy callado, tenía la mirada fija en la comida o en mi cara, y los dos nos esforzábamos por no mirar a los demás clientes.

Yo estaba segura de que Jax se lo estaba pasando en grande haciéndome rabiar. ¿Por qué había salido con Stacy si ella estaba saliendo con Ian? ¿O acaso estaba disponible para los dos? A fin de cuentas, no había vacilado en besar a Jax con fruición en la mejilla cuando se habían visto.

Justo antes de que nos sirvieran el plato principal, Chad se disculpó para ir al aseo y yo eché un vistazo a mi *smartphone*. Tenía una llamada perdida de Lei. Cuando regresó Chad con una cerveza en la mano, le sonreí y dije:

—Enseguida vuelvo.

Me encaminé a los aseos, pero en vez de entrar me metí en la oficina de atrás y cerré la puerta para no oír el ruido del restaurante. Llamé a Lei y me acerqué el teléfono a la oreja.

—Giana —contestó—, tengo que aplaudirte por tu gusto en cuestión de hombres.

—Ni que pudiera escogerlos —me acerqué a la pared del fondo, donde colgaba el retrato de toda la familia. Yo tenía unos doce años en aquella foto, llevaba aparato en los dientes y tenía el pelo alborotado. Nico, Vincent y Angelo estaban los tres larguiruchos y desgarrados, aunque en distinto grado. Mi padre había quedado inmortalizado en la flor de su vida, al igual que mi madre, que había envejecido poco desde entonces.

—¿Qué tal ha ido?

—Como esperaba. Tenías razón, por cierto. Jackson me ha dicho que se había metido en esto por hacerle un favor a alguien.

—Lo siento, no he tenido tiempo de averiguar nada. He estado con Chad desde que me fui de la oficina, pero seguramente será alguien de la familia Rutledge. Cuando no está jugándose millones en la bolsa, está resolviendo los líos de su familia —«o saliendo con bellas mujeres»—. En cuanto a Chad, se queda con nosotras, pero creo que convendría redactar un contrato nuevo lo antes posible, por si ocurre algo y cambia de idea. Jax no va a retirarse por las buenas. Se ha presentado en el Rossi en hora punta y para colmo se ha traído a Stacy.

Lei se rio.

—Lo siento, pero me cae bien.

Sonreí de mala gana.

—Qué se le va a hacer.

—Me ha llamado Ian.

—¿Sí? ¿Y qué tal?

—Me ha preguntado si podíamos vernos esta noche.

—Ah. Quizá por eso Jax está con Stacy. Haciendo de niñera —aquello me llenó de alivio, y volví a enfadarme conmigo misma.

—Podría ser. En todo caso, le he dicho que no. Tengo la sensación de que nuestros chicos están cerrando filas, lo que significa que vamos por buen camino. Si te digo la verdad, hacía años que no me divertía tanto.

«Nuestros chicos». Solté un bufido y me volví a tiempo para ver que se abría la puerta... y que aparecía Jax.

—Tengo que dejarte, Lei, pero llámame si me necesitas.

—Mañana hablamos. Buenas noches, Gianna.

—Igualmente —dejé el teléfono a un lado.

Estuvimos mirándonos un minuto. Él llevaba el jersey gris y los pantalones de esa mañana. Aquel aspecto informal me resultaba mucho más familiar... y me encantaba. Un mechón de pelo le caía sobre la frente, suavizando su belleza severa. Se había apoyado de espaldas contra la puerta, tenía las manos en los bolsillos y los tobillos cruzados. Pero solo un idiota dejaría de sentir su tensión, semejante a la de un depredador. Sus ojos entornados, sagaces y vigilantes, veían demasiadas cosas.

—Echo de menos los rizos de tu pelo —dijo por fin.

Retrocedí hasta la mesa de mi padre y apoyé el trasero en ella. Crucé los brazos.

—Ese comentario llega muy tarde —«unos años tarde».

—Cuando he llegado, estabas a punto de abalanzarte sobre tu presa. ¿Estás pensando en tirarte a Chad Williams porque te apetece o porque quieres que firme en la línea de puntos?

Quizás alguna otra mujer se habría mordido la lengua porque la pregunta no merecía respuesta. Yo no dije nada porque me sentía demasiado dolida. Jax nunca había sido mezquino ni cruel conmigo intencionadamente. Se había limitado a

desaparecer de mi vida.

—Gia...

—No me llames así.

—¿Cómo prefieres que te llame?

Di unos golpecitos con el pie en el suelo, nerviosa.

—Prefiero no verte ni saber nada de ti.

—¿Por qué no?

—Creía que era evidente.

Su boca, maravillosamente sensual, se tensó.

—Para mí no. Nos conocemos. Nos llevamos bien. Muy, muy bien.

—¡No voy a acostarme contigo! —repliqué, sintiéndome encerrada entre aquellas cuatro paredes. Siempre había surtido ese efecto sobre mí. Cuando estábamos juntos, no era consciente de nada más.

—¿Por qué no?

—¡Deja de preguntarme eso!

Se enderezó y el despacho se volvió aún más pequeño. Se me aceleró la respiración y miré ansiosamente la puerta, a su espalda.

—Es una pregunta válida —echó la cerradura sin apartar los ojos de mí—. Dime por qué estás tan enfadada.

La ansiedad se apoderó de mí.

—¡Te esfumaste de la faz de la Tierra!

—¿Sí? —dio un paso hacia mí—. ¿Estás diciendo que no sabías dónde encontrarme?

Fruncí el ceño, confusa.

—¿De qué estás hablando?

—Tenía que acabarse, y se acabó —se acercó—. Tranquilamente. Sin malos rollos. Sin recuerdos desagradables. Nos...

—Cortaste por lo sano —respiré hondo, herida en lo más hondo. Y le atacé para defenderme—. Así que ¿para qué estropearlo volviendo a empezar?

—¿No podemos ser amigos?

—No.

Invadió mi espacio.

—¿No podemos hacer negocios juntos?

—No —descrucé los brazos. Sentía la necesidad de ponerme a la defensiva—. Tú has convertido esto en algo personal desde el principio.

Sonrió, exhibiendo su dichoso hoyuelo.

—Te pones increíblemente sexy cuando te enfadas. Debería haberte hecho enfadar más a menudo.

—Apártate, Jax.

—Ya me aparté. Y no sirvió de nada.

—Claro que sirvió. Vuelve a tu mundo y olvídate de mí.

—A mi mundo —su sonrisa se desvaneció junto con el brillo de sus ojos—.

Entiendo.

Dejó de acercarse y yo pasé a su lado rápidamente, consciente de que llevaba mucho tiempo fuera y Chad estaba esperándome.

Me agarró del brazo, abarcándolo con su mano, y me dijo al oído:

—No te le folles.

Me estremecí. Estábamos hombro con hombro, mirando en direcciones opuestas, como un reflejo de toda nuestra relación. Sentí su olor, su calor, me acordé de otras ocasiones en que me había susurrado al oído.

Jax sabía cómo seducirme y nunca escatimaba esfuerzos. Incluso cuando me tenía segura, pasaba mucho rato excitándome antes de llevarme a la cama. Me lanzaba largas miradas abrasadoras, me tocaba a menudo, me murmuraba turbadoras promesas que me hacían sonrojarme.

—¿Es que ahora practicas la abstinencia, Jax? —repliqué.

—Lo haré si tú lo haces.

Solté una risa áspera.

—Sí, ya.

Me miró a los ojos.

—Ponme a prueba.

—No me interesan tus juegos.

De pronto comenzó a sacudirse el pomo de la puerta y me sobresalté.

—¿Gianna? ¿Estás ahí?

«Vincent».

—¡Sí! —grité—. Espera.

—No te le folles —repitió Jax con una mirada dura en los ojos oscuros—. Lo digo en serio, Gia.

Me desasí, giré la cerradura atropelladamente y abrí la puerta de par en par.

Mi hermano se detuvo con la llave de la oficina en la mano y miró a Jax con enfado por encima de mi hombro.

—¿Es que tienes ganas de morir, Rutledge?

Puse los ojos en blanco y lo empujé hacia atrás.

—Déjalo.

—Vete a olisquear a otra —añadió mi hermano, bloqueando la puerta en cuanto me aparté.

Pensé un momento en intervenir y luego decidí no hacerlo. Eran mayorcitos. Podían arreglárselas solos.

Cuando volví al comedor, encontré una gran bolsa para llevar encima de la mesa,

delante de Chad, que se levantó al verme.

—¿Qué te parece si nos llevamos esto al hotel y cenamos en paz? —preguntó.

Recorrí el comedor con la mirada y enseguida vi brillar el pelo de Stacy al suave resplandor de las lámparas de hierro forjado. Nos lanzaba unas miradas como puñales.

—Tengo una idea mejor —dije mientras recogía mis cosas—. Conozco un sitio donde nadie nos encontrará.

Lo llevé al salón de belleza de mi cuñada Denise, en Brooklyn. Denise cerró el local, buscó unos platos de papel y nos dimos un festín de *ragù bolognese* tibia pero deliciosa en el cuarto de la esteticista, en la parte de atrás, lejos del olor a tinte y laca.

—Tienes acento de Nueva York —comentó Chad cuando llevábamos un rato contándonos absurdas anécdotas de nuestros clientes—. Nunca me había fijado.

Me encogí de hombros.

—Sí. Como el que se oye en cientos de series policíacas de la tele.

Se rio.

—Eso es porque ahora está en su territorio —explicó Denise.

No dije nada. No me molestaba que lo hubiera notado. Siempre me salía el acento cuando estaba con mi familia o con mis amigos, cuando me relajaba y me sentía como la que había sido siempre.

—Es monísimo —bromeó Chad, exagerando su propio acento—. Yo también tengo acento, pero eso ya lo sabéis.

—A Gianna se le da muy bien disimularlo —comentó Denise. Llevaba el pelo teñido de color platino, con las puntas de un rosa vivo, y recogido en complicadas trenzas. Tenía varios *piercings* en la nariz y las cejas y una ristra de tatuajes en el brazo izquierdo. Además estaba embarazada de cinco meses y empezaba a notársele. Yo estaba emocionadísima con su embarazo. Me moría de ganas de ser tía.

Empezó a sonar mi teléfono en el bolso y alargué el brazo hacia la encimera para sacarlo. Quizá Lei me necesitaba, después de todo. Lo que había dicho sobre mi horario al contratarme no era ninguna broma. A veces me llamaba a las dos de la madrugada y los fines de semana, pero me encantaba que lo hiciera, porque era en esos momentos cuando estaba más entusiasmada con algo.

Miré la pantalla, pero el número no era de Nueva York. Estaba a punto de dejar que saltara el buzón de voz cuando decidí obsequiar un poco más a Chad con mi acento.

—Despacho de Gianna Rossi —dije con naturalidad—. ¿En qué puedo ayudarle?

Oí un silencio y luego...

—Gia...

Contuve la respiración, turbada por cómo decía Jax mi nombre. Por cómo solía

decirlo cuando éramos amantes y me llamaba solo para oír mi voz.

—Di algo —dijo en tono gruñón.

Fortalecida al ver mi cara de pasmo en el espejo, contesté con gélida calma:

—¿Cómo has conseguido este número?

—No me vengas con esas —replicó—. Habla como solías hablar antes. Como eres tú de verdad.

—Eres tú quien me ha llamado.

Masculló algo en voz baja.

—Ven a comer conmigo mañana.

—No —me levanté y me dirigí hacia la parte delantera del salón de belleza.

—Sí, Gia. Tenemos que hablar.

—No tengo nada que decirte.

—Entonces escúchame.

Froté la punta de mi tacón de aguja contra la grieta de una baldosa. Denise acababa de empezar a obtener beneficios y quería hacer reformas en el local. El salón de belleza estaba en un barrio que había vuelto a ponerse de moda, y ella había tenido el acierto de decorarlo con muebles retro y preciosos carteles *vintage* en las paredes que distraían la vista de pequeños defectos.

Dios, estaba hecha un lío por culpa de Jax. Mi cerebro bullía con ideas encontradas. Me concentré en el hombre que me estaba volviendo loca.

—Si como contigo, ¿me dejarás en paz?

—No voy a prometerte eso.

—Entonces la respuesta es no —repliqué—. No tienes derecho a invadir así mi vida. Nada de esto es asunto tuyo. No deberías estar metiéndote donde...

—¡Maldita sea! No sabía que estuvieras enamorada de mí, Gia.

Cerré los ojos para bloquear el dolor que me produjo oír esas palabras de sus labios.

—Si eso es verdad, es que no me conocías en absoluto.

Colgué.

Capítulo

5

—He encontrado algo que vincula a Pembry con los Rutledge —le dije a Lei a primera hora del viernes, cuando llegó a trabajar y la seguí a su despacho—. Un artículo de la revista *FSR*.

Me miró.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Una media hora —pero había estado levantada hasta muy tarde, haciendo mis deberes. No había podido dormir. Necesitaba saber por qué se estaba metiendo Jax en mi vida y cómo podía librarme de él.

No quería que se disculpara, ni que me diera una explicación. No quería que fuéramos amigos. No quería tener ningún motivo para hacerme ilusiones, porque por desgracia me había dado cuenta de que seguía enamorada de él. Y ahora él también empezaba a sospecharlo.

Había escarmentado la primera vez, y él mismo lo había dicho: nuestra relación tenía que acabar en algún momento. Nada de segundas partes.

Deslicé el artículo de la revista sobre su mesa.

—Mencionan de pasada que Pembry apoyó y contribuyó a las campañas de los Rutledge en un reportaje acerca de la relación entre restauradores y políticos.

—Umm —sus astutos ojos se clavaron en los míos—. Viví cinco años con Ian. En ese tiempo no votó en ningunas elecciones. Y es demasiado tacaño para gastarse la cantidad de dinero que haría falta para que los Rutledge se tomen un interés personal en él.

Se echó hacia atrás y giró su silla de lado a lado.

—Dicho esto —añadió—, no creo que un inversor se haya interesado por mis rifirrafes empresariales con Ian sin una motivación personal. Es absurdo.

Levanté las manos y reconocí:

—Yo tampoco me lo explico.

—¿Crees que Jackson te diría a qué viene tanto interés si se lo preguntaras?

—Puede ser —me senté delante de su mesa—. Pero él no es el factor decisivo en esto. Stacy prefiere a Ian. Chad nos prefiere a nosotras. Todavía no hemos perdido la batalla.

—¿No tienes curiosidad?

—No tanta como para tomarme la molestia de hablar con él. Está empezando a darse cuenta de que me tomé nuestro lío más en serio de lo que debería y para mí es un poco... violento.

Lei me miró con afecto.

—Creo que lo mejor es acabar con esto de una vez. Hoy voy a hablar con la gente

de Mondego para que sigamos adelante solo con Chad. No están tan entusiasmados como antes, lo cual es normal, pero creo que puedo ofrecerles una alternativa interesante.

Me incliné hacia delante y sonrió al verme tan interesada.

—Estas dos —giró su monitor hacia mí y vi a dos mujeres muy distintas entre sí. Una era morena y exótica y la otra rubia y muy jovencita—. Me fijé en ellas hace un par de meses. Isabelle, la morena, está especializada en comida italiana regional, mientras que Inez, la rubia, tiene talento para la comida francesa.

Solté una risa suave.

—Un duelo de cocinas internacional.

—Habrá que trabajar más para organizar la carta, pero, si no puedes ofrecer dos, sube la apuesta a tres.

—Increíble.

Lei se frotó las manos.

—Con un poco de suerte, todavía descorcharemos alguna botella de champán.

Oí sonar mi teléfono al otro lado de la puerta abierta y me levanté. Lei empujó el suyo hacia mí.

—Puedes contestar aquí.

Levanté el teléfono, marqué la tecla de mi línea y contesté.

—Señorita Rossi, soy Ian Pembry. Buenos días.

Enarqué las cejas y le dije «Ian» a Lei sin emitir sonido. Esbozó una sonrisa.

—Buenos días, señor Pembry. Justamente estaba pensando en usted.

—He estado esperando que me llamara y luego me he puesto impaciente —el tono cálido y divertido de su voz surtió sobre mí el efecto que seguramente surtía sobre casi todas las mujeres. No había duda: tenía una voz supersensual.

—¿Podríamos comer juntos? —pregunté, lanzando una mirada a Lei para asegurarme de que le parecía bien. Asintió con un gesto.

—Me halaga que me prefiera a mí antes que a Jackson —dijo, y me puse alerta—. Pero confiaba en que pudiéramos quedar para cenar. Esta noche tengo un compromiso y necesito una acompañante.

Alargué el brazo y pulsé la tecla de manos libres.

—¿Qué me dice de Stacy?

—Es maravillosa, desde luego, pero preferiría llevarla a usted. Tú también querrás venir, Lei —dijo, dirigiéndose directamente a ella— y cuidar de tu chica, lo cual está muy bien. Cuantos más seamos, mejor. Es un acto de gala. Tenéis que estar en el helipuerto de Midtown a las seis.

Lei sonrió. Saltaba a la vista que le gustaba aquel desafío aunque no hubiera contestado.

—Está dando por sentado que no tengo planes un viernes por la noche —dije.

—No se lo tome a mal, señorita Rossi —pareció divertido—. Es un cumplido a su dedicación al trabajo. Lei no la habría contratado si no antepusiera su profesión a todo lo demás. Nos vemos esta noche.

Se cortó la comunicación y dejé el teléfono en su sitio.

—Bueno... ¿Qué opinas?

—Opino que tenemos que ir de compras.

Cuando volví a mi mesa encontré un paquete esperándome.

Rompí el envoltorio de papel marrón y descubrí dentro una caja de bombones. El arrebató de deseo que me atravesó al ver aquella marca en concreto (Neuhaus) y los recuerdos que evocó en mí hicieron que se me acelerara la respiración. Me ardía la piel.

Había probado las trufas belgas una sola vez antes, cuando las había comido de las puntas de los dedos de Jax. El calor de su contacto las derretía. Luego, Jax pintaba palabras sobre mi cuerpo con el chocolate y las lamía con tórridas pasadas de su lengua.

«Gia, tan sexy. Tan dulce». Y mi favorito: «mía».

Se me tensaron los muslos y crucé los tobillos. Mi sexo se había crispado, ávido y ansioso. A mi cuerpo no le importaba que me hubiera dejado plantada sin una palabra. Deseaba a Jax. Frenéticamente.

La nota adjunta era muy sencilla y no llevaba firma.

Te reconocería hasta con los ojos vendados.

No sabría decir adónde me llevó Lei a comprar un vestido. Era una tienda pequeña y sin distintivos que tenía permanentemente colgado de la puerta el letrero de CERRADO. SE ATIENDE SOLO CON CITA PREVIA. En cuanto el coche de Lei paró delante de ella, nos hicieron pasar a una *showroom* en la que dominaba un lujo discreto y nos sirvieron champán con fresas maduras. No se veían etiquetas con precios por ningún sitio.

La hora siguiente pasó en medio de un torbellino de sedas y tafetanes. Yo estaba aturdida.

Había habido veces, desde que trabajaba para Lei, en las que me había visto expuesta a un mundo absolutamente desconocido para mí. En esas ocasiones, tenía que hacer un esfuerzo por disimular mi cara de pasmo y procuraba fijarme mucho en Lei, que parecía desenvolverse como pez en el agua en aquellos ambientes. A veces tenía que recordarme a mí misma que sus orígenes no eran tan distintos de los míos. Había adquirido lustre con el paso de los años, y yo también podía hacerlo.

Estaba mirando un vestido negro con mangas de encaje cuando Lei me puso la

mano sobre el hombro.

—Eso te haría muy mayor —dijo.

La miré.

—A mí me parece sobrio y elegante.

—Y lo es, para una mujer de mi edad. Tú tienes veinticinco años. Disfrútalos.

—Debo tener cuidado —expliqué.

Mi jefa era delgada como un junco, ligera y grácil. Yo tenía demasiadas curvas.

—Tengo las tetas demasiado grandes. Y también el trasero.

—Eres muy sexy —afirmó ella con naturalidad—. En el trabajo lo disimulas, y lo entiendo y te lo agradezco, pero no desperdicies esa ventaja. Es un mito espantoso que una mujer de éxito no pueda ser sexy sin perder su credibilidad. No te lo creas.

Me mordí el labio. Paseé la mirada por la sala, un poco intimidada por el aroma a riqueza que exhalaba. Estaba fuera de lugar allí. Por el amor de Dios, en las paredes no había papel pintado: ¡estaban forradas de seda de color marfil! Y los canapés que acababan de traernos estaban colocados en una bandeja que seguro que era de plata maciza.

—¿Puedes echarme una mano? Me temo que yo elegiré mal.

—Para eso estoy aquí, Gianna —hizo una seña a una de las tres mujeres que estaban atendiéndonos—. Veamos qué tienen para una joven bella y voluptuosa.

Cuando salí de mi cuarto unas horas después y oí un silbido, me emocioné y me puse nerviosa al mismo tiempo. Denise había vuelto temprano de trabajar para peinarme y se había traído a Pam, una de sus estilistas, para que me maquillara. Angelo estaba arrellanado en el sofá, viendo algo que había grabado con la grabadora digital para matar el tiempo mientras llegaba su turno de las ocho en el Rossi.

—Caramba —dijo mi hermano, incorporándose—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermana?

—Cállate —contestamos Denise y yo al mismo tiempo.

—Parece una estrella de cine —dijo Pam al volver de la cocina, donde había estado limpiando sus brochas—. Pero de las auténticas diosas, diría yo. Una Raquel Welch o una Sofía Loren.

—¿Quién? —preguntó Denise arrugando el ceño.

Yo, en cambio, la entendí: siempre había pensado lo mismo de mi madre.

El vestido que habíamos elegido al final era también negro, pero mucho más sexy. Un broche de pedrería sostenía la única hombrera. El pecho era de raso negro fruncido, un fino cinturón de pedrería brillante ceñía la cintura y la falda tenía una raja en el lado derecho que llegaba desde medio muslo a los pies. Pensé que por suerte Vincent ya estaba en el restaurante. Se habría asustado un poco al ver cuánta pierna enseñaba. A Nico, que ahora vivía en Nueva Jersey, le habría encantado.

Denise se dejó caer en el sofá con dos cervezas en la mano, le pasó una a su marido y puso la otra sobre la mesa baja para Pam. Desde que sabía que estaba embarazada, solo tomaba agua y zumos de frutas. Los aros dorados que había entre su pelo crespo relucieron.

—¿Chad también va? —preguntó.

—No tengo ni idea.

—¿Y Jax? —añadió Angelo con voz crispada.

Me encogí de hombros, pero se me aceleró el pulso. Había intentado no pensar en Jax mientras me arreglaba, pero aun así deseé que pudiera verme así vestida. Estaba muy sexy.

—Ya sabes lo que hay —me advirtió mi hermano.

—Sí —dije—, lo sé.

Sonó mi teléfono y comprendí que había llegado el chófer de Lei.

—¡Tengo que irme!

Caminé a toda prisa por la tarima pulida de nuestro *loft* para recoger mis zapatos de tacón, mi bolsito y mi chal del banco que había junto a la puerta y le dije adiós a Pam con la mano antes de salir. Prescindí del montacargas, que era viejo y tenía muy mal genio, y bajé los tres tramos de escaleras hasta la calle. El chófer de Lei estaba acostumbrado a esperar.

Nico, Vincent y Angelo habían comprado el loft con la idea de reformarlo y venderlo a mayor precio. Yo me había instalado allí después de acabar la carrera y había acabado comprando la parte de Nico cuando él se mudó a Nueva Jersey. Luego Vincent y yo nos habíamos dividido el coste de la parte de Angelo cuando él se fue a vivir con Denise, pagando el cincuenta por ciento cada uno. Estábamos pensando en venderlo cuando Denise había descubierto que estaba embarazada y Angelo y ella habían vuelto a instalarse en el piso para ahorrar dinero.

A mí me encantaba volver del trabajo y encontrarme la casa llena de gente y echaba de menos a Nico. No estaba muy segura de cómo me habría sentido viviendo sola. Creo que tener siempre a alguien a mi alrededor me ha ayudado a concentrarme en mi trabajo y a salir menos de lo que habría salido normalmente. Me sentía a gusto así, pero tal vez me había estado ocultando a mí misma que aún me estaba recuperando de un desengaño amoroso. Tal vez debería haberlo afrontado antes. Ahora, desde luego, era hora de afrontarlo.

Me senté en el asiento trasero del coche casi sin aliento por la carrera y nos dirigimos a casa de Lei. El barrio en el que vivía era muy distinto al mío. Su casa estaba en Manhattan, y aunque solo un puente separaba su barrio del mío, podríamos haber vivido en distintos planetas. Cruzamos el río East con el sol aún pendiendo en el cielo. Un afanoso remolcador rompía sus reflejos en el agua.

No dejaba de asombrarme haber creído en algún momento que Jax podía sentirse

a gusto allí. Había llegado a relacionarlo tan completamente con Washington que ya no me lo imaginaba en otra parte.

Salvo en mi cama. Allí no me costaba imaginármelo...

Estaba pensando en cómo podía sonsacarle información a Ian Pembry cuando el coche se detuvo delante del edificio de apartamentos de Lei.

Yo ya había visto su vestido, pero con el peinado y el maquillaje a juego hacía un efecto completamente distinto. De estilo griego y color verde esmeralda, se deslizaba suavemente sobre su esbelto cuerpo cuando salió del edificio sonriendo al portero. El color vivo del vestido realzaba su piel blanca e impecable y enfatizaba el rojo de sus labios, y un precioso pasador de pedrería hacía destacar los mechones plateados de su sien derecha.

Se acomodó a mi lado en el asiento y enseguida noté su tensión.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Claro.

No hablamos durante el corto trayecto al helipuerto, absortas ambas en nuestros pensamientos. Al doblar la esquina, me fijé en un parque para perros y en los animales peludos y bulliciosos que corrían libremente dentro de él. Su energía juguetona y su placer indisimulado me hicieron sonreír, a pesar del cariz sombrío que habían ido tomando mis reflexiones a lo largo del día.

Detestaba reconocerlo, pero me dolía que Ian supiera que Jax me había invitado a comer. Cuando Jax me había llamado, yo había pensado que la invitación le salía del corazón. Había creído que era algo privado, que quería de verdad que volviéramos a hablar aunque solo fuera para disculparse. Supongo que siempre había esperado demasiado de él. En lo que a él respectaba, mi instinto nunca daba en el clavo.

Cuando estuvimos sentadas en el helicóptero con los cinturones de seguridad puestos, me fijé por fin en Lei. Estaba mirando por la ventanilla mientras el suelo quedaba cada vez más abajo, desplegando la ciudad ante nosotros como un manto espectacular de cemento revestido de atardecer y cristal reluciente. Me había pasado todo el día meditando acerca de la experiencia de trabajar con Lei. Mi familia tenía una visión limitada del mundo y así les gustaba. Yo siempre había ansiado algo más grande, ver el mundo a través de una lente mucho más amplia.

—¿Sabes dónde vamos? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Ian intenta decirnos algo con esta invitación. Supongo que vamos a quedarnos boquiabiertas.

A eso de las ocho me encontré saliendo de una limusina, delante de una enorme

mansión de Washington D. C.. Me había ido poniendo cada vez más nerviosa a medida que pasaban los kilómetros desde que habíamos subido a bordo de un avión privado en el aeropuerto, y mi nerviosismo no había hecho más que aumentar cuando la auxiliar de vuelo nos había informado de nuestro destino.

—Esta vez se ha superado —masculló Lei cuando Pembry bajó por la amplia escalinata de la casa para darnos la bienvenida.

El restaurador estaba impresionante con su esmoquin clásico y el cabello gris plateado peinado hacia atrás. Me saludó a mí primero con un beso en la mano y a continuación fijó sus ojos azules en Lei.

—Estás jugando con una persona de mi confianza —dijo ella con frialdad, mirándolo impassible cuando él se llevó su mano a la boca—. Antes no eras cruel.

—Antes tenía corazón —contestó él tranquilamente— y alguien me lo rompió.

Los miré a los dos tratando de interpretar la tensión que había entre ellos. Tuve la sensación de que estaban jugando conmigo y de que todo el mundo entendía las reglas del juego menos yo.

Muy bien. Si mantenía la boca cerrada y los oídos bien abiertos, acabaría por enterarme.

Ian se volvió y me ofreció el brazo.

—¿Vamos?

Me llevó por la escalinata mientras Lei nos seguía. Al mirarla un momento vi que subía con paso majestuoso y la cabeza bien alta sobre ese largo cuello que yo tanto envidiaba. Por las puertas abiertas salía luz a raudales y detrás de nosotros las limusinas descargaban a sus pasajeros en oleadas constantes. Era una fiesta espléndida y eso que aún ni siquiera había cruzado el umbral.

—Confío en que el vuelo haya sido agradable —comentó Ian.

Lo miré y vi que me estaba observando con atención.

—Sí, gracias.

—¿Habías estado alguna vez en Washington?

—Es la primera vez.

—Ah —sonrió y vi un asomo de su encanto—. Tal vez te apetezca quedarte a pasar el fin de semana. Tengo una casa en Georgetown. Si quieres, puedes usarla.

—Eres muy amable.

Se rio, soltó mi brazo y apoyó la mano en mis riñones para que entrara delante de él.

—Confío en que digas más de dos palabras seguidas a medida que avance la velada, señorita Rossi. Me gustaría conocerte mejor, sobre todo teniendo en cuenta el interés que demuestran por ti tanto Jackson como Lei.

Aflojé el paso al ver lo que me pareció una fila de bienvenida.

—¿Qué es este evento?

—Una fiesta privada para recaudar fondos —me susurró junto al oído.

De pronto comprendí a qué se refería Lei al decir que era cruel.

—¿Para un Rutledge?

—¿Para quién si no? —contestó divertido.

Pasamos rápidamente por la fila que habían formado los organizadores para dar la bienvenida a los invitados. Los hombres nos estrecharon enérgicamente la mano y las mujeres nos la apretaron con leve gesto afectuoso. Iban todos perfectamente arreglados, sin un pelo fuera de su sitio, y lucían grandes sonrisas bien ensayadas que dejaban ver sus dientes de un blanco cegador.

Me alegré de dejarles atrás y acepté una copa de champán de la bandeja que me ofreció un camarero sonriente. Pero más aún me alegré de ver a Chad, que parecía tan incómodo como yo. Se le iluminó la cara cuando nos vio, caras conocidas en medio de una muchedumbre de desconocidos, y se encaminó hacia nosotros.

—Me he tomado la libertad de emparejarte con Chad, Lei —dijo Ian, mirándola de soslayo.

Recorrí el salón con la mirada buscando a Jax. No lo vi. Claro que había muchísima gente pululando por el salón de baile en el que nos habían indicado que entráramos. ¡Una casa con salón de baile, por amor de Dios!

¿Quién podía vivir así?

Di un buen trago a mi copa de vino frío. Jax vivía así. El elegante hombre de negocios al que había visto en Savor encajaba en aquel ambiente, no el amante al que había conocido años atrás.

«Solo creías que lo conocías».

Chad se acercó a mí pasándose un dedo por debajo del cuello de la camisa.

—¿Te lo puedes creer? Acabo de conocer al gobernador de Luisiana. ¡Y sabe quién soy!

Ian sonrió, muy ufano. Pero yo seguía sin entenderlo.

—¿Qué tiene que ver la política con el sector de la restauración? —le pregunté.

—Reconozco que forman una extraña pareja —agarró mi copa vacía y la cambió por otra llena cuando pasó un camarero—. Pero a fin de cuentas todo el mundo come.

—Pero no todo el mundo vota —comentó Lei con una copa en la mano.

—Tú siempre has sido mucho más escrupulosa que yo en esos temas —convino Ian—. ¿Y tú, Gianna? Puedo llamarte Gianna, ¿verdad? ¿Ejerces tu derecho al voto?

—¿La política no es uno de esos temas que conviene evitar? —miré una bandeja de canapés que pasaba por allí y me di cuenta de que estaba tan nerviosa que hasta pensar en comer me resultaba imposible.

—¿Por qué no bailamos, entonces? —sugirió él.

Acepté, pensando que sería una rara oportunidad de hablar con él a solas. Chad agarró mi copa de champán y la vació de un trago.

—Te advierto que no bailo muy bien —le dije a Ian mientras me conducía a la zona reservada para bailar. Había tomado algunas clases para sentirme más segura, pero nunca había tenido ocasión de bailar fuera de la academia de baile y por falta de tiempo solo había ensayado los pasos básicos. Nunca, desde luego, había bailado con la música de una orquesta en vivo.

—Tú sígueme —murmuró Ian, apretándome contra él.

Nos sumamos a las pocas parejas que había en la pista de baile. Yo estaba tan concentrada en no pisarlo que durante un minuto más o menos no abrí la boca.

—Cuéntame cómo es que conoces a Jackson —dijo él.

—No lo conozco —y era verdad, en todo lo importante.

Enarcó las cejas y sus ojos azules escudriñaron mi cara.

—Ayer no fue la primera vez que os veáis.

—Dado que estoy segura de que ya lo sabías antes de meterlo en esto, me interesa más saber cómo lo conociste tú.

—Conozco a su padre, Parker Rutledge. Fue él quien nos presentó —miró más allá de mí—. Hablando del rey de Roma...

Me puse tensa. Giré la cabeza y perdí el paso al ver bailando con una joven muy guapa a un hombre que se parecía extrañamente a Jax.

Sentí de pronto un impulso frenético de marcharme de allí. No pintaba nada en una fiesta de recaudación de fondos para un partido político, no había sitio para mí en un mundo que no tenía nada que ver con el mío. Ignoraba cómo me habían llevado hasta allí dos hermanos cocineros y en aquel momento tampoco me apetecía averiguarlo. Mi sensación de que la noche iría de mal en peor era cada vez más fuerte.

—¿Por qué nos has traído aquí, Ian?

Contestó con otra pregunta:

—¿Hasta qué punto eres ambiciosa, Gianna?

—Le soy leal a Lei.

Sonrió.

—Yo también le era leal. Por desgracia, algún día descubrirás que ella, en cambio, no lo es tanto. Tú sabes tan bien como yo que ni a Chad ni a Stacy les conviene separarse. Se necesitan mutuamente.

—Pueden salir adelante solos. Los dos tienen talento propio —mi sentimiento de irritación aumentó—. ¿Por qué no podíamos hablar de esto en Nueva York?

—Estoy luchando por mi medio de vida. Es lógico que ponga todas mis armas en juego.

—Lei forma parte de tu mismo ambiente. Yo no.

—Te sientes fuera de lugar aquí —dijo con suavidad, con aire tranquilizador—. Yo conozco a esta gente. Me encantaría ayudarte a hacer contactos y a labrarte tu

propio camino.

Lo miré fijamente.

—¿Por qué me ofreces eso? ¿Por Jackson? Si crees que quiero volver a tener algo que ver con él, no podrías estar más equivocado.

Acabó la canción y me retiré, lista para ir en busca de Lei para ver si ella también quería marcharse.

Pembry captó el mensaje y me acompañó fuera de la pista de baile. Casi estaba a salvo cuando una alta figura se interpuso en mi camino. Levanté la vista y contuve el aliento. Durante una fracción de segundo pensé que Jax había ido a la fiesta, después de todo.

Entonces me di cuenta de que era su padre.

—Ian —dijo Parker tendiéndole la mano. Su voz imponía respeto, igual que su porte. El patriarca de los Rutledge controlaba a una familia con enorme poder político. El alcance de su influencia era impresionante, pensándolo bien, cosa que no pude evitar hacer cuando fijó sus ojos oscuros en mí.

—Creo que no conozco a tu encantadora acompañante.

Me sorprendió percibir en su voz un ligero acento que no pude identificar.

Ian hizo los honores:

—Parker, esta es Gianna Rossi. Gianna, Parker Rutledge.

—Hola —dije.

—Señorita Rossi, un placer. Esta es mi esposa, Regina.

Miré a la rubia que iba a su lado, con la que había estado bailando y pensé que no podía ser mayor que yo. No tenía edad para ser la madre de Jax, eso desde luego. Ni un cirujano plástico genial podría haberla conservado tan bien.

—Hola, señora Rutledge.

Sonrió con la boca, pero no con los ojos.

—Regina, por favor.

—Baila conmigo, Regina —dijo Ian, y le tendió la mano haciendo una floritura.

Ella miró a Parker, que asintió con la cabeza. Luego volvió a mirar a Ian.

—Quiero que me hables del nuevo chef con el que has venido esta noche. ¿Qué clase de cocina practica?

—Sureña modernizada.

—¿En serio? —se alejaron—. Dentro de un par de semanas doy una cena de gala. ¿Crees que...?

—Nadie lo diría al verla —comentó Parker, poniendo una mano en mi cintura antes de que pudiera rehusar la invitación—, pero le encanta comer.

—A mí me cuesta entender a la gente a la que no le gusta.

Parker me llevó a la pista de baile con un paso impetuoso y yo me armé de valor y me obligué a respirar.

—A Regina le encantan las fiestas —añadió—. Claro que ella es joven y bonita. Como tú.

—Gracias.

—Te dedicas a la hostelería, ¿verdad? Creo que fue lo que me dijo Ian. A ti también debe de entusiasmartte una buena fiesta. ¿Qué opinas de esta?

—Es... —me esforcé por encontrar una respuesta—. Todavía estoy meditándolo.

Soltó una risa que no se parecía nada a la cálida y suave risa de Jax. La de Parker era una carcajada retumbante, una de esas risas que llamaban la atención. Y era extrañamente contagiosa. Me sentí sonreír de mala gana.

—Gianna... —dijo de nuevo con aquel deje—. Es un nombre poco frecuente, ¿verdad? Jackson conoció a una Gianna en Las Vegas hace unos años.

Tal y como esperaba, la noche estaba pasando rápidamente de incómoda a desastrosa. Yo había dado por sentado que lo nuestro era un secreto. Y al parecer Jax le había hablado a todo el mundo de mí, cosa que no me entusiasmó precisamente.

—Es un nombre de familia —contesté, tensa, y me sentí terriblemente violenta.

—Debe de haber sido una sorpresa agradable verlo de nuevo.

Me quedé mirándolo. ¿Se parecería Jax a su padre cuando tuviera su edad? Esperaba que no. Esperaba que tuviera más arrugas de reírse alrededor de los ojos y menos tensión en torno a su bella boca.

—Me ha sorprendido más que Ian sintiera la necesidad de involucrarlo en nuestros negocios.

—Fui yo quien metió a Jackson en eso —murmuró, y miró por encima de mi cabeza con los ojos entornados—. Ian me hizo un favor maravilloso al presentarme a Regina, así que yo lo ayudo siempre que puedo —me miró de nuevo—. Pero no sabía lo tuyo. Imagino que Ian sí.

Sentí un escalofrío de inquietud en la espalda. Me sentía como un pez payaso nadando entre tiburones: completamente fuera de mi elemento.

—Disculpad.

¡Dios mío! La voz de Jax resonó como un eco dentro de mí.

—Voy a interrumpiros.

Parker se detuvo y yo giré la cabeza y se me aceleró el corazón al encontrarme cara a cara con él.

—Pensaba que no vendrías —le dijo Parker a su hijo.

Jax me miró y luego volvió a mirar a su padre.

—No me has dejado elección.

Pensé por un segundo en escabullirme mientras se miraban duramente el uno al otro. Entonces Jax me pasó el brazo por la cintura desde atrás y me atrajo hacia sí, apartándome de su padre.

Parker me miró.

—Me retiro. Te veré en la cena, Gianna. Que te diviertas.

Jax se puso delante de mí, impidiéndome ver cómo se alejaba su padre.

—Estás impresionante —dijo en voz baja, apretándome contra sí.

Yo estaba tan tensa que me dolían los hombros.

—Me alegro de que me des el visto bueno.

Dio el primer paso y lo seguí.

—Respira, Gia —me reconvino—. Ya te tengo.

—No quiero estar aquí.

—Ya somos dos —acarició mi espalda suavemente con la mano—. Odio estas cosas.

—Pero estás en tu salsa.

Una emoción que no supe identificar ensombreció sus ojos.

—Nací en este ambiente. Pero no vivo en él.

El calor de su cuerpo comenzó a calar en el mío. Cada vez que respiraba, sentía su olor. Cada movimiento que él hacía despertaba el eco de un recuerdo que me recorría por entero.

—Eso está mejor —dijo—. Apóyate en mí y relájate, nena.

—No.

—Ahora estás en mi mundo, Gia. Con mis normas.

Sacudí la cabeza.

—Me han engañado para venir aquí.

Me apretó contra sí y apoyó los labios en mi sien.

—Lo siento.

—Tenías que airearlo a los cuatro vientos, ¿verdad? No veo el motivo. Está claro que yo no era el sucio secretillo que creía ser.

—Sucio, no —bajó la voz—. Salvo cuando tú querías. Un poco bruto, un poco tosco, sí. Dios mío... Me volvías loco.

Le pisé a propósito.

Se rio y su risa me recorrió como una oleada.

—Has estado bebiendo —le dije con reproche al notar un leve aroma a licor en su aliento.

—No me ha quedado otro remedio —se echó hacia atrás, apretando la mandíbula—. No sabía que sería tan duro volver a verte.

—Te lo pondré fácil. Ayúdanos a Lei y a mí a salir de aquí.

—Todavía no —su boca suave rozó mi frente—. Yo pasé una noche con tu familia. Tú tienes que pasar una noche con la mía, me lo debes.

—¿Y luego puedo desaparecer y no volver a verte?

Quería hacerlo de verdad. La Cenicienta del baile había vuelto a convertirse en una chica que no encajaba allí. Su torso rozó mis pechos cuando me apretó contra sí.

—Ese es el plan.

Me hizo bailar dos canciones más, negándose en redondo a dejarme en brazos de Ian o de otros dos señores que intentaron bailar conmigo. Capté el mensaje tan claramente como todos los demás, sin duda alguna: había llegado con Ian, pero ahora estaba con Jax.

En ese momento decidí hacer de Cenicienta hasta el final. Mandé a un rincón de una patada a la vocecilla que llevaba dos días deprimiéndome y flexioné los dedos dentro de mis zapatitos de cristal.

—Quiero champán —anuncié de pronto.

Me miró fijamente.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Sus ojos adquirieron un brillo malévolo que reconocí al instante.

—Vamos.

Me agarró de la mano, me llevó fuera de la pista de baile y nos abrimos paso entre el gentío que se agitaba a nuestro alrededor intentando retenernos allí. Jax, sin embargo, era un experto escabulléndose con un rápido saludo o un gesto de pasada. Distinguí una cara conocida, la de la bella Allison Kelsey, la esposa del hombre cuya despedida de soltero nos había unido a Jax y a mí, y de pronto el panorama cambió y vi un pasillo profusamente iluminado. Desde allí, Jax me llevó a través de una puerta basculante a una cocina de tamaño industrial en la que reinaba una actividad frenética.

Miré a mi alrededor, fijándome en las múltiples encimeras y en los uniformes blancos y negros que solo había visto en las películas. Jax arrancó una botella de champán de las manos de un camarero, rodeó hábilmente el pie de una copa con el dedo y me hizo salir por una puerta lateral que daba a otro pasillo.

—¿Adónde vamos? —pregunté, desconfiada todavía por estar a solas con él. Lo deseaba. Nunca había dejado de desearlo.

—Ya lo verás.

El ruido de la fiesta se intensificó y procuré ignorar la punzada de desilusión que sentí al pensar que íbamos a volver a ella. En serio: tenía que aclararme.

Me condujo a través de unas puertas abiertas que daban a una terraza con vistas a un jardín mágico. O eso me pareció a mí, por lo menos, con sus senderos de grava iluminados con farolas y sus preciosos y viejos árboles en los que brillaban bombillas blancas.

—¿De quién es esta casa? —pregunté.

—Es una finca de los Rutledge.

Lo dijo con más prurito de propietario del que reflejaban sus palabras.

—Ya.

—Finge que nos hemos colado en la fiesta —dijo mientras me llevaba por unos escalones empedrados hasta un banco de mármol en forma de media luna.

Me senté y lo vi servir el champán y pasarme la copa.

—Por lo visto hemos estado fingiendo desde el principio, ¿no?

Bebió de la botella y se limpió la boca con el dorso de la mano, descuidadamente y con aire un poco desafiante.

—Puede ser. Pero aun así te conozco mejor de lo que crees.

—Yo tengo la sensación de no conocerte en absoluto.

—Pues intenta conocerme —me dijo en tono retador—. ¿De qué tienes miedo?

Bebí un sorbo de champán.

—De agotarme en el intento y de encontrarme un callejón sin salida.

—¿Es que no puedes sencillamente disfrutar del trayecto?

¡Ah, me habría encantado! De pronto me atravesó una oleada de ardiente anhelo.

Puso la botella en el banco, a mi lado.

—Voy a besarte.

Me quedé sin respiración.

—No, nada de eso.

—Intenta detenerme.

Me levanté de un salto.

—Jackson...

—Cállate, Gia —tomó mi cara entre sus manos y se apoderó de mi boca.

Por un momento no me moví, paralizada al sentir sus labios sobre los míos, tan suaves y sin embargo tan firmes. Tan dolorosamente familiares. Tan tiernos. Su lengua se deslizó por la comisura de mi boca. La abrí para él con un suave gemido y deslizó la lengua dentro.

Solté la copa. Oí vagamente cómo se hacía añicos, pero no me importó. Rodeé con los brazos sus anchos hombros, hundí los dedos en su pelo sedoso. Paladeé su sabor a champán y a Jax y me puse de puntillas para besarlo con más ansia.

Como siempre, me dio lo que le pedí.

Sujetándome con fuerza, me comió la boca acariciándola con aterciopeladas pasadas de su lengua, mordisqueándome con los labios y los dientes y deslizando los labios sobre los míos de un lado a otro como si me saboreara, convirtiendo un simple beso en una fusión erótica que me hizo temblar de placer.

¡Dios, cuánto lo había echado de menos! Echaba de menos cómo me hacía sentir.

Gruñó y aquel áspero sonido resonó dentro de mí. Deslizó las manos hacia abajo, frotó mi espalda y me sujetó al tiempo que movía las caderas y restregaba el bulto duro y grueso de su pene erecto contra mi pubis. Sentía una oleada de deseo que acaloró mi piel. Quería extraviarme en él como en otro tiempo, apretando mi cuerpo

desnudo contra el suyo hasta que ni el aire pudiera interponerse entre nosotros.

—Gia —murmuró con voz ronca mientras deslizaba los labios por mi mejilla—. Dios, cómo te deseo.

Cerré los ojos y mis manos se cerraron sobre los gruesos mechones de su pelo. Ardía en deseo por él, sentía la piel tensa y erizada.

—Ya me tuviste.

—Cometí el error de marcharme —su aliento rozó mi frente—. Eso no significa que no lo lamente.

Un vocecilla de alarma gritaba dentro de mi cabeza.

—Acabarás haciéndome daño.

—Voy a idolatrarte —agarró mi nuca con una mano mientras con la otra agarraba mi cadera, apretando su verga dura contra mi clítoris—. Te acuerdas de cómo era. Horas y horas acariciándote con las manos y la boca, mi polla dentro de ti...

—¿Por cuánto tiempo? —mis entrañas empezaron a tensarse, exigiendo un orgasmo.

—Semanas —gruñó—. Meses. Dios mío, la tengo tan dura que me duele.

Luché por desasirme.

—Yo necesito algo más que sexo.

Me soltó, pero tenía una mirada ardiente y feroz.

—Te daré todo lo que tengo.

—¿Durante unas cuantas semanas? —temblé por el esfuerzo de mantenerme alejada de él a pesar de lo mucho que lo deseaba—. ¿Un par de meses?

—Gia —se pasó las manos por la cara—. Maldita sea, acepta lo que puedo darte.

—¡No es suficiente!

—Tiene que ser así. Dios mío... ¡no me pidas que te convierta en uno de ellos!

Me aparté de un salto, sorprendida por su vehemencia.

—¿De qué estás hablando?

Se volvió, dando la espalda a la casa, agarró la botella de champán y le dio un largo trago.

Lo observé, confusa, y vi solo una terca determinación. Miré más allá de él, hacia el salón de baile, y vi a las elegantes parejas del interior de la casa. Lei apareció en ese momento. Había salido a la terraza del brazo de Chad.

Entonces comprendí hasta qué punto ansiaba desvelar el misterio de Jax, tanto que no me importaba el precio que tendría que pagar por ello.

—¿Os importa que os hagamos compañía? —preguntó Lei cuando se acercaron.

Me miró a los ojos. Me dejé caer en el banco, estremecida todavía por el deseo insatisfecho.

Al mirar a Jax, vi que tenía los ojos clavados en mí. En sus oscuras profundidades brillaba un desafío. Alargué el brazo y agarré la botella de champán por el cuello

cuando me la dio.

La levanté en un brindis y bebí por aquel reto.

Capítulo

6

«No desaparezcas. Tenemos que volver a vernos».

Las últimas palabras que me había dicho Jax, que me había susurrado al oído al despedirnos, me obsesionaron durante el vuelo de regreso a Nueva York.

Si me liaba con él saldría malparada porque me haría ilusiones. Yo quería algo más. Pero ¿qué alternativa tenía? Tenía que saber qué había salido mal años antes y por qué seguía refrenándose. Siempre había creído que era por mí, por quién era, por mis orígenes, porque no encajaba con cómo era él y con lo que quería a largo plazo.

Miré a Lei, que estaba sentada frente a mí en el avión. Abrió su bolso y sacó una hoja de papel doblada. Me la pasó y la alisé sobre la mesita que había entre nosotras. Leí el primer párrafo, eché un vistazo a la parte de abajo para ver quién lo firmaba y levanté la cabeza.

—Dios mío... ¿Has conseguido que Chad firme?

—Es un acuerdo preliminar —explicó—, a condición de que Isabelle e Inez acepten el trato y de que tú te encargues de la supervisión del primer restaurante. Pero lo tenemos en el bote.

—Caramba —doblé cuidadosamente el papel mientras pensaba que acababan de asignarme una enorme responsabilidad—. No puedo creer que llevaras esto encima. ¿Sabías que Chad estaría en la fiesta?

—Lo sospechaba, conociendo a Ian.

Le devolví el acuerdo.

—Rutledge ha cuidado de ti esta noche —comentó—. Ian ha intentado arrojarte a los lobos, pero Jackson se lo ha impedido manteniéndose a tu lado.

Y había querido acercarse aún más a mí.

Hice caso omiso de la pregunta tácita de Lei. No quería hablarle de algo tan íntimo.

—Por cierto, Parker Rutledge me ha explicado la relación que hay entre ellos. Ian fue quien le presentó a la actual señora Rutledge.

—¿Ah, sí? —Lei levantó sus cejas elegantemente perfiladas—. Entonces es muy probable que Ian conozca íntimamente a Regina Rutledge.

—¿Bromeas?

—Me temo que no.

—De acuerdo —incliné la cabeza contra el asiento.

—Vamos a intentar disfrutar del fin de semana. Apaga el teléfono, olvídate del trabajo, recarga las pilas. El lunes empezaremos con renovadas energías.

Me pareció perfecto.

—Por mí estupendo, pero dejaré el teléfono encendido por si me necesitas.

Sonrió.

—No voy a necesitarte, te lo prometo. Este fin de semana tengo una cita.

—¿Todo el fin de semana?

—Me iba haciendo falta.

Me reí. Llevaba un año trabajando con Lei y, que yo supiera, durante ese año no había tenido ni una sola cita. Sí, ya iba siendo hora de que pasara un buen rato. Y yo también.

—Que lo disfrutes.

Me lanzó una mirada.

—Eso pienso hacer.

Cuando llegué a casa, eran más de las dos de la madrugada y estaban todos durmiendo. Entré de descalza en mi cuarto para no hacer ruido, ansiosa por quitarme la ropa y el maquillaje.

Me disponía a bajarme la cremallera escondida a un lado del vestido cuando me vi en las puertas de espejo del armario. Me detuve y me eché un largo vistazo.

¿Se sentía Jax atraído por la refinada mujer de negocios en la que me había convertido de un modo muy distinto a la atracción que había sentido por la chica de años atrás? ¿Y qué sentía yo al respecto?

—Dios —me senté en el borde de la cama y deseé que hubiera alguien despierto con quien hablar. Si Nico viviera allí, seguro que habría estado levantado. Era muy trasnochador.

Agarré impulsivamente el teléfono de mi mesilla de noche y marqué su número. Sonó tres veces antes de que contestara.

—Hola —dijo—. Más vale que sea algo importante.

Di un respingo al oír su tono irritado y algo jadeante y sospeché que estaba pasando la noche con alguien y que les había interrumpido.

—Hola, Nico. Perdona, mañana te llamo.

—Gianna —soltó un fuerte suspiro y oí ruido de sábanas—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Mañana hablamos. Adiós.

—¡No me cuelgues! —gritó—. Querías hablar conmigo, pues aquí me tienes. Suelta lo que sea.

Colgué, pensando que cuanto antes lo dejara en paz, antes volvería a ponerse con lo que estaba haciendo.

Medio segundo después comenzó a sonar el teléfono. Contesté enseguida para que no despertara a toda la casa.

—Vamos, Nico. No pasa nada. Siento haberte llamado a estas horas.

—Gianna, si no empiezas a hablar ahora mismo, me voy para allá para darte una patada en el culo. ¿Es por Jackson?

Suspiré. Debería haber imaginado que se lo diría alguien.

—Tengo el fin de semana libre. He pensado que a lo mejor podía ir a verte. Darte la paliza. Ponerme un poco pesada. O un mucho.

—¿Ahora mismo?

La verdad es que se me había pasado por la cabeza, pero...

—No, mañana.

—Tonterías. Tú no llamas a las dos de la madrugada para decirme que quieres pasarte por aquí mañana.

—Estás ocupado.

—Cuando llegues, ya no lo estaré —bajó la voz—. ¿Tienes coche para venir?

—Nico...

—Voy a llamar a un taxi para que pase a recogerte.

Cerré los ojos, agradecida y más convencida que nunca de que me sentaría bien hablar con él. Hacía un par de semanas que no nos veíamos. Demasiado tiempo.

—Tengo que ducharme y cambiarme.

—Media hora. Nos vemos cuando llegues —colgó.

Dejé el teléfono en su sitio y corrí a prepararme.

Eran poco más de las cuatro cuando llegué al edificio de apartamentos de Nico. Mi hermano me había llamado hacía un par de minutos para saber a qué hora llegaría y estaba esperándome en la acera cuando el taxi se detuvo. En chándal y con una sombra de barba en la mandíbula, parecía un poco peligroso, con ese aire de chico malo que atraía tanto a las mujeres.

Dios sabía que a mí también me ponían a cien las cualidades de macho alfa de Jax.

—Hola —dijo. Recogió mi mochila, que el taxista había sacado del coche, y le pagó. Me pasó el brazo por los hombros y me llevó hacia su casa—. Me alegro de verte.

—No, claro que no te alegras —le di un golpe en la cadera con la mía y tropezamos los dos—. Siento haberte estropeado la noche.

—Yo me he corrido y ella también —sonrió—. Así que no pasa nada.

—Qué asco. No me cuentes esas cosas —era un bromista, siempre lo había sido—. ¿Es alguien especial?

—No, nada serio. Ahora mismo no tengo tiempo para tener pareja. Estoy muy liado con el restaurante.

Me soltó para abrir el portal y me condujo a través del patio interior. Yo había estado en su edificio otra vez, cuando lo había ayudado con la mudanza, pero de noche parecía distinto. Demasiado tranquilo e impersonal. Me pregunté si se sentía solo sin el resto de la familia. Me entristeció pensar en ello.

—Ojalá tuvieras a alguien que cuidara de ti —dije.

—Lo mismo digo —replicó, devolviéndome el comentario. Se le daba de maravilla.

Subimos por la escalera exterior hasta su apartamento. Una vez dentro, vi que no había cambiado casi nada desde que se había mudado. Era el típico piso de soltero: poca decoración y todo elegido por su comodidad más que por su estética.

Una gran televisión de pantalla plana dominaba el cuarto de estar, que tenía un sofá de cuero y un sillón de cuero negro, una mesa baja y una mesita con una lata de refresco abierta encima. La habitación estaba a oscuras, pero la luz que entraba de la cocina diáfana y por la puerta entornada del dormitorio se esforzaba valientemente por compensar la falta de lámparas de pie o mesa.

—Así que Jax ha vuelto —comentó, mirándome cuando me dejé caer en el sofá—. Vincent me debe cien pavos.

—¿Bromeas? —le habría tirado un cojín si hubiera tenido alguno—. ¿Hicisteis una apuesta sobre Jax?

—No, sobre ti —se sentó en el sillón y dejó mi mochila en el suelo, a sus pies—. Estaba loco por ti, lo que significaba que o te ponía un anillo en el dedo o huía despavorido. Me imaginé que huiría y que volvería cuando se le pasara un poco el miedo. Es un tío, pero es listo. La cuestión es ¿llega demasiado tarde? Supongo que no o no estarías aquí.

—Quizá solo quería verte —contesté—. Sabe Dios por qué.

—Quizá —dijo en un tono que daba a entender que lo creería cuando se helara el infierno y los cerdos volaran—. ¿Sigues enamorada de él?

Apoyé la cabeza contra el sofá y cerré mis ojos cansados.

—Sí. Maldita sea.

—¿Y él? ¿Qué es lo que quiere?

—Está confuso.

—¿Quieres que le dé una buena tunda, a ver si se aclara?

Me reí suavemente.

—Dios, cuánto te echo de menos.

Nos levantamos pasado el mediodía, salimos a comer y luego nos sentamos en el sofá y estuvimos jugando a la videoconsola hasta que me dolieron los pulgares de usar el mando. Dejé mi teléfono en el bolso, lo apagué y refrené el impulso de ir a echarle un vistazo. Les había dejado una nota a Angelo y Vincent diciéndoles dónde estaba. Y dado que Lei me había dado el fin de semana libre, no había nadie más que tuviera que llamarme antes del lunes.

Cuando llegó la hora de que Nico se marchara al restaurante, me levanté del sofá con él.

—¿Necesitas otro par de manos con el toque de los Rossi? —pregunté.

Sonrió.

—Claro. Tengo por aquí una camiseta de sobra, en algún lado.

A las siete me encontraba sirviendo mesas en el Rossi y acordándome de lo mucho que me gustaba el lado bonito del negocio. No podría dedicarme a ello a largo plazo, como mis hermanos, pero me acordé de que echar una mano de vez en cuando me sentaba de maravilla. Vestida con vaqueros y con una camiseta negra del restaurante, con el pelo recogido en una coleta, casi me pareció que estaba otra vez en el instituto. No conocía a ninguno de los clientes que entraban, pero enseguida se dieron cuenta de que era hermana de Nico, debido en gran parte a que no dejábamos de bromear el uno con el otro.

Crucé los brazos sobre la barra, me incliné hacia delante y dije en broma:

—¿Dónde están los *bellinis* que he pedido? Date prisa, Rossi. Deja de vagar. Estoy esperando.

—¿La has oído? —le preguntó a la guapa pelirroja que estaba sentada delante de él—. Se la está jugando.

Sentí una sacudida eléctrica que me puso de punta el vello de la nuca un instante antes de notar una mano sobre mi cadera. Giré la cabeza...

Y vi a Jax. Me quedé mirándolo, parpadeando, alucinada al verlo en vaqueros y con una camiseta del Rossi de hacía mucho tiempo, de antes de que renováramos el logotipo. Me emocionó un poco que hubiera conservado aquel regalo. Y que lo hubiera usado, a juzgar por lo ajada que estaba la camiseta.

—Jax, ¿qué haces tú aquí?

—¿Tú qué crees? —sonrió.

«Maldita sea». Casi me derretí al ver su hoyuelo.

Me giré para mirarlo, apoyándome en la encimera con los codos y enganchando el pie en la barra de hierro dorado que había en la parte de abajo, casi pegada al suelo. Era una postura deliberadamente provocativa y conseguí la respuesta que esperaba.

Sus ojos oscuros me recorrieron de la cabeza a los pies y viceversa, y finalmente se posaron en mi boca.

—Cena conmigo.

—De acuerdo.

Levantó las cejas al oírme responder tan deprisa.

—Marchando —dijo Nico detrás de mí.

Me volví hacia él justo a tiempo de ver que saludaba a Jax con un apretón de manos y una inclinación de cabeza.

—Jackson —dijo—, justamente estaba hablando con Gianna de partirte la cara.

Jax sonrió.

—Yo también me alegro de verte, hombre.

Nico meneó un dedo señalándolo y se alejó hacia el otro extremo de la barra.

Al colocar los tres *bellinis* en mi bandeja, sentí que las manos de Jax se posaban suavemente en mis caderas: un gesto posesivo, no había duda. Tocó con los labios mi nuca, acariciándola.

—Te echaba de menos —murmuró.

Me tembló un poco la mano cuando puse la última copa alta y delgada en la bandeja.

—No me jodas, Jax. No tiene gracia.

—Tú también me echabas de menos.

—Sí. Pero apártate —levanté la bandeja y me dirigí a la mesa que esperaba el pedido—. Vamos —le dije por encima del hombro.

Dejé las copas y sonreí a las tres clientas que, evidentemente, estaban disfrutando de su noche solo para chicas. Miraron a Jax, que se apoyó contra el extremo del reservado con los brazos cruzados sin dejar de mirarme mientras me inclinaba para servir.

—¿Le estás enseñando? —preguntó la morena, sonriendo a Jax.

—Lo intenté —respondí—. Y fracasé estrepitosamente.

—Le he pedido que vuelva a intentarlo —les guiñó un ojo. Hizo mal, porque las tres mujeres se pusieron como locas, y yo también.

—Dale una oportunidad, chica —me animó la rubia—. Intentarlo también tiene su gracia.

Cuando me alejé, estaban riendo y charlando con Jax, que se quedó un rato con ellas mientras yo iba a la barra a dejar la bandeja vacía.

—¿Estás bien? —preguntó Nico, saliéndome al paso.

—Sí —cuadré los hombros y decidí bruscamente lo que iba a hacer. Si yo lo permitía, Jax y yo podíamos pasarnos días y días sondeándonos el uno al otro. Y no tenía paciencia para eso—. Voy a salir un rato.

Asintió con la cabeza y alargó el brazo para apretarme la mano.

—Ponte dura.

—Gracias —di media vuelta y estuve a punto de chocar con Jax, que estaba detrás de mí—. ¿Te alojas en algún sitio?

La suave ironía que reflejaba su cara se convirtió en otra cosa mucho más turbia. Y más ardiente.

—Sí, tengo una habitación.

—Voy a buscar mi bolso.

Me agarró del codo antes de que me alejara.

—Gia...

Lo miré y dejé que me observara atentamente.

Su pulgar rozó mi piel.

—No hay prisa.

—En tres días te has presentado donde estaba en tres estados distintos, ¿y ahora vas a refrenarte? ¿Lo dices en serio?

Una sonrisa curvó lentamente su boca.

—Tienes razón. Voy a por el coche.

Un BMW aerodinámico esperaba enfrente de la puerta del restaurante cuando salí. Era de alquiler, pero encajaba a la perfección con Jax. Él estaba de pie a su lado, me abrió la puerta y sus labios rozaron mi mejilla antes de que me sentara en el asiento del copiloto.

Me tocaba como si fuera una especie de adicción, como si no pudiera evitarlo.

Se sentó tras el volante. El motor cobró vida con un ronroneo y nos pusimos en marcha. Recostada en el asiento, lo miré conducir, excitada por la seguridad con que manejaba el potente coche. Agarraba el volante ligeramente, con el brazo estirado de un modo que realzaba la belleza de sus músculos cincelados. Era un hombre sensual y atractivo de por sí y yo, que estaba locamente enamorada de él, era capaz de adorar cualquier cosa que hiciera, por corriente que fuese.

Lo cual no era justo, me dije. Nunca me había percatado de sus defectos, aunque sin duda los tenía. Nunca había pensado que podía tener dificultades, que tal vez hubiera en su vida circunstancias y personas que podían tirar de él en direcciones opuestas y alejarlo de mí. Nunca había escarbado más allá de la superficie.

Estiré el brazo, puse la mano sobre su muslo y sentí un cosquilleo en la palma cuando sus duros músculos reaccionaron a mi contacto. Cambió la mano con la que sujetaba el volante para poder posarla sobre la mía. Sentí su piel cálida y seca.

Me miró.

—¿Estás nerviosa?

—No —un poco preocupada, sí, pero no nerviosa—. Te deseo.

Asintió con un gesto y aceleró.

No dijimos nada durante el resto del trayecto hasta su hotel, ni cuando llegamos. Aparcó y entramos en un patio central por una puerta lateral que se accionaba mediante una tarjeta. Entramos en el ascensor para subir a su habitación y nos quedamos cada uno a un lado del habitáculo, mirándonos fijamente mientras pasaban los segundos.

La tensión era tan palpable que me costaba respirar, entreabrí los labios para respirar y casi me salió un jadeo. Sentía el deseo que irradiaba de él, notaba el ansia que tensaba sus músculos y le hacía estar atento a cada reacción de mi cuerpo. Ya estaba excitado, su polla se apretaba contra la bragueta de sus vaqueros.

Y yo estaba mojada y lista, sentía una especie de palpito entre las piernas y notaba los pechos cargados. Tenía los pezones tan fruncidos que me dolían, como si se

estiraran sin ningún pudor hacia él.

Jax tenía la mirada fija en mis pechos, me acariciaba con ella. Se pasó la lengua por el labio inferior, prometiendo a las claras lo que me haría en cuanto estuviéramos a solas.

El ascensor anunció con un tintineo que habíamos llegado a su piso y Jax se acercó a mí, me agarró de la mano y salió tirando de mí. Después de recorrer un largo pasillo, abrió la puerta de una suite y se abalanzó sobre mí, agarrándome tan fuerte que mis pies se despegaron del suelo. Solté mi bolso y me aferré a él.

Buscó mi boca en cuanto se cerró la puerta, me rodeó la cintura con el brazo y metió la otra mano entre mi pelo, quitándome la goma de la coleta. La delicadeza que había demostrado la noche anterior había desaparecido y en su lugar solo quedaba un ansia animal. Deslizó los labios sobre los míos, hundió rítmicamente la lengua en mi boca y me apretó contra su cuerpo fornido.

Le rodeé la delgada cintura con las piernas, apreté sus hombros y moví las caderas para frotar mi sexo contra el rígido bulto de su erección. Gemí, enloquecida por la presión. Las capas de ropa que nos separaban eran demasiado gruesas para que me aliviara.

—Jax —jadeé junto a su boca.

—Aguanta —gruñó, apretándome contra la puerta.

Estiré las piernas y las manos fueron a la bragueta de mis vaqueros. Abrí el botón y le bajé la cremallera luchando contra él, que estaba subiéndome la camiseta.

Tocó mis pechos y los estrujó por encima del fino raso de mi sujetador. Sofoqué un grito, sorprendida por la caricia.

—Dios mío, eres preciosa —susurró mientras rodeaba con los pulgares las puntas endurecidas de mis pezones.

Apoyé la cabeza contra la puerta. Mis pulmones se esforzaban por tomar aire.

Bajó la cabeza morena y lamió mi piel a través del sujetador. Sus labios envolvieron mi pezón. Chupó con fuerza y me retorció, agarrándome a la puerta, a mi espalda.

—Date prisa, Jax. ¡Maldita sea!

Su hoyuelo apareció un momento. Luego volvió a besarme y sentí su cuerpo duro contra el mío y sus manos entre los dos mientras se desabrochaba la bragueta. Acerté apenas a sacarle la cartera del bolsillo antes de que se bajara los pantalones y se los quitara. Busqué a tientas un preservativo y tiré la cartera al suelo.

Estaba abriendo el envoltorio con los dientes cuando empezó a tirarme con fuerza de los pantalones. Me tambaleé, riendo, caí sobre él y dejé que me levantara en brazos y me tumbara en el suelo.

Me quité los zapatos a puntapiés y luché con él, nuestros brazos y piernas se enredaron mientras luchábamos por quitarnos la ropa y por mantener a raya el ansia

frenética que sentíamos ambos. Jax se quitó la camisa, me quitó una pernera de los vaqueros y gruñó:

—Con eso basta.

Me arrancó las bragas y siseó entre dientes cuando le puse el preservativo. Luego me separó los muslos para hundirse entre ellos.

Su primera acometida me hizo levantar la espalda del suelo.

—Gia...

Estaba increíblemente guapo con el cuello arqueado, los hombros tensos y el pecho brillante de sudor. Su pene palpitaba dentro de mí, en lo más hondo, duro y grueso. Clavé los talones en la moqueta y moví las caderas, intentando hacerle sitio dentro de mí.

—Espera, nena —jadeó, agarrándome de la cintura para que me estuviera quieta—. Estoy a punto...

—¡Jax, por favor!

Me miró con ardor, sus ojos brillaron en la penumbra de la habitación, iluminada únicamente por la luz que entraba por las ventanas.

—¿Esto es lo que quieres? —se retiró, saliéndose de mí. Y volvió a penetrarme.

—Ah, Dios —gemí, temblando—. No pares.

Entrelazó sus dedos con los míos, primero una mano y luego la otra y me puso los brazos por encima de la cabeza. Moviendo las caderas, me acarició en lo más hondo de mi ser mientras se restregaba maravillosamente contra mi sexo. A pesar de su impaciencia, una vez dentro se tomó su tiempo.

Me tocó la oreja con los labios y susurró:

—Dámelo, nena. Déjame sentirte.

Me levanté un poco, lo rodeé con mis piernas para que me penetrara por completo y llegué al orgasmo con un gemido lento y doloroso, estremeciéndome de placer mientras mi sexo se contraía en oleadas ansiosas alrededor de su miembro.

—Eso es —me dijo con voz ronca al empezar a moverse—. Dios, eres asombrosa.

Aguanté. Sus lentas embestidas me mantuvieron excitada y ansiosa. Mi sexo se tensó de nuevo, deseoso de alcanzar otro orgasmo.

—Qué dura la tienes —susurré. Me encantaba sentir la suavidad con que se deslizaba dentro de mí.

—Es por ti —me besó y apretó mis manos al tiempo que movía una y otra vez las caderas, penetrándome con largas y profundas embestidas—. Gia, nena... vas a hacer que me corra.

Aceleró el ritmo y luego se tensó y echó la cabeza hacia atrás al alcanzar el orgasmo. Lo miré asombrada mientras el placer estremecía su poderoso cuerpo. Murmuró mi nombre con los ojos cerrados y el cuello tenso, en un orgasmo tan

intenso que mi deseo se disparó de nuevo.

Volviendo la cabeza, hundí los dientes en su brazo y sofoqué mis gemidos cuando aquella ansia se agudizó dolorosamente y luego remitió hasta convertirse en un latido ardiente y dulce.

—Gia... —me agarró con fuerza y frotó su cara sudorosa contra la mía.

Envuelta en sus brazos, llena de él, aflojé los dientes y apliqué los labios a la marca del mordisco. Y deseé que fuera así de fácil marcarlo a fuego para que todos supieran que era mío.

Capítulo

7

Se tumbó de espaldas a mi lado y gruñó:

—No siento las piernas.

Me reí. Sabía cómo se sentía. Sentía una especie de hormigueo por todo el cuerpo, como si estuviera despertando tras una larga hibernación.

Lo cual, por desgracia, era cierto.

Volvió la cabeza hacia mí. Lo miré.

—Hola —dijo. Agarró mi mano y se la llevó a los labios para besarla.

—Hola —me quedé mirándolo y vi en sus ojos esa suave ternura que había echado tanto de menos.

—Siento que no hayamos llegado a la cama.

—No pasa nada —sonreí—. No me he quejado.

—Te llevaré en cuanto pueda caminar.

—¿Te estás haciendo viejo, Rutledge? —bromeé, consciente de que a sus veintinueve años estaba en la flor de la vida.

Miró el techo alto, con sus bonitas molduras.

—Estoy desentrenado.

—Sí, ya —me puse el brazo sobre la cara para ocultar mi reacción. No soportaba pensar en él con otras mujeres. Me ponía enferma—. Leo los periódicos, ¿sabes?

—Acompañar a una mujer a algún sitio y follar con ella son dos cosas distintas —se inclinó sobre mí. Agarró mi muñeca, me retiró el brazo por encima de la cabeza y dejó al descubierto mi cara—. Pero me alegra saber que me has seguido la pista.

—No te he seguido la pista.

Volvió a enseñarme su hoyuelo.

—De acuerdo.

Se puso de rodillas y se apoyó sobre los talones para quitarse el preservativo. Se movía con naturalidad, ágilmente, pero al ver su polla todavía medio dura y satinada por el semen se me hizo la boca agua.

Me incorporé apoyándome en los codos y me lamí los labios.

—Ven aquí.

Respondió al instante. Su polla se puso rígida y se alargó.

—Dios, Gia.

Me acerqué a él.

—A la ducha —dijo con voz ronca, y se levantó tambaleándose. Luego me tendió la mano—. Si no me ducho, sabré a goma.

—No me importa.

—A mí sí —tiró de mí—. En cuanto te la meta en la boca, pienso quedarme en

ella un buen rato.

Lo miré fijamente. Me parecía tan absolutamente sexy allí de pie, alto y con el pecho desnudo, con los vaqueros desabrochados y bajados y la polla al aire, curvándose hacia su ombligo... Nunca había visto nada tan descaradamente erótico y masculino.

Aquel era el Jax que conocía. Y al que tanto amaba.

—Joder, eres tan sexy... Tan dulce y maravillosa —murmuró mientras pasaba el pulgar por mi labio inferior, hinchado.

—Ya —esbocé una sonrisa mientras me echaba un vistazo. Mis vaqueros y mis bragas rotas colgaban de una de mis piernas y tenía la camiseta subida por encima de los pechos. Sin duda tendría todo el pelo revuelto—. Hablas como un hombre que acaba de tener un orgasmo y quiere otro.

—No —me agarró de la barbilla y me hizo levantar la cabeza—. No puedes pedirme que te dé todo lo que tengo y luego tomártelo a broma. No es justo.

—No —contesté—. No lo es, ¿verdad?

Comprendí por cómo tensó la mandíbula que había captado la indirecta: él me había tomado a la ligera a mí... y luego me había dejado en la estacada.

Se puso en cuclillas y sujetó mis pantalones para que yo pudiera sacar la pierna. Luego, me agarró de la mano y sorteó la mesa baja de cristal y hierro forjado.

Caminamos por la alfombra de color gris oscuro y entramos en un dormitorio con una cama de tamaño grande y un cabecero de madera oscura a juego con la mesa escritorio y la cómoda. Había una zona de estar junto a la ventana, que llegaba hasta el techo, y la entrada al cuarto de baño era un arco sencillo, pero muy bonito.

Traté de disimular mi asombro cuando encendió la luz, pero me alegré de que no me mirara porque estaba segura de que no lo había conseguido. El cuarto de baño era enorme, con una ducha en la que cabían tres personas y un gran jacuzzi. Había un televisor empotrado en la pared y la encimera de dos lavabos se parecía a los muebles de madera maciza del dormitorio.

Tuve que preguntar:

—¿Reservaste esta habitación pensando en traerme aquí?

—Tenía esa esperanza —me soltó para abrir el grifo de la ducha.

Silbé, impresionada por la enorme alcachofa de la ducha encastrada en el techo que lanzaba agua como una cascada.

Me miró con una sonrisa deslumbrante.

—¿Puedo acabar de desenvolverte?

Sentí un aguda punzada de dolor. «Gia, nena, eres el regalo que me hago a mí mismo después de un largo y duro día». Una de las muchas cosas que me había dicho en Las Vegas y que habían hecho que me enamorara de él.

Me pregunté de repente si era así con todas las mujeres con las que estaba, si a

todas les decía cosas así. Tal vez no sabía que una bobada como aquella podía hacer que una chica se volviera loca por él. O quizá sí. La idea me deprimió.

—Oye —me agarró de la barbilla y me hizo echar la cabeza hacia atrás—. No me des de lado ahora. Estoy aquí. Estoy en esto.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Para el fin de semana? —retrocedí. Una especie de instinto de supervivencia me avisaba de que debía largarme de allí mientras aún estaba a tiempo—. No puedo hacer esto, Jax.

Tensó la mandíbula.

—Gia...

Di media vuelta y crucé rápidamente el dormitorio para ir en busca de mi ropa.

—¿Qué cojones...? —me agarró del brazo cuando crucé el umbral de la sala de estar—. Tú también querías.

—Ha sido un error —un inmenso error. Lo que sentía por él era demasiado profundo para que pudiera cortar limpiamente con él tras un encuentro como aquel.

—Y un cuerno —me hizo girarme de un tirón para que lo mirara y me agarró de los brazos para que no pudiera escaparme—. ¿Por qué me lo has pedido? Tú has querido venir aquí. Querías que te hiciera el amor.

—Quería follar contigo —gruñí, y me sentí fatal al ver que daba un respingo—. Quería que nos olvidáramos de la tensión sexual. Así a lo mejor empezabas a decirme la verdad. Pero tus rollos de seductor no me interesan. No son reales. Tú no eres real.

—¿De qué cojones estás hablando? Esto no podría ser más real y tú lo sabes.

Me desasí de un tirón y me adentré en el cuarto de estar. Me sentía ridícula con los calcetines puestos y la camiseta del restaurante.

—No tengo tiempo para esto.

—¿Tiempo para qué? ¿Para mí? —me alcanzó en unas pocas zancadas. Llegó primero junto a mis vaqueros y los pisó, sujetándolos contra el suelo. Cruzó los brazos, exhibiendo a la perfección su cuerpo musculado. No le importó tener todavía la bragueta abierta, aunque en algún momento se había subido los calzoncillos.

—No tengo tiempo ni paciencia para fingir que hay algo entre nosotros cuando no lo hay —me hice una coleta mientras intentaba concentrarme en recuperar la calma... al menos por fuera.

Arrugó aún más el ceño.

—¿Quién está fingiendo?

Levanté las manos.

—¿Por qué me hablas así? Todo ese rollo de que vas a desenvolverme y me echas de menos y... ¡y todo lo demás! ¿Por qué no puedes ser sincero sobre lo que hay entre nosotros, sobre lo que ha habido siempre: nada más que sexo, aunque sea fantástico?

—No solo estamos follando —gruñó inclinándose hacia delante—. Uno no se

enamora sólo del sexo.

—¿Es que tengo que estar enamorada de ti? ¿Te gusta más si lo estoy? —sentí con horror que empezaban a escocerme los ojos como si fuera a llorar—. Ya nos hemos acostado. No entiendo por qué tienes que actuar como si esto fuera una historia de amor. ¡No compliques tanto algo que debería ser muy sencillo!

—Nena, lo nuestro nunca ha sido sencillo —exhaló un fuerte suspiro y se frotó la nuca—. ¿Qué quieres de mí, Gia?

—Creo que debemos centrarnos en lo que quieres tú de mí, dado que lo que yo quiera carece de importancia.

Arrugó el ceño.

—Eso no es verdad.

Puse los brazos en jarras.

—Quiero un compromiso, una oportunidad, que hagas algún esfuerzo por descubrir hasta dónde puede llegar lo que hay entre nosotros. Pero ya me has dicho que no, de modo que lo único que queda es lo que tú deseas.

—Te deseo a ti.

—Quieres follar conmigo —puntalicé—. ¿Por qué no hablas claro?

—Gia... —sacudió la cabeza y suspiró—. Con todos los demás soy un capullo. Tú eres lo único que he adorado. No me obligues a dejar de hacerlo.

—¿Lo ves? ¡Ya estás otra vez! ¿Por qué tienes que decir esas cosas? ¿Por qué no puedes decir simplemente que te gusto o algo así?

—Porque no es solo que me gustes. Te llevo en la sangre. Pienso en ti casi todo el tiempo y se me pone dura. Te veo y me olvido de quién soy. No tienes ni idea de lo que siento —bajó la voz peligrosamente—. Cuando te veo, me entran unas ganas irresistibles de follar, Gia. Quiero tenerte debajo de mí, meterte la polla y cabalgarte hasta que me dejes seco. Haces que necesite...

—¡Cállate! —Dios, estaba temblando. Las ardientes olas de deseo que emanaban de él habían vuelto a despertar mis ansias.

—Tú sabes cómo es. Tú también lo sientes. Deja que te lo dé.

—¡No! —me dolió profundamente rechazarlo, como si acotara una parte de mi ser con alambre de espino.

—Concédeme esta noche —agarró mi mano y la apretó con fuerza—. Una sola noche.

Me reí suavemente a pesar de que tenía la vista borrosa.

—¿Una noche para follar conmigo y luego poder olvidarte de mí? Eso es un tópico, Jax. Nunca funciona. El buen sexo no deja de ser bueno solo porque te des un atracón.

—Entonces vamos a pasar una noche de sexo maravilloso. Los dos lo deseamos. Lo necesitamos.

—Yo no —intenté que me soltara la mano, pero se negó.

—Y un cuerno.

Con Jax solo funcionaría la verdad. Le resultaba demasiado fácil intuir lo que pensaba y sentía, se le daba demasiado bien localizar las debilidades de su adversario y sacarles partido.

—No puedo —repetí sosteniéndole la mirada—. Yo no soy como las mujeres con las que sueles acostarte. No puedo acostarme contigo solo por diversión o por encontrar un alivio momentáneo. Contigo, no. La última vez me enamoré de ti. No puedo volver a hacerlo.

—Sigues enamorada de mí —replicó tajantemente—. Dame la oportunidad de demostrarte que no tienes que arrepentirte de ello.

Me aparté de él y paseé la mirada por el cuarto de estar. Era más grande que mi dormitorio.

—Quiero me lleves al Rossi.

—Pues tenemos un problema —se acercó a mí por detrás y me rodeó con sus brazos. Pegando los labios a mi cuello, susurró—: Porque yo quiero llevarte a la cama. Si no quieres que hable, no diré una palabra.

Cerré los ojos, sintiéndolo detrás de mí. El calor de su cuerpo, el olor de su piel, enturbiado por el del sudor y el sexo, la suave caricia de su aliento...

—Has dejado el grifo abierto —dije, agarrándome a aquel tema sin interés y mucho menos personal.

—Iría a cerrarlo, pero me da miedo que te escapes cuando me dé la vuelta.

—No puedes retenerme aquí.

—No quiero hacerlo. Quiero que te quedes por propia voluntad. Quiero a la Gia que me ha pedido que la trajera aquí y quiero darle lo que desee.

Lo miré por encima del hombro y vi que sus ojos brillaban entre las sombras que acariciaban su bello rostro. Sentí el tirón dentro de mí, aquella corriente inexorable que nos unía. No sabía cómo apagarla o ignorarla. Por alguna absurda broma cósmica, estaba programada para desearlo con cada fibra de mi ser.

¿Tenía lo que hacía falta para convencerlo de que se quedara conmigo? Tenía, desde luego, lo que hacía falta para que deseara más. Era un principio.

—No me basta con esta noche —dije con calma.

—Menos mal. Solo lo he dicho para ganar tiempo y convencerte de que no te fueras.

—Y no puedes irte sin despedirte como la última vez —me giré en sus brazos—. Quiero que, cuando decidas que has tenido suficiente, me mires a los ojos y me lo digas.

Sus labios se adelgazaron, pero asintió con un gesto.

—Quiero que esto sea una monogamia.

- Por supuesto. No pienso compartirte con nadie.
—Me refiero a que tú seas monógamo —dije con sorna.
—Eso está hecho —tomó mi cara entre sus manos—. ¿Qué más?
—No tengo horario fijo y para mí lo primero es el trabajo.
—Ya encajé en tu vida antes. Puedo hacerlo otra vez.

Lo agarré por las muñecas. Podía seguir con mi lista de condiciones, pero lo que necesitaba en ese momento era poner distancia entre nosotros y ver las cosas con perspectiva. Necesitaba tiempo para recapitular, para recuperar el aliento y despejar mi cabeza. Luego tal vez podría descubrir cuál era el paso siguiente.

—Quiero que cierres el maldito grifo y que me lleves a cenar. Tengo hambre.

Se rio, pero su risa sonó forzada.

—El sexo siempre te daba hambre. ¿Podemos ducharnos primero?

—No —me incliné hacia delante—. Quiero sentir mi olor en tu piel durante las próximas horas.

Gruñó.

—Quieres castigarme.

—Sí —reconocí—. Eso también.

Nico me lanzó una mirada sagaz cuando volvimos al Rossi. Yo le saqué la lengua.

Nos sentamos a una mesa y pedimos vino *shiraz*. Yo me decanté por la lasaña y Jax por el *pollo alla cacciatora*. Mientras comíamos estuve observándolo, admirada por el resplandor dorado en el que lo envolvía la pequeña vela que había sobre la mesa. Parecía menos duro, más relajado, incluso más guapo aunque ello pareciera imposible.

Mostraba el aspecto de un hombre que ha follado bien, de un hombre saciado y que sin embargo espera nuevos placeres. Me encantaba ser la responsable de que tuviera aquel aspecto, pero por otro lado lo odiaba. Porque no solo estaba en peligro por las cosas que me decía, sino que todo en él me volvía vulnerable. El efecto que surtía sobre mí se debía en gran medida al que yo surtía sobre él.

Lo hacía feliz. Hacía que se sintiera colmado. Y resultaba difícil no sentir que eso me convertía en alguien especial aunque supiera que no era así.

—Entonces, Regina es tu madrastra, ¿no? —pregunté para pensar en otra cosa.

—Sí —se quedó mirando su copa de vino.

—¿Cómo fue? —¿sacaría él el tema de Ian?

—Mi madre murió hace diez años.

—Ah —me alarmé al ver que de pronto se volvía taciturno: había tocado una fibra sensible—. Lo siento, Jax, no lo sabía.

—Más lo siento yo —masculló antes de beberse en tres tragos la copa casi llena. Volvió a llenarla y me miró—. Tu madre tiene un aspecto estupendo.

Asentí.

—Es feliz. A sus hijos les va bien, el negocio marcha y está a punto de ser abuela.

—¿Cómo afronta Angelo su paternidad inminente?

—Bien. Ha tenido que posponer sus planes de abrir otro restaurante, pero seguramente es lo mejor. Denise, su mujer, montó un negocio hace poco, así que creo que sería demasiada tensión para ellos, tendrían que hacer malabarismos para ocuparse de los dos negocios y del bebé.

—¿Ella te cae bien? —preguntó mientras acariciaba con los dedos el pie de la copa, arriba y abajo.

—Mucho, sí. Es genial —miré hacia la mesa más cercana a la nuestra, una familia cuyos cuatro miembros comentaban con entusiasmo lo buena que estaba la comida—. Anoche me pareció ver a Allison en la fiesta. ¿Qué tal les va a Ted y a ella?

La verdad es que me importaban muy poco el primo de Jax y su maliciosa mujer, pero al hablar de su madre me había dado cuenta de que él sabía más de mí que yo de él. Aparte de los miembros de su familia que solían salir en las noticias porque se dedicaban a la política, solo conocía a Allison.

—Son una pareja sólida —tomó otro trago—. Allison es lo que necesita Ted si quiere presentarse a alcalde en las próximas elecciones.

—Me alegro de que esté ahí para apoyarlo.

Soltó un bufido.

—Apenas se hablan, pero ella sabe desenvolverse con la prensa y tiene un papel muy activo en la planificación de su campaña. Ted eligió bien. Allison encaja con él del mismo modo que Regina encaja con mi padre.

—Pensaba que lo del matrimonio de conveniencia en política era un estereotipo de Hollywood.

—No —alargó el brazo y me acarició la mano—. Hay que ser pragmático en cuanto a las relaciones de pareja. Los matrimonios por amor nunca salen bien. Mis padre se casaron por amor y se hicieron muy infelices el uno al otro. En cambio papá y Regina... Se entienden bien. Ella conoce las reglas del juego.

—Tu padre parece quererla de verdad.

—Después de lo que sufrió con mi madre, debe de parecerle un regalo del cielo —bebió otro trago y se echó hacia atrás cuando nos sirvieron la comida.

Su cambio de humor fue otro aviso. Hablar de su madre no parecía sentarle bien. Tendría que tener cuidado cuando le hablara de aquel tema.

—Los presentó Ian, ¿no?

—Lo cual fue toda una suerte para él, ¿no crees? —dijo con cierta acritud.

—¿Porque le pidió a tu padre que le devolviera el favor y consiguió que lo ayudaras? Tú no puedes salvar a Ian, Jax.

—No me han pedido que lo salve —se encogió de hombros con una mirada dura

—. Solo tengo que mantener a raya a Lei Yeung. Y eso puedo hacerlo.

Nico se acercó con un plato de pasta humeante en la mano.

—¿Os importa que me sienta con vosotros?

Jax empujó con el pie la silla que había frente a él.

—Cuanto más Rossi, más alegría.

Por desgracia los Rutledge cuanto más eran, más miedo daban. Y eso había hecho a Jax como era.

Estuve un rato dándole vueltas al asunto mientras Jax y Nico charlaban tranquilamente, y me acordé de lo bien que había encajado Jax en mi vida... y de lo incómoda que me sentía yo en la suya.

Capítulo

8

Después de cenar, salimos para montar en su coche. Me detuve antes de sentarme en el asiento del copiloto.

—Si vuelvo al hotel contigo, tendrás que llevarme a casa de Nico cuando mi hermano salga de trabajar.

Jax apoyó el brazo en la puerta abierta del coche.

—¿No vas a quedarte a dormir conmigo? Me gustaría que te quedaras.

Yo también quería. Pero años antes había dejado aparcada mi vida cuando iba a verme y había acabado sufriendo por ello. Quizá no hubiera aprendido a mantenerme alejada de él, pero sí había aprendido una o dos cosas acerca de lo que era tener una relación más sana.

—He venido a pasar un par de días con mi hermano.

Respiró hondo.

—Está bien. ¿Podemos quedar para vernos algún día?

Estábamos muy cerca el uno del otro, apretujados entre el coche y la puerta, pero entre nosotros había un abismo. Yo misma lo había creado, pero aun así deseé que desapareciera.

—¿Cuándo, por ejemplo?

—Cualquier noche de esta semana y el próximo fin de semana, eso seguro.

Asentí con la cabeza y subí al coche. Cerró la puerta y mientras rodeaba el coche tuve tiempo de pensar cómo quería que transcurriera el resto de la noche. Más sexo. Más Jax. Ansiaba ambas cosas, pero habría preferido no tener tantas dudas, ni tantas reservas. Echaba de menos la despreocupación que había habido antes entre nosotros. Claro que imagino que solo yo me había sentido así. Él, entretanto, había estado contando los minutos que quedaban para nuestra ruptura.

Montó y cerró la puerta, pero no encendió el motor enseguida.

—Escucha —comenzó a decir—, quiero que sepas que esto también es duro para mí.

—Pero tú entiendes lo que está pasando —repuse con suavidad—. Yo no tengo ni idea.

Se giró en el asiento, me agarró de la nuca y me atrajo hacia sí. Cerré los ojos, esperando el instante en que se tocarían nuestros labios. Su lengua acarició la curva de mi boca, una lenta pasada que me hizo inclinarme hacia él.

—Qué dulce —murmuró—. Voy a tumbarte en mi cama y a lamerte de la cabeza a los pies.

—Eso se te da bien —dije casi sin aliento mientras me recorría un escalofrío de deseo.

Se retiró como si fuera a arrancar y luego se echó hacia delante otra vez y se apoderó de mi boca en un beso voraz, húmedo y ardiente. Me comió la boca, hundiéndome la lengua rápida y profundamente. Yo estaba igual de ansiosa, metí la mano entre su pelo y lo agarré por las raíces mientras saboreaba frenéticamente su boca. Puso la mano sobre mi pecho, lo acarició y rodeó con el índice y el pulgar el pezón erizado, tirando de él rítmicamente. Gemí, ávida y excitada.

—Dios —gruñó al soltarme y recostarse en su asiento—. Te deseo. Aquí, ahora mismo.

La idea me tentaba muchísimo. Si hubiéramos estado en otro sitio y no delante del Rossi, tal vez habría pasado por encima de la palanca de cambios y me habría dejado llevar por la tentación.

—Conduce deprisa —le dije.

Se rio roncamente y giró la cabeza contra el reposacabezas para mirarme.

—De acuerdo, pero cuando lleguemos a la cama voy a tomármelo con mucha calma.

—¡Jax! —agarré las sábanas y arqueé el cuerpo para alejarme del tormento al que me estaba sometiendo su boca, a pesar de que deseaba más y más.

Había olvidado lo que era capaz de hacerme, cómo podía arrancarme la piel para llegar al mismo centro de mi ser, cómo su dominio sobre mi cuerpo me hacía estar dispuesta a hacer o decir cualquier cosa por el placer que podía ofrecerme.

Me mantuvo sujeta por los muslos, con la boca sobre mi sexo palpitante y siguió lamiéndome despacio. Las pasadas aterciopeladas sobre mi clítoris me hacían jadear, y la necesidad de alcanzar el orgasmo era tan fuerte que estaba empapada en sudor y me temblaban las piernas por la tensión.

—Por favor —le supliqué con voz ronca mientras me estrujaba los pechos cargados, cuyos pezones estaban hinchados y blandos debido a los largos minutos que había pasado chupándolos lenta y parsimoniosamente.

Su pelo sedoso me rozó la piel. Levantó la cabeza.

—¿Por favor qué, nena?

—Dios... Haz que me corra.

—Solo un poco más.

—¡Por favor! —me metí la mano entre las piernas, ansiosa por correrme.

Mordisqueó mis dedos y grité, jadeando.

Bajó la cabeza y volvió a trazar con la lengua los pliegues hinchados de mi sexo. Rodeó el clítoris y bordeó luego la temblorosa hendidura de más abajo.

Agarré su cabeza sujetándolo contra mí y luché por levantar las caderas hacia su boca, pero era demasiado fuerte y me sujetó con facilidad. Sentí su aliento caliente sobre mi piel erizada. Chupó con suavidad, moviéndose despacio a lo largo de mi raja

y aplicando la presión justa para hacerme enloquecer.

—Deja que me dé la vuelta —jadeé—. Déjame que te la chupe.

Soltó una risa tan divertida y traviesa que se me puso la piel de gallina. Y luego metió la lengua dentro de mí.

—¡Jax!

Me agarró por el culo y me levantó, inclinándose hacia su boca. Me folló rápidamente con la lengua, hundiendo solo un poco la lengua en mi sexo tembloroso, lo justo para ponerme al borde del orgasmo. Gruñó y su voz vibró contra mi clítoris. Su placer alimentó el mío. Agarré su pelo gimiendo y clavé los talones en el colchón para restregarme contra sus labios.

—No pares —jadeé, tan cerca del orgasmo que todo mi cuerpo temblaba.

Se puso de rodillas y me alzó. Abrí las piernas para darle acceso ilimitado. Me devoró, ansioso y frenético. Sentí tanto placer que no pude respirar. Sus frenéticas lametadas sobre mi piel ultrasensible sobrecargaron mis sentidos. Lo miré, como él quería. Y la visión de su cabeza morena entre mis muslos, el rápido movimiento de su lengua, la belleza de sus bíceps tensos al sujetar mi peso... todo ello me pareció insoportablemente erótico.

Era guapísimo. Era todo cuanto yo había deseado. Y el deseo feroz que reflejaba su rostro me avisó de que me llevaría al borde del abismo antes de acabar conmigo.

Otro lento gemido escapó de mi garganta.

—Ah, Jax... Voy a correrme.

—Espera —ordenó—. Quiero meterte la polla mientras te corres.

Grité entre dientes, frustrada, cuando me dejó caer sobre la cama y retrocedió, agarró un condón y lo abrió. Un segundo después se lo había puesto y volvió a tumbarse sobre mí, pero para mí fue demasiado tiempo. No tenía paciencia. Lo agarré con brazos y piernas, atrayéndolo hacia mí mientras me alzaba hacia él.

Permitió que lo atrajera hacia mí, apoyó las palmas en la cama, junto a mis hombros, y sus bíceps se endurecieron. Metió una mano entre nuestros cuerpos, agarró su pene y me acarició la raja húmeda y resbaladiza con su ancho glande. Gemí, sus ojos se oscurecieron y sus mejillas se acalaron al hundirse en la ávida hendidura de mi sexo.

—Jax —gruñí, avisándolo.

Me penetró con fuerza, hundiéndose de una sola acometida, y grité al alcanzar bruscamente el orgasmo. Con el cuello tenso y los ojos cerrados, esperó rígido mientras el placer me atravesaba en oleadas y mi sexo ceñía la poderosa y gruesa verga que tenía dentro de mí.

—Sí, joder —gruñó, agarrando las sábanas mientras comenzaba a meter y sacar aquella larga y rígida verga en mi cuerpo tembloroso. El clímax siguió creciendo, avivado por las embestidas rítmicas de su pelvis contra mi clítoris y por la sensación

de su miembro erecto hundiéndose incansablemente dentro de mí.

Me retorcí, indefensa y perdida, y luché por aferrarme a esa parte de mi alma que quería rendirse.

—Eso es, nena —sus labios estaban junto a mi oído, su aliento era rápido y caliente—. Clávame las uñas.

Estaba arañándole la espalda sudorosa, sentí flexionarse sus músculos mientras su cuerpo se esforzaba por hacerme gozar. Sus glúteos se tensaban y se relajaban bajo mis pantorrillas, sus muslos se hinchaban para dar fuerza al movimiento de sus caderas.

Hundió los dientes en el lóbulo de mi oreja y gruñó. Sus abdominales duros como rocas se contrajeron junto a mi tripa, su sudor y el mío se mezclaron para unirnos.

—Esos ruidos que haces —jadeó—. Dios... Me la ponen tan dura...

Y así era. Dura como una piedra.

—Qué rico —tragué saliva, tenía la garganta seca—. Qué rico, Jax...

—Estás hecha para mí —dijo apasionadamente—. Nadie más, Gia. Eres mía.

Me lo hacía comprender con cada embestida, me follaba tan apasionadamente que solo podía pensar en volver a correrme.

Mi cuerpo ya no era mío.

Jax era el único que podía hacerme aquello, volverme loca, convertirme en un animal. Cuando estaba en la cama con él no era yo.

Era suya. Dispuesta a hacer lo que quisiera, a aceptar lo que quisiera darme, segura de que me haría correrme una y otra vez...

Gemí, sentí que me apretaba con más fuerza, que sus músculos se tensaban a medida que se acrecentaba su placer.

Frotó su cara húmeda contra mi piel.

—Qué dulce y qué caliente... Gia...

Me di cuenta entonces de que se aferraba a mí con la misma desesperación que yo a él, que su respiración y cada una de sus caricias estaban cargadas de una urgencia ansiosa. Me estaba follando como si fuera a morir si paraba, como si fuera posible follarme tan fuerte que pudiera hundirse aún más en mi cuerpo.

Cuando llegó el orgasmo, sentí el escozor de las lágrimas en los ojos, me quedé sin aliento y vi manchas que emborronaron mi vista. Dejé escapar un sonido ronco que no reconocí como mío.

—Ah, cariño —me besó, absorbiendo aquel sonido mientras aflojaba el ritmo hasta que solo movió suavemente las caderas en círculo, agitando su miembro enhiesto dentro de mí—. Me encanta ese ruido que haces cuando te corres. Así me doy cuenta de lo bien que te sientes, de cuánto amas mi polla, mi boca, mis manos...

De cuánto lo amaba a él.

Estaba tendida debajo de él, despatarrada y satisfecha, y todo me parecía un

sueño. Un producto de mi imaginación.

—Siénteme —susurró alzándose para mirarme. Tenía los ojos muy oscuros, la cara, sofocada, la piel, tensa de pasión—. Yo dentro de ti —movió las caderas, agarró mi mano y se la acercó al pecho resbaladizo—. Y tú dentro de mí.

—Jax...

Se apoderó de mi boca y me besó profundamente, frotando su lengua con la mía. Sus caderas se movían lentamente en círculo y yo sentía cada centímetro palpitante de su miembro. Sus lentas y premeditadas caricias sobre mis nervios erizados me mantuvieron tensa y caliente. Se acordaba muy bien de cómo era, sabía cómo mantenerme excitada y frenética.

—Te echaba de menos, Gia —me susurró sin dejar de besarme—. ¿Tú también a mí?

Como no contesté, me apartó el pelo húmedo de la cara y buscó una respuesta.

Mi sexo vibró a lo largo de su verga. Cerró los ojos y entreabrió los labios. Su cuerpo se tensó.

—Todavía no. No voy a correrme todavía.

—Por favor... —estaba suplicando y no me importaba. Solo quería que se corriera. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

—No quiero darme prisa —alargó el brazo para agarrarme de la muñeca, me levantó el brazo derecho y lo pasó por encima de mi cabeza. Metió la otra mano debajo de mis nalgas y me levantó para penetrarme con una suave y tersa embestida—. Umm, perfecto. Siempre ha sido perfecto.

Yo quería provocarlo, jugar a aquel juego con la misma calma que él, pero no podía.

—Deja de pensar y siente, nena —murmuró mientras mordisqueaba mi boca—. Deja que te haga sentir bien. Es lo único que quiero. Hacer que te sientas bien.

Giré la cabeza, me apoderé de sus labios y le dejé.

Nico me miró fijamente cuando me senté en un taburete del Rossi después de cerrar y supe que se había fijado en que iba sin maquillar, lo que revelaba que me había dado una ducha apenas media hora antes. Estaba limpiando la barra, pero se detuvo y sacó una cerveza, la abrió y deslizó la botella hacia mí.

—Había olvidado lo bien que me cae Jax —dijo tranquilamente.

Asentí. A mí también me caía bien. Lo malo era que no sabía qué Jax era el real.

—¿Vais a arreglar las cosas?

—No, es solo temporal. Pero esta vez conozco las normas.

—Quizá no me caiga tan bien —abrió otra cerveza y bebió un largo trago—. Está enamorado de ti, ¿sabes?

—Está encoñado —contesté con sorna mientras pellizcaba la etiqueta de la

botella—. Y eso está bien, puedo soportarlo. Lo que me resulta difícil de soportar es lo otro, cómo me habla a veces, como si hubiera algo más, y cómo me como la cabeza pensando en por qué me dejó y en por qué ha vuelto ahora.

—Mi oferta de darle una paliza para que entre en razón sigue en pie.

Sonreí.

—Puede que sea más fácil y más efectivo dármele a mí.

—Eso también puedo hacerlo —entrechocó su botella con la mía—. Pero tú tienes sentido común de sobra. Sabes lo que haces. Solo que desearías no estar haciéndolo. Está claro que él no tiene ni idea, o no se arriesgaría a dejarte escapar. No va a encontrar nada mejor.

—Vamos, por favor, no te me pongas cursi ahora. No puedo soportarlo —no estaba bromeando del todo. Estaba muy sensible, tenía ganas de llorar. Acostarme con Jax producía ese efecto sobre mí.

Nico sonrió.

—Está bien. Levanta el culo y ayúdame a recoger para que podamos largarnos de aquí.

Me levanté del taburete con un suspiro.

—Mierda. Debería haber dejado que siguieras diciendo cursiladas.

El domingo por la mañana me despertaron los golpes de alguien que llamaba a la puerta de Nico con insistencia. Me levanté del sofá refunfuñando y me acerqué a la puerta con intención de poner verde al que llamaba.

Pero cuando miré soñolienta por la mirilla, vi caras muy queridas.

Quitó la cadena de seguridad, descorrí el cerrojo y abrí la puerta a mis hermanos y a Denise.

—¿Qué demonios...? —dije.

—Sí, ¿qué cojones...? —Nico salió del dormitorio vestido con unos pantalones de chándal que le colgaban de las caderas. Aunque era mi hermano, me fijé en lo guapo que estaba—. ¿Sabéis qué hora es?

Vincent fue el primero en entrar.

—Hora de levantarse.

Denise y Angelo entraron agarrados de la mano.

—¿Has puesto a Gianna a dormir en el sofá? ¿En serio?

—Le ofrecí la cama —Nico cruzó los brazos—. Pero no quiso aceptarla.

—No me extraña —comentó Vincent—. Si esa cama pudiera hablar, tendría su propio *reality show*.

—No seas envidioso —replicó Nico—. Estoy seguro de que en tu cama también habrá un poco de acción en algún momento. A pesar de todo, sigues siendo un Rossi.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté. Me alegraba muchísimo de verlos. Estar con mi

familia me devolvía la normalidad que había perdido la noche anterior en la cama de Jax. Volvía a sentirme como Gianna Rossi, y ya no estaba muy segura de ser esa mujer que se retorció, gemía y arañaba y que había disfrutado de media docena de orgasmos en cuestión de horas. Era como si fuéramos dos personas distintas.

«Y luego te enfadas con Jax por tener dos caras...».

—Estamos esperando a que os vistáis para poder ir a comprar el desayuno —contestó Denise. Se había recogido el pelo en dos coletas que flanqueaban su cara pálida y se había pintado los labios a juego con el rosa de su pelo, de modo que parecía una especie de superheroína de *anime*—. Estoy muerta de hambre.

—Vosotros estáis mal de la cabeza —masculló Nico—. Es demasiado temprano para comer o para cualquier otra cosa.

—Son las nueve —señaló Vincent.

Nico me lanzó una mirada y dijo en tono gruñón:

—Lo que yo decía.

A mediodía ya habíamos comido y bajamos a la pista de baloncesto de la urbanización de Nico. No es por jactarme, pero juego bastante bien, tan bien que me habían dado una beca parcial para ir a la Universidad de Las Vegas. Pero, por supuesto, había aprendido todo lo que sabía de mis hermanos.

Acababa de meter un triple y estaba haciendo oídos sordos a las pullas de mis hermanos cuando vi acercarse a Jax. Iba en pantalones cortos. Me paré en seco y admiré sus largas piernas y su camiseta ceñida. Llevaba gafas de sol y daba vueltas a sus llaves alrededor de un dedo. Cuando Nico le pasó la pelota, Jax la agarró y me deslumbró con el hoyuelo de su barbilla.

—Hola —dijo. Se acercó a mí primero y me dio un beso en la frente acalorada.

—Nos has encontrado —sentí una cálida oleada de placer. Había ido a recogerme y me había dejado en el Rossi, así que tenía que haber invertido cierto esfuerzo e iniciativa en descubrir dónde vivía Nico.

—Te he echado de menos al despertarme —susurró junto a mi piel.

Las dichas gafas no me dejaban ver sus ojos. Agarré la pelota y retrocedí para poder respirar.

—Rutledge —lo saludó Angelo con cierta aspereza.

—Atrás, pedazo de bestia —le reprendió Denise, levantándose de la silla que su marido había llevado desde la zona de la piscina—. Hola, soy Denise, la mujer de Angelo.

Jax le estrechó la mano.

—Un placer.

—He oído hablar mucho de ti —respondió ella—. Nada bueno. Espero que les demuestres a los chicos que se equivocan.

Jax me miró con las cejas levantadas.

—Bueno, ella no habla de ti ni pizca —aclaró Denise, y me hizo sonreír. Mi cuñada sí que sabía cómo salir de un apuro.

Vincent y Angelo le estrecharon la mano de mala gana y luego Vincent dijo:

—¿Jugamos o qué?

—A mí también me gustaría jugar si se puede —dijo Jax, y me llevé una sorpresa.

—Mierda —Nico se pasó la mano por el pelo—. Quédate en mi puesto, voy con Gianna. Estoy hecho polvo gracias a ciertas visitas que he tenido esta mañana.

—Gallina —masculló Angelo.

—Lo que tú digas. De todos modos, os estábamos dando una paliza.

—Porque os estábamos dejando ganar —respondió Vincent, y agarró la pelota cuando se la lancé—. Para no tener que oírte refunfuñar.

—No me oiríais si os hubierais quedado en casa.

—Callaos —les dije—. Vamos a seguir jugando.

—Esa es mi chica —dijo Jax con una sonrisa.

Empezamos a jugar. Jax jugaba bien. Realmente bien.

«He jugado de vez en cuando. Pero no como tú. Nunca le he dedicado tiempo». Recordé que me lo había dicho en alguna ocasión, me lo había susurrado al oído mientras me abrazaba después de acostarnos. Estaba claro que le había dedicado algún tiempo después de separarnos.

¿Lo había hecho por mí? ¿Estaba haciéndome ilusiones al pensar que era posible?

Me pasó la pelota y lancé a canasta.

Ojalá entender a Jax hubiera sido tan fácil...

Capítulo

9

El lunes fue un día como otro cualquiera, a pesar de lo distinta que me sentía. Me costó un gran esfuerzo no pensar en Jax. Al menos hasta que llegué a la oficina.

Llegué con media hora de antelación, pero Lei ya estaba allí. Estaba sentada ante su mesa, vestida con una falda negra y una chaqueta con estampado rojo. Se había recogido el pelo hacia arriba y llevaba las gafas de montura rojas apoyadas suavemente en la delicada nariz. Levantó la vista cuando crucé la puerta. Su boca pintada dibujaba una línea dura y precisa.

—Ian ha hablado con Isabelle este fin de semana y la ha reclutado —se quitó las gafas.

—¿Qué? ¿Cómo se ha enterado?

Se recostó en su asiento.

—Buena pregunta.

Sentí un hormigueo nervioso en el estómago.

—Yo no se lo he dicho a nadie. A nadie.

Asintió con amargura.

—Te creo.

—¿Crees que Isabelle le prefiere a él antes que a ti?

—Es posible —se echó hacia atrás y me indicó que me sentara en una de las sillas que había delante de su mesa—. Ian es más conocido que yo.

Gracias a los restaurantes de temática hollywoodiense que ella había proyectado y cuya idea le había robado él. Una amarga ironía.

—Pero no lo creo —añadió—. Una de las cosas que atraía a Isabelle de trabajar con nosotros es que Savor lo dirige una mujer. Ian tiene que haberle hecho una oferta tan buena que no ha podido rechazarla.

—Me pregunto cuál será esa oferta.

—Pienso averiguarlo. He quedado con Isabelle para comer. Intentaré sonsacárselo.

Tomé asiento.

—Debería hablar con Chad. Invitarlo a comer, quizá.

—Sí, iba a sugerírtelo —se quedó mirándome—. ¿Has visto a Jackson Rutledge este fin de semana?

Titubeé durante una fracción de segundo antes de responder. Tuve la sensación de que una trampa se cerraba a mi alrededor.

—Sí —confesé—, pero no hemos hablado de trabajo. Ni siquiera de pasada.

—¿Confías en él?

—Pues... —arrugué el ceño. Le había confiado mi cuerpo. Y había dejado que

viera lo mucho que me importaba mi familia. ¿Había algo más?—. ¿En qué sentido?

Sonrió y comprendí que sabía por qué había dudado.

—¿Qué vamos a hacer respecto a él?

Me recosté en la silla y me quedé pensando. Había estado todo el fin de semana eludiendo distintas variantes de esa misma pregunta, pero en realidad había dedicado mucho tiempo a pensarlo. ¿Qué iba a hacer? De pronto me sorprendió darme cuenta de que nunca había hecho nada respecto a Jax. Él había decidido cuándo empezar y cuándo terminar nuestra relación, dónde nos veíamos y cuándo y cómo nos acostábamos. Yo solo me había dejado llevar desde el principio.

Era hora de que empezara a fijar mis propias normas. Alguna más, aparte de pedirle que se despidiera de mí cuando decidiera que habíamos acabado.

—Todavía no estoy segura —contesté con franqueza. Pero iba a meditar sobre ello.

Cuando llegué a mi mesa, llamé al Four Seasons y dejé un mensaje en recepción para que Chad me llamara. Era todavía temprano y no quería arriesgarme a despertarlo. Necesitaba que estuviera fresco y en forma para repasar nuestros planes empresariales.

Isabelle se había desvinculado del proyecto. Necesitábamos a alguien que la sustituyera. Y rápido.

Estuve revisando mis notas, pensando en los cocineros que me habían interesado anteriormente. No había muchos especializados en comida italiana, sobre todo porque teniendo en cuenta el ambiente en el que me había criado resultaba muy difícil que alguno me impresionara. Claro que decantarse por otro chef italiano era problemático: sería complicado explicar la defección de Isabelle sin que el nuevo candidato se sintiera plato de segunda mesa.

Me puse a darme golpecitos con el boli en la mandíbula mientras pensaba.

—Americano, europeo...

Lei salió de su despacho.

—¡Asiático! —exclamé.

Se paró en seco con las cejas levantadas.

—¿Cómo dices?

Me levanté.

—Chad representa la gastronomía estadounidense. Inez, la europea. Creo que tenemos que encontrar a alguien que represente...

—La asiática —cruzó los brazos—. ¿Tienes idea de lo difícil que sería organizar una carta con esa mezcla?

—Más fácil que convencer a algún cocinero o cocinera de que no estamos desesperadas y por eso recurrimos a él o a ella.

Frunció los labios.

—Tienes razón. ¿Se te ocurre alguien?

—David Lee.

Lei curvó ligeramente la boca y sus ojos se suavizaron en una mirada de aprobación.

—Es bueno, pero no sé si está preparado.

Asentí. Estaba de acuerdo con ella.

—Por eso creo que voy a llevar a Chad al restaurante asiático en el que trabaja Lee. Para presentarles, a ver si congenian. Chad podría servirle de guía.

—Un mentor —asintió, pensativa—. Está bien, adelante. Hablaremos después de comer. Tenemos que darnos prisa, pero disponemos de todo el día para decidir qué hacemos.

Agradecí su confianza y resolví no decepcionarla.

—Gracias.

Sonrió.

—Me gusta lo rápido que piensas, Gianna. Estoy impresionada.

Le respondí con otra sonrisa y me puse manos a la obra.

Poco después de las diez llegó un precioso ramo de lirios. Me quedé sin respiración al ver a LaConnie llegar con ellos. Supe que eran de Jax. Eran mis flores preferidas y él lo sabía.

—¿Quién te manda esto, niña? —preguntó LaConnie, dejando el ramo sobre mi mesa—. Debe de ser algo serio.

«Ojalá». Tomé la tarjeta, pero no quería abrirla delante de nadie. Era algo demasiado íntimo.

—Alguien con buen gusto.

Me miró entornando los ojos antes de retroceder.

—Me encanta tu vestido —le dije, mirando el estrecho vestido negro que llevaba, con un remate de color azul eléctrico a juego con sus zapatos de tacón.

—No vas a distraerme cambiando de tema. Sigo queriendo saber quién te manda esas flores —me advirtió.

—Luego te lo digo —le prometí.

Meneó el dedo, mirándome.

—No creas que te vas a escapar.

Cuando estuvo bien lejos, en el pasillo, saqué la tarjeta de su sobre y la abrí.

¿Cenamos juntos esta noche?

Era tan típico de Jax no andarse por las ramas que tuve que sonreír. Pero aun así las cosas tenían que ser distintas esta segunda vez. Jax había sabido colarse en mi vida tan hábilmente que yo no había podido escapar de los recuerdos hasta que me

había marchado de Las Vegas. Yo, en cambio, apenas había dejado huella en la suya. Cuando volviera a dejarme, me ocurriría lo mismo en Nueva York: vería recuerdos suyos por todas partes. Él, por su parte, estaría a salvo de mi fantasma.

Eso tenía que cambiar. Esta vez, pensaba atormentarlo como él me había atormentado a mí.

Saqué mi móvil del bolso y busqué el número desde el que me había llamado la noche que había llevado a Chad a la peluquería de Denise. Le envié un mensaje de texto: *Solo si cocinas tú. ¿En tu casa?*

Pasaron cinco minutos antes de que vibrara el teléfono sobre mi mesa. *¿A qué hora paso a buscarte al trabajo?*

La euforia que sentí me alegró el día. *A las 5:30. Y x cierto: gracias x las flores. Preciosas.*

Igual que tú, contestó.

Escribí una respuesta a toda prisa: *Y lo dice el tío más bueno que conozco.*

Pasó otro rato, tan largo que pensé que ya no contestaría. Luego respondió: *La belleza está en el interior.*

Aquello me dejó buen sabor de boca para muchísimo rato.

Cuando Chad me devolvió la llamada, le pedí que fuera a verme a la oficina. Pensé que convenía recordarle el éxito que tenía Lei. Apareció justo antes de mediodía, guapísimo con sus pantalones chinos y su camisa de vestir remetida, con el cuello abierto y los puños remangados.

Salí a recepción y lo llevé a mi mesa con la excusa de ir a buscar mi bolso. Quería que viera otra vez la oficina.

—Me alegro de que me hayas llamado —me dijo mientras caminaba a mi lado—. Con todo lo que está pasando, estoy empezando a tener muchas dudas.

—No me extraña. Porque, cuando uno se encuentra con tantos obstáculos, en algún momento empieza a tomárselo como una señal, ¿no?

—Exacto —me lanzó una sonrisa agradecida—. Lo has entendido perfectamente.

—Claro que sí. Por eso espero que confíes en que, si llega el momento de tirar la toalla, te lo diré —llegamos a mi mesa y me paré frente a él—. Yo no voy a perjudicarte, Chad. Eso te lo prometo.

Se metió las manos en los bolsillos.

—Estoy en medio de un tira y afloja entre Ian y Lei y no puedo evitar pensar que eso significa que a mí nadie me presta atención, excepto tú. Podría no ser yo, sino otro cualquiera.

—Pero tú no eres cualquiera. Eres uno de los cocineros con más talento que hay en el mundo en estos momentos y yo voy a encargarme de que brilles.

Se inclinó hacia mí y me tomó de la mano.

—Gracias.

—Gracias a ti por darme la oportunidad de que esto suceda.

Miró los lirios de mi mesa.

—Bonitas flores. ¿Son de un admirador? ¿Tengo un rival?

—No es nada serio.

—Cuesta tener una relación seria trabajando tanto como trabajamos nosotros.

—¿Verdad que sí? —agarré mi bolso y cerré el cajón—. Estoy casada con mi fabulosa carrera.

Asintió con la cabeza.

—Sé lo que es eso. Me alegro de que vayamos a trabajar tanto juntos estos próximos meses. Si es que se solucionan las cosas, claro. Tal vez encontremos hueco para divertirnos un rato. Sin ataduras.

Esbocé una sonrisa.

—Tal vez. ¿Estás listo?

—Lo estoy desde que te conocí, cariño.

Me reí, lo agarré del brazo y salimos.

—Rutledge Capital.

Levanté la vista cuando Lei se acercó a mi mesa. Había estado esperando a que volviera para contarle la buena noticia: lo de David Lee iba a funcionar. Chad y él habían congeniado enseguida. Además, cuando le había hablado vagamente a David de nuestros planes con Chad, no se había mostrado tímido. Había dicho enseguida que él también estaba esperando a que una oportunidad como aquella se cruzara en su camino.

—¿Qué ocurre? —pregunté, poniéndome en pie.

—Según Isabelle, Rutledge Capital ha invertido una suma importante en la empresa de Pembry. Isabelle dice que habló con el propio Jackson el domingo y él se lo confirmó.

Sentí un nudo helado en el estómago.

—¿Ayer?

El fin de semana que Jax había pasado conmigo. Dentro de mí.

Me hundí lentamente en mi silla.

Lei asintió con la cabeza, muy seria.

—Ian le ofreció a Isabelle un contrato increíblemente lucrativo. Habría sido idiota si lo hubiera rechazado —cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz—. ¡Qué estúpido ha sido! Y qué mezquino. Lo está haciendo fatal. Y Rutledge también.

Yo me había levantado de la cama de Jackson y él me había clavado un puñal por la espalda.

—Podemos conseguir a David Lee —dije con voz ronca. Tenía que concentrarme

en el objetivo inmediato. Lo conseguiría si ponía el empeño necesario—. Le gusta la idea del trío. Así tendrá menos presión hasta que pueda abrirse camino solo.

—Ah —respondió Lei con sorna—. ¿De veras es tan humilde?

—Es un movimiento estratégico. Al final querrá cortar amarras, seguramente no tardando mucho, pero creo que podemos contar con él un par de años.

Lei dejó escapar un suspiro dramático.

—Me he lanzado y he conseguido que Inez firmara antes de que Ian le hiciera otra oferta. Depende de nuestro acuerdo con Mondego, claro, pero de momento salva la situación.

—Así que volvemos a tener posibilidades —miré las flores de mi mesa. Si Jax pensaba decirme adiós esa noche, iba a llevarse una sorpresa. No iba a permitir que entrara tranquilamente en mi vida y lo pusiera todo patas arriba... otra vez.

No me gustaban las revanchas, pero yo también sabía hacer el papel de mala cuando la situación lo exigía.

—¿Estás bien? —preguntó Lei mientras observaba mi cara.

—Sí —contesté con calma, y sentí que el frío que notaba en las entrañas se extendía y me entumecía—. Deberíamos pedirle a David que firme cuanto antes.

—De acuerdo. Me encargaré de ello.

—Y seguramente deberíamos llevar a Chad a dar una vuelta por el Mondego de Atlanta. Para que tenga la sensación de que las cosas avanzan de verdad.

—Quieres hacerlo tú —no era una pregunta.

—Creo que me vendría bien pasar un par de días fuera.

Apoyó la cadera en mi mesa.

—¿Lejos de Jackson?

—La verdad es que esta noche ceno con él.

Algo en mi tono debió de revelar lo que estaba pensando, porque Lei esbozó una sonrisa irónica.

—Será interesante.

—Puedes apostar a que sí —con un suspiro expulsé el dolor que no podía contener y dejé que se extendiera la rabia. Pero enseguida le siguió la preocupación—. No te molesta que me vea con él, ¿verdad?

—No he olvidado por qué te contraté, Gianna —se dirigió a su despacho—. No te preocupes, yo estoy bien y tú lo estarás dentro de poco.

Sí, lo estaría. Pero aún no lo estaba.

Llegaron las cinco y aumentaron mis nervios. No solo porque Chad había aceptado que viajáramos a Atlanta al día siguiente y porque estaba dispuesta a salir de la ciudad, sino porque, la verdad, estaba deseando ver a Jax y enfrentarme a él. Tuve que obligarme a aflojar el paso cuando lo vi esperándome en la acera después

del trabajo, a hacer como si no pasara nada y tuviera todo el tiempo del mundo.

Estaba apoyado en un McLaren negro. Reconocí el coche porque uno de los chefs de Lei se había comprado uno para celebrar el quinto aniversario de su primer restaurante. Tenía los brazos y los tobillos cruzados, en una pose relajada y sexy. Las gafas de sol protegían sus ojos de los reflejos deslumbrantes de los rascacielos. Iba vestido con pantalón negro, camisa blanca y corbata gris. Tenía el pelo oscuro revuelto, como si se hubiera pasado la mano por él y no hubiera hecho más esfuerzo por peinarse.

Las mujeres lo miraban al pasar, volvían la cabeza para observarlo mientras seguían caminando. Los hombres le lanzaban una ojeada y cambiaban ligeramente el curso de sus pasos, como si reconocieran instintivamente a un macho alfa en reposo. Jax siempre había surtido ese efecto sobre la gente. Cuando entraba en un sitio, lo dominaba de inmediato.

Cuadré los hombros, empujé la puerta y me fui derecha a él. Llevaba un vestido ceñido de Nina Ricci, de color negro. Era un vestido elegante y clásico, y lo había combinado con los zapatos de Louboutin beige que me habían regalado conjuntamente mis hermanos en mi último cumpleaños.

Parecía la clase de mujer con la que saldría Jackson Rutledge. Mejor aún: me sentía como tal.

Me acerqué a él con paso decidido, lo agarré por la corbata con una mano y me puse de puntillas para besarlo. Apasionadamente.

Mi recompensa fue un gruñido. Después, su cuerpo fornido y grande se irguió. Me abrazó antes de que pudiera apartarme, me agarró por la nuca y la cadera y me apretó contra él al tiempo que me besaba con la boca abierta.

De pie en la calle, entre la gente y el tráfico, nos besamos como si estuviéramos solos.

—Hola, preciosa —dijo con voz ronca cuando por fin me aparté para respirar.

Frotó su mejilla contra la mía.

Me desasí con un giro rápido y le di una bofetada.

El golpe le hizo volver la cabeza y el aliento le salió con un siseo entre los dientes. Frotándose la mandíbula, me miró con furia.

—Supongo que esto no significa que quieres que me ponga duro.

—Me has jodido, Jax. Justo después de joderme literalmente. ¿Te duchaste primero? ¿O todavía olías a mí cuando hiciste la llamada?

—Sube al coche, Gia.

—Eres un capullo —procuré refrenar mi enfado. Con él y conmigo misma. Con toda aquella situación. Pero sobre todo con él.

—Siempre lo he sido —contestó con acritud. Se irguió y abrió la puerta del copiloto, para lo cual tuvo que tirar de ella hacia fuera y levantarla—. Has tardado

mucho tiempo en darte cuenta.

Me quedé allí un momento, mirándolo. Me sostuvo la mirada con los ojos ocultos detrás de las dichosas gafas de sol. Su boca era una línea inflexible.

—No pierdas tu aplomo ahora —dijo, provocándome suavemente.

Mi mente daba vueltas como un torbellino, llevaba así todo el día. ¿Por qué quería Jax que fuera con él? ¿Por qué me había mandado las flores y la invitación a cenar?

—¿Tienes intención de que echemos un polvo de despedida?

—No voy a ponerle fin a esto. Te deseo. Pero eso no es ninguna novedad.

Su actitud brusca y desafiante me hizo rechinar los dientes. Era como si me estuviera retando a ser yo quien lo dejara.

Subí al coche y me abroché el cinturón de seguridad.

Bajó la cabeza. Me miró por encima de las gafas de sol.

—Para futuras ocasiones, lo de la bofetada ha sido ensañamiento. Ya me habías dejado k.o. con el beso.

Se incorporó y cerró la puerta.

Sonreí amargamente. Jackson Rutledge iba a descubrir que conmigo no se jugaba, ni en la sala de juntas, ni en la cama.

Entró en el garaje subterráneo de su edificio de apartamentos y salieron a recibirnos dos aparcacoches con pajarita. Mientras uno de ellos me ayudaba a salir del coche, me sorprendió otra vez el abismo económico que me separaba de Jax. Su riqueza no me intimidaba, pero seguramente a él aquella disparidad le suponía un gran problema.

Pensarlo no mejoró precisamente mi humor.

Jax me agarró de la mano, entrelazó sus dedos con los míos y me condujo al ascensor. Yo casi me había esperado que me llevara en avión a Virginia o a Washington, y de pronto me di cuenta de que nunca se me había pasado por la cabeza que tal vez viviera en Nueva York por temporadas. Pero, naturalmente, era lógico que tuviera casa allí. A fin de cuentas, Nueva York era el centro financiero del país.

Las puertas del ascensor se cerraron detrás de nosotros y enseguida me apreté contra sí. Le dejé. Se apoyó contra el pasamanos dorado, separó las piernas y me hizo colocarme entre ellas mientras acariciaba mi espalda.

Hacía tanto tiempo que no me abrazaban con tanta ternura, tan íntimamente...

«Ha estado en Nueva York todo este tiempo...».

Cerré los ojos y absorbí el calor de su cuerpo, el olor de su piel, la caricia suave de su aliento en mi sien. Llevaba mucho tiempo negándome a mí misma el placer de las caricias de un hombre.

—¿Qué tal el día? —murmuró.

—Muy ajetreado. ¿Y el tuyo?

—No he dejado de pensar en ti.

Cerré los ojos y refrené mi ira con decisión. Me costó más de lo que debía. Jax apoyó la mejilla en mi sien.

—Lo siento, Gia.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Haber ayudado a Pembry a fastidiar el contrato en el que estaba trabajando?

Suspiró.

—Tú sabías cómo estaban las cosas. Ya hemos hablado de esto.

—Eso no es excusa. No acepto tus disculpas.

—No me extraña, pero estoy seguro de que te las arreglarás. Es un contrat tiempo sin importancia y no te costará superarlo.

Lo miré a los ojos.

—Tienes mucha razón.

Sonó el tintineo del ascensor, anunciándonos que habíamos llegado a su piso. Cuando me di la vuelta y vi un pequeño vestíbulo y una puerta de doble hoja, me di cuenta de que Jax vivía en el apartamento del ático. Lo que explicaba por qué el ascensor no se había detenido entre el garaje y la última planta.

Volvió a agarrarme de la mano, avanzó por el suelo de mármol con vetas doradas y abrió la puerta posando la palma de la mano sobre un panel de seguridad empotrado en la pared.

—Apuesto a que a tus ligues les encanta este rollo a lo James Bond —comenté cuando la gruesa puerta de nogal se abrió automáticamente. Logré decirlo como si no me importara, pero me reconcomían los celos cuando me lo imaginaba con otras mujeres.

—¿Qué te parece a ti? —preguntó, mirándome por encima del hombro.

—Bueno, es que yo en el fondo soy una chica sencilla —recorrí con los ojos el cuarto de estar, con su moqueta blanca como la nieve, sus sillas de cromo y cuero negro y su alfombra azul zafiro. Un piso de soltero aséptico y descaradamente masculino.

Fruncí el ceño.

—Esto no es propio de ti.

La puerta se cerró a nuestra espalda.

—¿No?

Yo me esperaba colores cálidos, tejidos variados, arte moderno de colores llamativos, una decoración que reflejara el carácter vibrante aunque ligeramente hosco y a veces caprichoso del hombre al que amaba.

Al penetrar en la habitación, sentí una profunda decepción y me esforcé por mantenerla a raya. ¿Tan equivocada estaba respecto a él?

—¿Te apetece una copa? —preguntó con calma, acercándose a mí por detrás. Se detuvo tan cerca que noté el calor que irradiaba su cuerpo.

—Claro.

Su hoyuelo pareció hacerme un guiño.

—No me la arrojarás a la cara, ¿verdad?

—Reconozco que me dan tentaciones —contesté con sorna.

Apoyó las manos sobre mis hombros.

—¿Te acuerdas de aquella noche en el Palms?

Cerré los puños.

—Eso es un golpe bajo, Jackson.

Nunca olvidaría aquella noche en la terraza del piso cincuenta y cinco, bajo el cielo descubierto, con Jax abrazándome por la espalda y una copa de vino blanco que compartíamos en la mano. La ciudad y el desierto se extendían ante nosotros por espacio de kilómetros y kilómetros y el resplandor de las luces de neón se difuminaba en un cielo negro como la tinta.

—Qué bonito —había dicho yo, inclinándome contra él. Me sentía entonces más feliz que nunca. Estaba saliendo con el hombre perfecto, un hombre que me hacía gozar por las noches e iluminaba mis días. «Jax va a cambiar mi vida», había pensado. «Va a cambiarme a mí a mejor».

Ahora me parecía ridículo. Cambiar era responsabilidad mía. Tener un novio estupendo era solo un aliciente.

Empecé a apartarme, pero me sujetó.

—Lo siento —dijo otra vez.

Tiré un poco y me soltó. Al verme libre, me volví para mirarlo cara a cara.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—¿Por qué hago las cosas? —gruñó con una mirada dura y sombría—. Porque soy un Rutledge. Nosotros nos dedicamos a putear a la gente, Gia. Somos así.

—A eso se le llama escurrir el bulto —repliqué.

—Es la verdad.

Me alejé mientras miraba a mi alrededor.

—Si quieres marcharte, no voy a impedírtelo. Pero me gustaría que te quedaras.

Me detuve y me di la vuelta para mirarlo a la cara. Vi que su cara no reflejaba ninguna emoción y me pareció detestable.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? Quieres que sea yo quien corte. Que me vaya hecha una furia. No sería una ruptura tranquila, y desde luego sería un poquitín engorrosa, pero aun así sería rápida y tajante. Como a ti te gusta.

—Me sabría muy mal que eso ocurriera, Gia, pero la verdad es que no te convengo —pasó a mi lado y entró en la cocina.

Arrojé mi bolso a un sillón.

—Supongo que soy una masoquista.

Sacó una botella de vino blanco del frigorífico y la puso sobre la encimera. La cocina era tan impersonal como el cuarto de estar: los armarios y la encimera eran negros, y únicamente la cafetera de una sola taza evidenciaba que allí vivía alguien. A mí, que procedía de una familia en la que la cocina era el centro de la casa, aquello me pareció deprimente.

Jax me miró cuando me quité los zapatos.

Al levantar los brazos para soltarme el pelo le advertí:

—Voy a devolverte la puñalada por la espalda desafiándote a un asalto de sexo furioso.

Entreabrió los labios cuando metí las manos bajo mi vestido para quitarme las bragas.

—Gia...

—Yo también sé jugar a esto —le arrojé las bragas y sonreí, tensa, cuando las agarró—. Y sé ganar.

Capítulo 10

Se guardó las bragas en el bolsillo y se acercó a mí, olvidándose del vino sin abrir.

Tomó mi cara entre las manos. Bajó la cabeza y me besó con dulzura. Deslizó las manos hasta mis hombros y luego por mi espalda, bajándose hábilmente la cremallera del vestido.

Yo empecé a aflojar el nudo de su corbata y dejé que mi rabia bullera y se mezclara con mi deseo para convertirse en una pasión furiosa. Me concentré en él. En nosotros. En el tacto de su piel, en aquel delicioso olor que era solo suyo, en cómo se hacía más profunda su respiración y cómo se aceleraba su corazón a medida que el ansia crecía entre nosotros.

Con otros hombres nunca me fijaba en aquellas cosas, lo cual me hacía mucho más difícil aceptar que tal vez Jax y yo no estábamos hechos el uno para el otro.

—¿Tenías esta casa cuando viniste conmigo al Rossi? —pregunté.

Durante aquel viaje nos habíamos alojado en un hotel. Si tenía ya un apartamento en la ciudad en aquella época, ello arrojaba nueva luz sobre sus sentimientos hacia mí. A fin de cuentas, ¿hasta qué punto le importaba yo si prefería que folláramos en un hotel a que folláramos en su propia cama?

—No. La compré el año pasado. Gia... —allí de pie, con la camisa desabrochada y abierta y el torso dorado a la vista, su cuerpo me pareció tan bello y definido, sus ojos oscuros tan cálidos y atormentados que...

Lo agarré de la mano y salí de la cocina tirando de él. En mis venas tamborileaba la expectación junto con otra cosa más turbia. Y más perversa.

Jax agarró la sábana y tensó el estómago cuando me metí en la boca su glande esponjoso. Tenía la polla dura y gruesa y estaba tan excitado que de su abertura salió una gota de semen que se extendió por mi lengua. Le agarré por la base y lo masturbé con las manos y la boca mientras disfrutaba de los gemidos y las maldiciones que soltaba.

—Dios mío —jadeó cuando deslicé la lengua por una vena gruesa y palpitante. Pasé los labios entreabiertos arriba y abajo por un lado de su polla, provocándolo para mantenerlo en tensión, para empujarlo hasta el punto de no retorno.

—No juegues conmigo, Gia —gruñó—. Chúpamela o fóllame, pero haz que me corra.

Sonreí, fijando la mirada en los músculos tensos de su abdomen. Su piel sudorosa brillaba, tenía la cara enrojecida y los ojos brillantes. Mientras me miraba fijamente,

me metí su polla en la boca y comencé a chuparla, introduciéndomela hasta la garganta.

—Eso es —dijo roncamente y tensó el cuello para hundir la cabeza en la almohada—. Dios, qué bien. Tu boca...

En ese momento me pertenecía. Jackson Rutledge era mío.

Metió los dedos entre mi pelo, deslizándolos por las raíces húmedas, y me apartó los mechones de la cara.

—Gia... Sigue chupándomela así, nena.

Sentí su polla palpar contra mi lengua. Su sabor y su deseo me embriagaban. Me encantaba aquello. Me encantaba hacerle gozar hasta el punto de que su cuerpo temblara.

—Me voy a correr para ti a lo bestia... —gruñó.

Me aparté de él, me senté y me deslicé hasta el extremo de la cama.

—Gia... —me miró con los ojos entornados—. Maldita sea. Remátame.

—Es duro esforzarse tanto por conseguir algo, emocionarse, estar a punto de saborearlo y que alguien te lo quite, ¿verdad?

Gruñó y se incorporó.

—Vuelve aquí.

Sonreí y recogí su camisa del suelo.

—Creo que primero tienes que enfriarte un poco.

—Y yo creo que primero tienes que mover ese precioso culito y volver a la cama —se levantó de la cama como un sueño orgásmico hecho realidad: todo él músculos tensos y piel dorada. Tenía la polla larga y gruesa, curvada hacia arriba y tan tiesa que apenas se movió cuando se acercó a mí. Estaba perfectamente proporcionado, era virilidad pura.

Me costó horrores resistirme al impulso de volver a la cama de un salto y dejar que me follara como un loco. Intentó agarrarme y me aparté rápidamente, riendo.

Entonces sonó el timbre.

Jax no hizo caso. Siguió persiguiéndome con decisión. Yo lo esquivaba mientras intentaba ponerme las mangas de su camisa. La tela olía a él. Y eso me gustaba un montón.

—Deberías ir a abrir —le dije.

—Gia —dijo en tono de advertencia—. Si quieres estar cómoda cuando te folle, más vale que vuelvas a la cama. Si no, voy a clavártela en cualquier superficie plana.

Sonó el timbre otra vez cuando me escapé de su alcance.

—¡Están llamando!

—Eso puede esperar —se agarró la polla y comenzó a masturbarse—. Esto no.

Me moví a la izquierda y luego a la derecha, sirviéndome de las maniobras que había aprendido en las pistas de baloncesto. Me asombró que estuviera

persiguiéndome desnudo y que aun así estuviera tan impresionante y tan tentador. Sus abdominales relucían de sudor; tenía una mirada ardiente y ávida y los músculos tensaban su cuerpo.

Me agarró antes de que cruzara la puerta de la habitación. Me rodeó con sus brazos, fuertes como el acero, y sentí subir y bajar su pecho contra mi espalda.

—Jax...

—Si de verdad no quieres, dilo —dijo, jadeando—. Porque si no vas a ser mía, nena.

Me impresionó la nota de desesperación que noté en su voz y de pronto sentí el deseo de darme por vencida. Que Jax me deseara era uno de los mayores alicientes de mi vida.

—¡Jackson!

Nos quedamos los dos paralizados al oír la voz de Parker Rutledge en el cuarto de estar.

—Sé que estás aquí —gritó su padre—. Tenemos que hablar, hijo.

Jax soltó una maldición. Deslizó una mano por el cuello abierto de mi camisa y agarró mi pecho ansiosamente al tiempo que me apretaba contra sí hasta que mis pies se despegaron del suelo.

—¡Dame un minuto! —gritó antes de retroceder y cerrar la puerta de una patada.

Pensé que me soltaría, pero me dio la vuelta y me besó hasta dejarme sin respiración. Con una mano me agarró del pelo y con la otra del trasero. Cuando me soltó bruscamente, me tambaleé. La pasión feroz de su beso había hecho que se me aflojaran las piernas.

Entró en el cuarto de baño, agarró una bata de seda negra y se la puso, enfadado.

—Quédate aquí.

—¿No quieres que salga a saludar? —pregunté con voz tensa.

No me miró al responder:

—No voy a darle esa satisfacción.

Cerró de un portazo y un instante después oí su voz. Su tono distaba mucho de ser amable. Entre tanto, me vestí precipitadamente. No pensaba quedarme escondida en su habitación como si fuera una adolescente.

Cuando acabé de vestirme, ya no oía sus voces amortiguadas. Y cuando abrí la puerta me lo encontré todo en silencio.

Salí en busca de mis zapatos y en cuanto me los puse me sentí más preparada para vérmelas con Parker... aunque deseé haberme recogido el pelo.

Mientras esperaba a que Jax y su padre aparecieran di una vuelta por el cuarto de estar, buscando algún indicio del Jax al que creía conocer. Solo encontré un puñado de fotografías enmarcadas, muchas de ellas antiguas, en las que aparecía una mujer rubia muy guapa. Deduje que era su madre.

Las fotos más antiguas, en las que se la veía muy joven, eran en blanco y negro; las más recientes eran en color y la transformación que documentaban unas y otras resultaba chocante. La ternura y la suavidad de la juventud se habían ido endureciendo con el paso del tiempo, se habían pulido hasta convertirse en una fachada reluciente y por último se habían desvanecido. La curva que sus bonitos labios dibujaban hacia arriba había ido poco a poco volviéndose hacia abajo. En una instantánea en la que la habían pillado desprevenida aparecía mirando por una ventana. La expresión de su bello rostro reflejaba soledad.

Tomé la fotografía para mirarla más de cerca y vi que detrás había otra fotografía enmarcada, colocada boca abajo. La levanté y me quedé paralizada al ver que era una foto mía y de Jax.

La había tomado Vincent con su móvil y me la había mandado. La había hecho durante aquella primera y última cena familiar con Jax en el Rossi. Jax estaba sentado detrás de mí y yo estaba recostada contra él. Estábamos riéndonos, él me rodeaba la cintura con los brazos y yo apoyaba mis brazos sobre los suyos. Le había mandado la foto a Jax y la había utilizado de fondo de pantalla en mi móvil hasta que verla se me había hecho demasiado doloroso.

Coloqué la foto en su posición normal y devolví la de su madre a la estantería. Mi corazón latía a la misma velocidad que mis pensamientos.

¿Dónde diablos estaba Jax?

En el apartamento, reinaba un extraño silencio. Fui en su busca, miré distraídamente hacia la puerta de entrada y me detuve ante el pequeño monitor de seguridad que había en la pared, junto a la puerta. Jax y su padre estaban en el vestíbulo, Jax con los brazos cruzados y su padre con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Se parecían muchísimo pero iban vestidos de manera completamente distinta y, pese a estar en bata, saltaba a la vista que Jax no se sentía intimidado.

Me fijé en la distancia que los separaba, cómo se mantenían alejados y se miraban con recelo. Su dinámica familiar me resultaba muy ajena, muy alejada del cariño en medio del que había crecido yo.

Los Rutledge eran muy exigentes. No conocía con detalle cómo había crecido Jax, pero estaba claro que se había criado en un ambiente con mucha presión. Él mismo había dejado claro que no tenía muy buena opinión de los Rutledge, incluido él mismo, pero aun así había preferido a su familia antes que a mí (a fin de cuentas, se había asegurado de que Ian saboteara nuestro acuerdo con el Mondego), después de decir que yo era la única persona que le importaba.

Iba siendo hora de que me pusiera a investigar.

Regresé por el pasillo y empecé a buscar respuestas sin tratar de esconderme. Tenía claro que Jax me debía algo y, si era preciso, fisgaría para encontrarlo.

Me detuve en la puerta de su despacho. La habitación estaba más en consonancia con lo que esperaba de él. Aunque tenía en general un aire moderno y masculino, las paredes de color neutro y las maderas de tono miel, con notas de rojo y oro, la hacían más acogedora. Las paredes estaban forradas de estanterías llenas con una colorida variedad de volúmenes literarios en tapa dura y libros de bolsillo muy manoseados. Había otra foto mía en un estante. Estaba sola, sin Jax.

Era una foto reciente. No podía tener más de seis meses.

Me quedé mirándola desde el otro lado de la habitación y sentí que se me humedecían las palmas de las manos.

Había estado siguiéndome la pista.

Los interrogantes seguían acumulándose, pero la existencia de aquella fotografía despejaba una incógnita muy importante. No supe, sin embargo, si sentí alegría o tristeza. Quizá fuera una mezcla de ambas cosas.

La mesa de Jax estaba cubierta de papeles dispersos y carpetas abiertas, pero no les presté atención. Ya había visto suficiente.

Volví al cuarto de estar, agarré mi bolso y me dirigí a la puerta. Jax y su padre parecieron sorprenderse cuando la abrí. Se callaron y los saludé a ambos con una enérgica inclinación de cabeza antes de acercarme a la puerta del ascensor con la cabeza bien alta.

—Gia... —Jax dio un paso hacia mí—. No te vayas.

—Bajo con usted, señorita Rossi —dijo Parker con una sonrisa demasiado cordial—. Me alegra volver a verla.

—Señor Rutledge —contesté.

—Llámame Parker, por favor.

—Papá —gruñó Jax, acercándose—. Tú y yo no hemos acabado de hablar.

Parker le dio una palmada en el hombro.

—Ya seguiremos en otra ocasión, hijo.

Jax me miró.

—Se suponía que íbamos a cenar juntos.

—Prefiero que lo dejemos para otro día.

—No me hagas esto, Gia.

Sonreí con acritud.

—No te preocupes, volveré.

Llegó el ascensor y Parker me indicó que entrara antes que él.

Jax me agarró del codo.

—Dame cinco minutos.

—¿Qué te parece si te llamo luego? —dije al darme cuenta de que ni siquiera me apetecía quedarme. Estaba demasiado alterada, demasiado confusa. Necesitaba espacio para respirar.

Su mandíbula se tensó.

—No pasa nada, Jackson —dijo su padre tranquilamente—. Yo la acompaño fuera.

Jax giró lentamente la cabeza hacia él. Su rostro parecía petrificado.

—Lo que he dicho iba en serio.

—Como siempre —Parker sonrió.

Entré en el ascensor justo en el momento en que las puertas empezaban a cerrarse otra vez. Parker me siguió, pero yo tenía los ojos clavados en los de Jax. Él había cerrado los puños, tenía la mandíbula tensa y una expresión decidida. Pero sus ojos... esos ojos oscuros y profundos... parecían prometer las mismas cosas de siempre. Ahora, sin embargo, yo las creía. Tenía pruebas.

Parker me miró de frente, sonriendo, cuando el ascensor comenzó a bajar.

—¿Cómo estás, Gianna?

—He estado mejor. ¿Y usted?

—Casi me da vergüenza decir que de momento el día me ha sonreído.

Mi boca se curvó.

—Y supongo que a su amigo Ian también.

—Ah —sus ojos brillaron, divertidos—. Por favor, no le echés eso en cara a Jackson.

Me encogí de hombros.

—No son más que negocios, ¿eh?

—Eres una mujer muy pragmática. Sin duda por eso, entre otras muchas razones, le gustas tanto a mi hijo. Hablando de lo cual... —osciló sobre sus talones—. Me gustaría conocerte mejor, Gianna. ¿Por qué no venís a cenar Jax y tú con mi mujer y conmigo? ¿Una cena tranquila en nuestra casa de los Hamptons, quizá?

—Me encantaría —me apetecía cualquier cosa que me permitiera conocer mejor a Jax.

—Bien. Se lo diré a Regina —su sonrisa se borró un poco—. No dejes que Jackson te persuada para no ir. Te quiere solo para él.

—¿Ah, sí?

Parker se puso serio.

—Es muy protector.

—¿De veras? ¿Y de qué tendría que protegerme?

—Somos hombres, Gianna —contestó tranquilamente—. Y en lo tocante a las mujeres no siempre nos comportamos de manera racional.

Asentí con la cabeza y me dije que Parker era tan enigmático como su hijo. Al parecer, los Rutledge tenían una tendencia natural a mostrarse herméticos e indescifrables.

Se abrieron las puertas del ascensor y salimos. El portal, que databa de antes de la

Segunda Guerra Mundial, había sido meticulosamente restaurado y estaba envuelto en una aureola de lujo y de privilegio.

—Tengo un coche esperando —dijo Parker—. ¿Te llevo a algún sitio?

—Gracias, pero no —ni siquiera quería ver la cara que pondría si veía dónde vivía. Comparado con el portal recubierto de mármoles del edificio de Jax, con su conserje y su portero, mi casa no parecía... tan bonita. No me avergonzada del *loft*, ni de mi familia, pero pensé que lo más sensato sería no despertar sospechas de que me interesaba el dinero de Jax. Prefería esperar a que los Rutledge me conocieran mejor.

—Está bien, si estás segura... —titubeó como si quisiera que cambiara de idea. Al ver que yo no decía nada, añadió—: Avisaré a Jax cuando sepa qué día y a qué hora es la cena. Lo estoy deseando, Gianna.

Pensé en Jax, allá arriba, en su torreón. Era un extraño en muchos sentidos y sin embargo me conocía por dentro y por fuera.

—Yo también.

Oí música a todo volumen en el *loft* antes de que el montacargas se parara en nuestro piso. Al acercarme reconocí un tema antiguo de los Guns N' Roses, *Welcome to the jungle*, «Bienvenidos a la selva». Teniendo en cuenta la noche que había pasado con los Rutledge, me pareció que venía como anillo al dedo.

Al abrir la puerta me golpeó de lleno el sonido del equipo de música de Vincent y vi a mi hermano haciendo dominadas en una barra metálica que había montado entre dos pilares. Estaba empapado en sudor, rechinaba los dientes y los músculos de su abdomen se tensaban cuando levantaba las rodillas hasta el pecho. Llevaba el pelo más corto que mis otros hermanos, cortado casi al rape, y le sentaba bien así, con sus facciones típicamente italianas.

Yo había leído libros en los que se comparaba al protagonista con el rostro de una moneda romana, pero doy fe de que Vincent los superaba a todos. Sin camisa, descalzo y vestido únicamente con unos pantalones cortos de deporte, era el prototipo de hombre con el que soñaban muchas mujeres. A diferencia de Nico, a Vincent no le costaba comprometerse, pero ninguna relación le duraba más allá de un par de meses.

—¡Eh! —protestó cuando bajé el volumen.

—¿Sigues hablando con Deanna? —pregunté, refiriéndome a una periodista con la que había salido.

—Sí —se dejó caer al suelo y agarró la toalla que tenía preparada junto a una botella de agua—. ¿Por qué?

Dejé el bolso en el banco que teníamos junto a la puerta y me quité los zapatos.

—Necesito que alguien me ponga al corriente sobre los Rutledge.

Se frotó el pelo, frunciendo el ceño.

—Ese tipo es un mamón. No te merece.

—Eso no te lo discuto —me tumbé en el sofá y me quedé mirando las cañerías descubiertas y las vigas del techo—. Pero eso no significa que no tenga salvación.

—Olvídate de eso y búscate a un tío que sea lo bastante listo para saber lo que tiene desde el principio.

Lo miré y vi moverse su garganta mientras vaciaba la botella de un trago.

—¿Vas a decirme que nunca la has cagado con una chica y has querido una segunda oportunidad?

—Eso no cuenta. Tú eres una Rossi. Si la caga no tiene excusa, es que es tonto.

—¿Puedes preguntárselo a Deanna?

—Está bien —se dirigió a la cocina y añadió—: Solo porque espero que descubra algo que te convenza de que ese tipo no merece la pena.

—Gracias.

—No creas que vas a pagarme el favor con un simple gracias —se echó la toalla sobre el hombro y se lavó las manos.

La cocina era la parte más acabada del apartamento, con sus electrodomésticos de acero inoxidable nuevecitos, su placa de chef, sus hornos y su enorme isleta central, con pila incluida.

—Tengo una cesta llena de ropa que hay que lavar.

Me senté.

—¿Estás de broma?

—No. Más vale que te des prisa —sonrió—. No me quedan camisetas del Rossi y mi turno empieza dentro de dos horas.

Acababa de cerrar las puertas desplegadas que ocultaban la lavadora y la secadora cuando oí sonar mi teléfono. Corrí a mi habitación para contestar, pero ya habían colgado. No importó, sin embargo, porque el teléfono volvió a sonar enseguida.

Era Jax.

Respiré hondo, toqué el icono de «contestar» en la pantalla y dije:

—Hola.

—Se suponía que ibas a llamar —me dijo en tono de reproche.

—Tú también —repliqué—. Y has tardado dos años en decidirte.

—Dios —exhaló ásperamente—. ¿Por qué te has ido?

—Porque era hora de irme. Tu padre nos ha invitado a cenar.

—No vamos a ir.

Me encogí de hombros.

—Entonces iré sin ti.

—¡Y un cuerno! Maldita sea, Gia. Estás nadando entre tiburones y te comportas como si nada.

—Estoy viendo cosas que no había visto nunca, eso desde luego. Como esas fotografías que tienes enmarcadas en tu casa. ¿Cuánto tiempo llevas siguiéndome? Qué mal rollo, por cierto.

Masculló una maldición.

—Te has liado con un Rutledge. La vigilancia y la invasión de la privacidad vienen en el mismo paquete.

—No estaba liada contigo cuando se tomó esa fotografía que tienes en el despacho.

—¿Has entrado en mi despacho? ¡Qué demonios, Gia...!

Esbocé una sonrisa amarga al comprender que acababa de reconocer inadvertidamente que había más fotografías de las que yo había visto.

—Voy a estar presente en todos los aspectos de tu vida, más vale que te vayas acostumbrando.

Se quedó callado un momento. Luego preguntó en voz baja:

—¿Se puede saber qué te propones?

—Estoy asimilando el hecho de que estás enamorado de mí, Jax —oí que contenía la respiración y sentí una oleada de euforia—. Y sin embargo me dejaste plantada. Y ahora estás sabotando mi trabajo y tus propias posibilidades de que lo nuestro salga adelante.

—Gia...

—Te tengo en el punto de mira, Jackson Rutledge —dije con voz baja y dura, sin vacilar—. Voy a descubrir quién eres.

—Soy un libro abierto —replicó.

—Eres un enigma —hice caso omiso de la maleta que esperaba sobre la cama y me senté delante del escritorio. Desperté a mi ordenador moviendo el ratón—. Y tus días de misterio están contados.

Colgué, silenció el teléfono y me puse a investigar.



SYLVIA DAY, escritora americana, es conocida principalmente por sus obras dedicadas al género romántico, donde ha destacado en el romance contemporáneo, el histórico y el paranormal.

A lo largo de su carrera ha recibido varios premios y ha sido nominada en varias ocasiones al prestigioso RITA, siendo *No te escondo nada*, novela en la que introduce fuertes dosis de erotismo, su libro más conocido a nivel internacional.